

Inma Chacón

nick

Una historia de redes y mentiras



Dafne está enamorada de un chico de su barrio, un individuo muy poco recomendable. Con la ayuda de su hermana, encontrará la manera de interesarle: creando un perfil falso en facebook, del que él no pueda sino enamorarse. Pero entonces comienzan a suceder cosas inesperadas: alguien más se interesa por ese perfil falso, alguien que claramente no tiene buenas intenciones y que se oculta tras su nick. Comienza una persecución, un peligroso juego del gato y el ratón, entre dos personas que no se conocen en la realidad... ¿o quizás sí?



Inma Chacón

Nick

Una historia de redes y mentiras

ePub r1.3

Titivillus 30.01.2017

Título original: *Nick*
Inma Chacón, 2011
Diseño de portada: Damiá Mathews

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Por la mañana
arropas mi despertar
rociando por mi ventana
aromas de bienestar.

Caída la noche
logras que me cobije
entre tus brazos de hada,
y recibido tu mensaje
la imagen alada
a mí me hace soñar.

Para Ana,
la chica más guapa de esta página.

Más allá está el mundo. Como nosotros en paradero desconocido.
(Juan Planas Bennásar)

Sella tus palabras con el silencio, y el silencio con el momento oportuno.
(Solón de Atenas)

Que tu lengua no corra por delante de tu pensamiento.
(Quilón de Lacedemonia)

Que tu palabra no te desacredite ante los que confían en ti.
(Tales de Mileto)

No seas ni simple ni maligno.
(Bias de Priene)

Sé el mismo con los amigos afortunados y con los infortunados.
(Periandro de Corinto)

No rías al que hace una burla, pues serás odioso a los que la reciben.
(Cleóbulo de Lindos)

Es terrible comprender el porvenir, solo es seguro el pasado.
(Pitaco de Lesbos)

Los Siete Sabios de Grecia.

Capítulo 1

Artemisa era la diosa griega de la caza. Nació unos minutos antes que Apolo. Los antiguos griegos la adoraban como a una diosa lunar, errante como la Luna y merodeadora de los valles y las montañas donde esperaba a sus presas.

Como contrapunto, a su hermano Apolo se le tenía por un dios solar, aquel que atravesaba los cielos en un carro deslumbrante, el que no encontraba el equilibrio más que en las cumbres. Por este motivo, se convirtió en símbolo de superación, de la capacidad de subir hacia lo más alto.

Y así fue como un día, al salir del colegio, vio Dafne a Roberto por primera vez, como un dios que aparecía ante sus ojos con el carisma de lo inalcanzable.

Todavía no conocía su nombre.

Todas las tardes, después de clase, algunos chicos y chicas, que estudiaban en los colegios e institutos cercanos al suyo, quedaban en un lugar que todos conocían como «el Chino». También llamaban así a un establecimiento regentado por un oriental que se encontraba en la esquina en la que se reunían. Nadie sabía si el dueño de aquella tienda era chino, coreano, vietnamita o japonés, pero el hecho es que, en toda la zona, acabó por conocerse aquella esquina por el gentilicio del gigante asiático. Ir al Chino significaba ir a encontrarse con los amigos.

La tarde en que conocieron a Roberto, Dafne y su prima Paula se acercaron al Chino, como de costumbre, y se unieron a sus compañeros de curso, que en ese momento se dedicaban a pasarse canciones de unos teléfonos móviles a otros. La mayoría no había cumplido los trece años. Roberto formaba parte de un grupo de chicos mayores, de entre dieciséis y diecisiete, procedentes de un instituto próximo.

A pesar de que Dafne conocía de vista a todos los chicos y chicas que se reunían en el Chino, a Roberto no le había visto nunca.

Aquel día, Dafne charlaba con sus amigos sin mostrar interés por los mayores, quienes, por otro lado, tampoco les hacían caso a ellos, como era habitual. Los dos grupos solían ignorarse, salvo cuando los mayores necesitaban demostrarles a los pequeños que la diferencia de edad era una barrera infranqueable, un muro que les separaba, hasta el punto de que nadie diría que solo se llevaban dos o tres años.

—¡Estos son unos pipas! —solían decir los mayores cuando se referían a los chicos del grupo de Dafne y a los de un grupo de edades intermedias que también se reunían en la zona.

Aquella tarde, cuando llevaba allí unos minutos, Dafne se acercó a la tienda para comprarse un bollo para merendar.

En el momento en que ella se disponía a entrar en el Chino, Roberto abría la puerta desde dentro para salir. Llevaba un donuts de chocolate en la mano y vestía una sudadera azul con el número siete estampado en la espalda y en la manga.

Apenas la miró mientras la dejaba pasar por debajo del brazo con el que sujetaba la puerta. Probablemente, él ni siquiera la reconocería si volviera a verla, pero a ella le pareció descubrir en sus labios una media sonrisa, un gesto que le infundía ese aire despreocupado de los chicos que se saben interesantes.

Cuando Dafne cruzó el umbral del establecimiento, él soltó la puerta, se dirigió hacia el banco en el que sus amigos le esperaban sentados sobre el respaldo, y se enfrascó con ellos en una discusión sobre las últimas goleadas de su equipo.

Ella trató de aparentar que no le había impresionado el encuentro. Miró algunos artículos de la tienda como si no se hubiera puesto nerviosa, se compró, como él, un donuts de chocolate, pese a que no le gustaban, y salió de allí tratando de que nadie se diera cuenta de que su corazón corría como si se hubiera vuelto loco.

No se habían dirigido la palabra, y él no volvió a mirarla en toda la tarde, pero desde ese día se coló en su pensamiento como un ciclón capaz de arrasar todo lo que, hasta ese instante, había en su mente.

Ya nada tuvo importancia para ella más que aquel chico que la había dejado pasar por debajo del brazo, como su madre hacía con su hermana pequeña cuando salían o entraban de alguna tienda del centro.

Antes de irse, escuchó a sus amigos hablando de él como de «el Rata». Y con el Rata se quedó también para ella, mientras soñaba con volver a verle todas las noches, todos los días y todas las tardes que le esperó en el Chino desde entonces.

-oOo-

Dafne no durmió aquella noche, ni la siguiente, ni la otra. Sus párpados se negaban a cerrarse mientras recordaba el momento en que pasaba bajo el arco que él había dibujado para ella con su brazo.

Olía a pelea. A chulito con el que nadie es capaz de enfrentarse. A malo. A suspensos. A chicas rendidas a sus pies. A guapo. A dulce. A tardes de fútbol. Y, más que a ninguna otra cosa, olía a chico mayor, a un chaval de dieciséis años que nunca se fijaría en una pipa que todavía no había cumplido los trece.

Ella tampoco habría querido fijarse en él. En realidad, no le gustaba. Gesticulaba mucho al hablar, e imponía su presencia a los demás con una actitud agresiva con la que ella no hubiese congeniado nunca.

No. No le gustaba.

Pero no podía dormir.

Capítulo 2

A Dafne le hubiera encantado llamarse así, ¡Dafne!, como la ninfa que enamoró al dios Apolo y se convirtió en un laurel después de haberle rechazado.

Pero, en realidad, Dafne solo es un nick detrás del que resulta fácil ocultarse. Y ella ni siquiera conoce la historia de la ninfa de la que ha tomado prestado su nombre. A Dafne también le habría gustado tener los ojos azules, la melena larga y la estatura de la modelo por la que se hace pasar en el facebook. Pero sus ojos son negros y rasgados, como los de una de sus tres hermanas, la mayor, y su pelo encrespado solo le llega a la altura de los hombros, a pesar de que, cuando se lo moja, consigue estirarlo tanto que casi le roza la cintura.

Podría haber heredado los ojos de su padre, verdes, como los de su hermana pequeña. Pero, para su desgracia, aunque ella pretende corregirse, solo ha heredado de él su tendencia a inclinar la cabeza al andar y la inevitable chepa en que se convierte su espalda en cuanto se descuida un momento. Desde que tiene recuerdos, la persigue una orden que nunca consigue cumplir, por más que se esfuerce:

—¡Ponte derecha!

Su madre, sus hermanas mayores, sus abuelos, los tutores del colegio y cualquiera que la vea caminar, todo el mundo le dice que se enderece. Pero por mucho empeño que ella le ponga, y es verdad que lo pone, sus hombros tienden a caerse hacia delante sin que pueda remediarlo y, antes de que llegue a darse cuenta, inevitablemente aparece la chepa que le amarga la existencia.

Pero Dafne es así, y así hay que quererla.

Nada más diferente a la imagen de la ninfa que aparece en los libros sobre mitología. La que rechazaba cualquier tipo de amor masculino y se negaba a casarse. Tan alta, tan hermosa, tan segura, tan proporcionada, ¡tan recta!

Según le han contado, su padre también sobrellevó desde niño la misma letanía del ponte derecho, y la rabia de que le llamasen cheposo. Pero, en su caso, se debía a un doble motivo. El primero, porque lo era y, el segundo, porque así apodan a los habitantes de la ciudad donde nació, porque dicen que caminan encorvados a causa del viento, que sopla helado desde el norte con frecuencia.

En ocasiones, su madre también llama cheposa a Dafne, y la compara con su padre para que se corrija. Pero ella siempre responde que a mucha honra, y se encorva aún más, simulando que se

cierra el abrigo para protegerse del frío.

Ojalá todos los cheposos lo fuesen como su padre, por haber nacido en una de las ciudades más acogedoras del mundo. Por mucho frío y por mucho viento que hiciera.

-oOo-

Cuando Apolo venció a la serpiente Pitón, presumió de tal manera delante de los otros dioses que Eros decidió darle una lección y le disparó una de sus flechas de oro, aquellas que infundían amor.

Al mismo tiempo, lanzaba una de plomo sobre Dafne para provocarle desdén y desprecio hacia Apolo, hermano de Artemisa, diosa de la caza a la que Dafne estaba consagrada desde su nacimiento.

Dafne aún no lo sabe, pero algún día querrá parecerse a la ninfa que rechazó al dios de la música, porque este acabará coronándose con las hojas del árbol que simbolizará para siempre la victoria.

Ella no conoce aún el significado de su nombre, ni que la ninfa era una gran cazadora, capaz de atraer a sus presas con sencillas artimañas para que cayeran en sus trampas, tal y como ella es capaz de atraer a las suyas en internet.

Capítulo 3

Aunque es consciente de que se está destrozando las manos, Dafne se mordisquea los padrastrós hasta límites increíbles. No solo se muerde los que se forman de vez en cuando en la primera falange, también se muerde la piel de las yemas de los dedos y del contorno de las uñas. Hace tiempo que le sangran las heridas que ella misma se causa con esta costumbre, pero no consigue librarse de ella a pesar de que en esto tampoco deja de escuchar una y otra vez las voces de todos.

—¡Niña! ¡No te muerdas los dedos!

Pero Dafne no encuentra otro modo de calmarse cuando se pone nerviosa. Y hace días que los nervios la alteran de tal forma que ni siquiera la dejan dormir.

Su vida se ha convertido en un caos desde que conoció a Roberto, y ella, en un manojó de nervios. Por esta razón, cada vez que su madre le da un golpe en la mano para que deje de morderse, la respuesta del «déjame en paz» se adelanta a cualquier otra cosa que hubiera querido decirle. No lo puede evitar.

—¡No me ralles! ¿No te das cuenta de que si me lo dices me los muerdo más?

Ella adora a su madre, pero últimamente parece distinta. Más pesada, más impaciente, más exigente, menos comprensiva. Nunca la entiende.

Y le grita. Siempre le grita.

Le grita los fines de semana cuando la encuentra en pijama a la una de la tarde, delante de las teclas del ordenador, recién levantada porque se acuesta a las tantas hablando con sus amigos por internet. Su madre no entiende que no puede levantarse a las diez como a ella le gustaría, y que no le merece la pena vestirse a la una, porque tendría que volver a cambiarse al cabo de un rato para arreglarse para salir por la tarde.

Le grita los días de diario cuando la llama para comer y ella no acude porque no se ha enterado, porque tiene la música alta y no la ha oído la primera vez que la ha llamado, ni la segunda, ni la tercera... Pero es que la música no se puede escuchar de otra forma, no suena igual. Y ella no acaba de comprenderlo.

Le grita por las noches, cuando le dice que se vaya a dormir a las dos de la madrugada y ella no puede, porque tiene que salirse del chat poco a poco. No vale con decir adiós, aunque su madre se empeñe en que solo basta un segundo para decirlo. En internet no funciona así, hay que despedirse despacio, avisando y volviendo a avisar, para que el otro no sienta que le dejás con

una frase en el aire. Pero eso ella tampoco lo entiende.

Le grita por las mañanas, cuando no se levanta para ir al colegio después de haberla llamado tres veces.

Le grita a mediodía, cuando extiende la comida que no le gusta por los bordes del plato... Siempre le grita.

Y lo malo no es que su madre no la entienda, a eso ya se está acostumbrando, lo peor de todo es que no la entiende nadie. Nadie.

Excepto con su prima Paula, que conoce el secreto que está convirtiendo su vida en un tormento desde hace unos meses, no consigue conectar con ningún otro ser sobre la Tierra. Ni con sus hermanas mayores, ni con la pequeña, ni con su madre, ni con sus abuelos. Por no conectar, ni siquiera con su perrito es capaz de compartir un solo sentimiento.

El pobre de Trufi padece su mal humor tratando de pasar desapercibido en los momentos en los que intuye que no habrá lugar para él en el cuarto de Dafne. A veces, incluso se esconde.

Cuando siente los pasos de Dafne en las escaleras, como si sus pies fueran taladros que agujerean cada peldaño que sube, Trufi se enrosca sobre sí mismo debajo de la mesa de la cocina, y no sale de allí hasta que se asegura de que el vendaval ha amainado.

Y es que nadie se puede quedar impasible cuando ella se acerca. Sus zancadas retumban en el edificio como si en lugar de pisar, apisonara; como si no subiera, sino trepara; como si arrasara en vez de llegar. Como si todos los habitantes de la casa tuvieran que echarse a temblar porque ella vuelve del colegio.

¡Y tiemblan! ¡Claro que tiemblan!

Trufi lo nota. Él es el primero que se mete debajo de la mesa cuando oye sus pasos. Pero, como él, se esconderían todos los miembros de la familia si pudiesen. Lo que pasa es que ellos no pueden. Ellos solo pueden disimular fingiendo que no se han enterado de que la tormenta ha vuelto.

Lucía, su hermana pequeña, se refugia en su habitación y juega con la consola, como si a ella no le importasen los altercados que Dafne provoca con su mal humor.

Sus hermanas mayores procuran ignorarla. Siempre lo han hecho, y ahora más que nunca, porque ella también las ignora.

Y en ese pasar mutuamente las unas de la otra, y las otras de la una, se ha convertido la relación con las personas que antes más admiraba, y a las que siempre quiso parecerse, en la indiferencia más absoluta.

Incluso su madre trata de aparentar que no le afectan sus continuos desplantes. Todas las tardes, tal y como hace con sus otras hijas, le prepara a Dafne el bocadillo y el zumo que a ella más le gusta y los deja sobre la encimera de la cocina. Como si no quisiera que Dafne supiera que acaba de hacerlos, porque si le dijese ahí tienes la merienda, sistemáticamente ella le respondería que no le apetece.

—¡Déjame en paz con la maldita merienda! ¡No tengo ganas! ¡Ya he merendado!

Capítulo 4

Apolo y Artemisa eran hermanos gemelos. Dafne aún no lo sabe. Todavía no ha descubierto la historia de los hijos de Júpiter. Y sin embargo, Roberto y Apolo tienen mucho en común, los dos se han quedado prendados de un amor imposible. De una ninfa que se esconde y que desea que se la trague la tierra.

La ninfa llamó a su madre cuando sintió el acoso de Apolo, y Gea, la Tierra, se abrió bajo los pies de su hija para que pudiera esconderse convertida en laurel.

Pero Roberto no es Apolo, y la madre de Dafne no puede hacer desaparecer los problemas en los que se ha enredado ella sola, sin necesidad de flechas de Eros.

La madre de Dafne solo es una secretaria que nació para que la mimaran y la convirtieran en una reina. En un pueblecito del norte en el que llovía tres días de cada cuatro, y en el que el verde de los eucaliptos se cortaba en acantilados donde rompían las olas. Olas enormes, cubiertas de otras olas, olas grises, como el cielo que se desplomaba sobre las tejas de su casa.

La habían educado para ser feliz, sus sueños eran sencillos y fáciles de realizar, pero el destino se equivocó y puso en su camino la vida que no era.

Se llamaba Teresa. Se había casado dos veces, y los dos matrimonios le sirvieron para entender que hay que construir el futuro sin perder nunca de vista la diferencia entre compartir el camino y andar siempre detrás de los pasos del otro.

Desde que era pequeña, Teresa había deseado con todas sus fuerzas ser ama de casa, como su madre. Cuidar de su marido y de sus hijos, hacer la comida, planchar, lavar, sacarle brillo a los muebles, llevar a los niños al colegio, tomarse un café con las amigas, pasear todas las tardes por la calle Mayor, llevar la economía de la casa y, al cabo de unos años de matrimonio, darle la sorpresa a su marido de que había conseguido ahorrar para la entrada de un apartamento de verano, en una costa en la que nunca lloviese.

-oOo-

Del primer matrimonio, Teresa solo conserva el recuerdo de la noche de bodas y a sus hijas

mayores, lo demás lo ha borrado como si fuera posible controlar el pasado. Como si la memoria fuese un pen drive en el que se pudiese grabar y borrar a capricho. Un mp3 recargable. Una tarjeta de memoria en la que una imagen puede ocupar el espacio liberado por otra. Un disco extraíble.

No hay nada en la casa que pueda indicar que Teresa estuvo casada durante casi dos años. Ni álbum de bodas, ni fotografías del viaje de novios, ni del bautizo de sus hijas, ni juegos de toallas bordadas con las iniciales de la pareja, ni cartas de amor, ni postales, ni servilleteros, ni pañuelos, ni corbatas. Ni rastro. ¡Nada!

Y el caso es que estuvo casada. Y su madre le hizo el ajuar como su abuela había hecho el de ella. Y hubo banquete con tarta nupcial, regalos, cura del pueblo, y casa recién estrenada. Con sus manteles de hilo, sus sábanas de embozo bordado, su cubertería, su porcelana para los días de fiesta, su aparador, su paragüero con su espejo y su sombrerero a la entrada, y todo lo necesario para que una recién casada sintiera que la suya había sido la mejor de todas las bodas del pueblo. En definitiva, lo que siempre había soñado Teresa.

Estudió mecanografía y taquigrafía en una academia que funcionaba en los locales de la parroquia, donde se preparaban las chicas que aspiraban a opositar para un puesto en la banca o en la Administración del Estado, y donde ella misma había ingresado, sin el menor interés, para no disgustar a su padre, el maestro del pueblo de toda la vida, cuyo sueño hubiera sido que su hija se marchase a la capital para estudiar una carrera universitaria.

Y se habría marchado si no hubiese conocido al que sería su marido.

Estaba a punto de matricularse en primero de Económicas, junto a una de sus primas hermanas, cuando apareció, procedente del pueblo de al lado, un chico con unos ojos azules capaces de volver loca a cualquier chica que mirasen. Y la habían mirado a ella.

Cuando empezaron a salir, a su futuro marido le parecieron muy bien sus sueños de ama de casa. A las mujeres no les hacía falta estudiar. No tenían que ganarse la vida. Para eso ya estaba él, que había montado una empresa de conservas de pescado con la que ganaría más que suficiente para mantenerla a ella y a todos los hijos que Dios les mandase.

Después de cinco años de relaciones, se vieron obligados a precipitar la boda por un embarazo que se convirtió en la comidilla de arpías y de no arpías. Se casaron en la ermita del pueblo. Él de chaqué y Teresa de novia, con el vestido blanco que diseñó ella misma y que la modista tuvo que agrandarle hasta el último día, procurando disimularle la barriga que le iba creciendo.

Viajaron de luna de miel al Caribe, y tuvieron dos hijas preciosas. A la mayor le pusieron el nombre que al padre de Teresa le hubiera gustado para ella, y que ella hubiera llevado encantada: Lliure. Pero en la época franquista la libertad no podía reclamarse ni siquiera en forma de nombre, de manera que, para resarcirse de aquella censura, Teresa siempre tuvo muy claro que sería su primera hija la que lo llevaría. Y así fue.

La niña heredó la boca de su padre y el carácter tranquilo de su madre. Cuando tenía cuatro meses, Teresa volvió a quedarse embarazada, y la empresa de su marido empezaba a despuntar entre otras empresas conserveras de la provincia.

Vivían en un chalé de una zona residencial a las afueras del pueblo, la niña crecía sana y preciosa. El nuevo embarazo de Teresa apenas le causaba molestias, sus padres la visitaban casi a diario para disfrutar de la primera nieta, y sus amigas le regalaban patucos y camisitas que hacían ellas mismas. No se podía ser más feliz.

Pero sus sueños de ama de casa se esfumaron poco tiempo después, como desaparece la luz del día con el sol negro de los eclipses.

-oOo-

Sus amigas y sus primas, mucho antes que ella, habían visto de lejos el final que le esperaba, y no se callaban cuando presentían que, más temprano que tarde, Teresa se lamentaría de haberse casado con él.

«Pero Tere, ¿no te das cuenta de que este hombre no siega la misma hierba que tú?».

«¡Déjala! Ya se le caerá la venda cuando vea por los caminos que anda».

«Dale tiempo al tiempo, que es lo único que lo pone todo en su sitio. Ya verás cómo espabila».

«¡Pues yo no se lo consentiría! ¿Sabes con quién le vi ayer? Con la chica del de la Lonja».

Pero el amor es tan ciego que casi nunca detecta lo que tiene delante. Tampoco Teresa lo detectaba y, pese a los consejos y a las habladurías de unas y de otras, se negaba a ver cómo se alejaba su marido. Siempre le disculpaba.

—Es que tenía unos tratos que resolver con su padre. Por eso iba con la de la Lonja.

Hasta que llegó un día en que no le quedó otro remedio que abrir los ojos. Y para entonces, aunque su marido seguía viviendo en su casa —negando la evidencia cuando ella le preguntaba—, ya había embarcado rumbo hacia no se sabía dónde.

La dejó poco después, con el chalé pagado, una niña que acababa de cumplir un año y una tripa de ocho meses.

Ella lloró todo lo que sus lágrimas dieron de sí. Escuchó cientos de veces el ya te lo dije, y esperó a que naciese su segunda hija, a la que, a pesar de que su marido las había abandonado, le pondría el nombre que él había elegido para ella, porque así se llamaba su madre, Cristina.

Teresa no avisó a nadie cuando se presentaron los primeros dolores del parto. Llevó a Lliure a casa de sus padres con el pretexto de que necesitaba ir de compras y se dirigió al hospital. Sola. Sin una queja. Sin una lágrima. Con la firme determinación de utilizar la fuerza que le daban sus hijas para construir un sueño nuevo, en el que no dependiese de nadie.

La niña heredó el color de los ojos que habían enamorado a su madre y, como su hermana mayor, la misma boca de un padre que no quiso conocerla, y que no volvió a dar señales de vida.

Teresa no esperó siquiera a destetarla. En cuanto pudo levantarse de la cama, vendió el chalé con todo lo que había dentro y, con el dinero que consiguió, más el que guardaba para el apartamento de la playa, se compró un piso en la capital y encargó todos los muebles nuevos.

Se trasladó en cuanto le llevaron su cama y las cunas de las niñas. Poco después de llegar, recién cumplida la cuarentena, empezó a trabajar como secretaria en los grandes almacenes donde, dos años más tarde, conocería al segundo hombre de su vida. El padre de sus hijas pequeñas.

Atrás quedaron las habladurías, los consejos, los sueños de ama de casa, la rutina y el fracaso. Y sobre todo, atrás quedaron los recuerdos.

Nunca más volvió a pensar en el hombre que había roto sus ilusiones. Y nunca les dijo a sus hijas mayores que el padre de sus otras hermanas no era también el de ellas. Tampoco les dijo que

sí, no habría podido mentirles de esa forma, pero permitió que vivieran en aquella confusión, en lugar de enfrentarlas al hecho de que su padre las había abandonado.

Capítulo 5

A Dafne le horrorizan los ascensores. No lo puede remediar, le producen un miedo insuperable. Ni siquiera cuando tiene que subir a un décimo piso es capaz de entrar en esa caja que parece que se va a tragar a todos los que deciden confiar en que no se pare, ni se descuelgue, ni se agote el poco aire que hay en su interior, ni se bloqueen sus puertas. Ella también debería confiar en que todo funcione, pero no confía. Es superior a sus fuerzas. Es capaz de subir andando diez pisos, escalón tras escalón, antes que fiarse de uno de esos trastos. Incluso puede fingir que el esfuerzo no ha sido para tanto cuando llega al último rellano, con el corazón en la boca, con tal de no oír la misma retahíla de siempre.

—¡Pero si no pasa nada! Deberías subir aunque fuera una vez. Así verías que es una tontería y se te quitaría el miedo.

Pero tontería no es. Desde luego que no, por lo menos para ella, que le sudan las manos solo de pensar en sentirse encerrada, y ni siquiera es capaz de cerrar las puertas de los cuartos de baño, ni de los probadores de las tiendas, ni de los vestuarios del gimnasio del colegio. No. Tontería no es. Ella no puede. No puede. No puede.

-oOo-

La tarde en que conoció a Roberto, antes de marcharse a su casa, acompañó a su prima a la suya para poder hablar sin que nadie las escuchase. Paula vivía en ese décimo piso al que Dafne subía y bajaba andando, tratando de aparentar que no le daba importancia a los veinte tramos de escalera.

La madre de Paula era prima hermana de la de Dafne. La misma con la que Teresa habría estudiado Económicas si no se hubiese quedado en el pueblo.

Estaba separada de su marido desde que Paula tenía siete años, pero ninguno de los dos había formado una nueva pareja y continuaba existiendo una muy buena relación entre ambos. Él había comprado una casa muy cerca de la de ella. Salían de vez en cuando al cine y a cenar, celebraban los cumpleaños y las navidades en familia, se llamaban continuamente para preguntarse cosas

insignificantes, y acudía el uno a la casa del otro utilizando cualquier excusa. Incluso se marchaban juntos de vacaciones con el pretexto de que la niña no sufriera demasiados cambios con la separación.

En realidad, a pesar de que ninguno de los dos estaría dispuesto a volver, tampoco sabían vivir separados.

Ella trabajaba como economista en unos grandes almacenes desde que terminó la carrera, y él como gerente de una empresa de artículos para el automóvil, que suministraba material a las grandes superficies. Y así fue como se conocieron, entre pedidos, facturas y albaranes.

Fue a través de su prima como Teresa consiguió su puesto de secretaria cuando llegó a la ciudad, en las oficinas de aquellos mismos grandes almacenes. Y también a través de ella conoció al padre de Dafne y de Lucía, una tarde en que las dos salieron de compras y decidieron pasarse por el despacho del padre de Paula para invitarle a unas cervezas. Allí se encontraba en ese momento el hombre que le haría sentirse la mujer más importante del mundo.

Teresa no se veía preparada todavía para una nueva relación de pareja, y se resistió a quererle. Pero el padre de sus hijas pequeñas resultó tan adorable, tan dinámico, tan educado, tan sonriente, tan dispuesto a no robarle la independencia que le había costado tanto sufrimiento asumir, que no pudo evitar caer en sus brazos, por más que lo intentó.

Se casaron al año de conocerse, unos meses después que los padres de Paula, y supo que se había quedado embarazada unos días antes de que su prima le diese la misma noticia a ella.

Paula y Dafne se llevaban únicamente quince días y, a lo largo de su vida, desarrollaron una relación muy similar a la que unía a sus madres desde que eran pequeñas. Las dos se tenían un cariño muy especial, diferente al que sentían por cualquier otra persona. Eran mucho más que primas, mucho más que amigas, mucho más que hermanas, mucho más que confidentes. Se entendían sin necesidad de palabras, y no había secretos entre ellas.

-oOo-

Paula subió en ascensor y esperó con la puerta de su casa abierta hasta que Dafne alcanzó el final de las escaleras. Llegaba con un no puedo más en los labios, que reprimió por si había alguien en casa de Paula, además de su prima. Pero cuando comprobó que estaban solas, se recostó contra la pared del recibidor y resopló para recuperar el aire de sus pulmones. Con Paula no tenía que disimular, ella conocía a la perfección el esfuerzo que le costaba llegar hasta arriba.

—¡Tía! Dame agua, que me arde la garganta.

Paula la empujó hacia la cocina y la obligó a sentarse en una banqueta. Después llenó un vaso de agua del grifo y se lo ofreció.

—A ti lo que te arde es el cerebro. ¿Qué te crees? ¿Que no lo he pillado? ¡Tú flipas!

—¿Cómo que flipo?

—¡Que flippas, tía, que flipas! ¡Que no sé cómo te has podido fijar en esa rata de alcantarilla!

—¿Le conoces?

—¡Pues claro que le conozco! ¡Es el tío más borde de todo el barrio! Siempre va rodeado de amigotes y de amigotas que le bailan el agua. ¡Le has tenido que ver mazo de veces!

Paula no vivía en el mismo barrio que Dafne. La casa de Dafne se encontraba a unas pocas

paradas de autobús de la de Paula, en un barrio cercano, y la de Paula a solo unas manzanas del colegio.

Dafne no podía creer que el Rata hubiera estado cerca de ella con anterioridad y no se hubiera dado cuenta. No podía ser. Aquella mirada no le habría pasado inadvertida. No era posible.

—¿Estás de coña?

—¡Que no, tía, que no! ¡Que hace mazo que le conozco! No te interesa para nada. Allí donde va él, siempre hay problemas. ¡Es un notas! Te lo digo porque lo sé. Estuvo saliendo con una vecina, y no veas las voces que se pegaban en el rellano de la escalera.

—¡Ya! Pero es el tío más guapo que he visto en mi vida, ¿sabes?

Paula le dio un pequeño golpe en la frente con la mano abierta, como le hacía a ella su madre cuando se desesperaba porque no entendía lo que le estaba diciendo.

—¡Y el más impresentable! No te vayas a obsesionar con él. ¡Que te conozco!

Capítulo 6

Algunos domingos por la tarde, Teresa se va al cine sola y deja a sus hijas al cuidado de Lliure, su hija mayor, que va a cumplir diecisiete años.

Le encanta sentirse libre. Hasta hace muy poco no se había atrevido, pero desde que conoció a una chica que había sido capaz de viajar a China, con un diccionario de inglés-mandarín y una mochila como únicos acompañantes, decidió que no hay por qué quedarse en casa porque nadie la invite.

Únicamente lo hace de vez en cuando, porque no quiere cargar a Lliure con la responsabilidad de las niñas, pero cuando lo hace, prepara las salidas como si se tratase de un acontecimiento. Se compra el periódico y alguna revista especializada, subraya los estrenos, se hace una lista de candidatas, y lee las críticas de los expertos. Con toda esta información, confecciona otra lista de películas recién estrenadas, en la que anota las calificaciones que les conceden los periódicos y revistas más importantes.

Finalmente, después de comparar los estrenos, y de haber averiguado cuál es el más interesante de su lista, termina por decidirse por aquel en el que trabaja el actor que más le gusta, sin importarle el número de estrellas que los críticos hayan otorgado a las películas en sus calificaciones.

Hace tiempo que averiguó que lo que más tiene en cuenta, a la hora de decidirse por una película o por otra, es que la entienda, que le guste el protagonista, que no sea de guerra y que salgan mujeres.

Con su segundo marido ya vio todas las buenas películas que tenía que ver, leyó todos los subtítulos que tenía que leer y admiró todas las maravillas de Arte y Ensayo que tenía que admirar.

Ahora solo busca entretenerse y disfrutar de una tarde entera para ella sola.

Cuando vivía con el padre de Dafne y de Lucía, cualquier decisión que se tomase a la hora de salir resultaba inamovible. No se podía ir al cine si el día anterior habían programado que irían al teatro, ni a una exposición si habían pensado en asistir a un concierto, o a una película si ya se habían decidido por otra. Cualquier imprevisto resultaba un problema. Todo tenía que estar medido y calculado.

Por esta razón, ahora Teresa siempre cambia de película en el último momento.

En lugar de dirigirse al cine que había seleccionado, después de haber leído una crítica detrás

de otra y de no haber hecho caso a ninguna, se dirige a un multicine y, allí mismo, delante de los carteles de las películas que se exhiben en cada sala, decide dónde se perderá en esa sensación que tanto le gusta, la de no ser absolutamente imprescindible para nadie.

Hasta que Dafne conoció al Rata, no había habido problema los domingos de cine que se había tomado su madre. Sin embargo, desde aquel día en el Chino, cada vez que Teresa se ausentaba de casa, aunque fuera para ir a comprar una barra de pan a la tienda de la esquina, le esperaba a la vuelta una bronca con Dafne de la que la mayor parte de las veces desconocía el motivo.

La primera vez que ocurrió, dos semanas después de que Dafne sintiera cómo latía su corazón con la fuerza de una locomotora, Teresa se encontró al volver del cine con que la niña no estaba en casa.

Lliure y Cristina lloraban como si no fueran a verla nunca más. Lucía trataba de consolarlas como si ella, con once años, fuese la mayor de las tres, y el perrito Trufi se había escondido debajo de la mesa de la cocina, como se escondía cada vez que sentía los pasos de Dafne subiendo por las escaleras como una apisonadora.

Dafne se había ido al Chino sin permiso de su hermana mayor.

-oOo-

Dafne se encontraba en ese momento con Paula en el Barrio —nombre por el que también se conocía la zona donde se reunían los chicos y chicas de los colegios después de las clases—, ajena al drama que se estaba fraguando en su casa.

Como siempre, las dos primas habían estado pasándose canciones de unos móviles a otros con sus amigos y escuchado sus mp3.

Aunque habría que decir que, desde que Dafne había caído en el embrujo del Rata, ya nada era como siempre. Es cierto que fueron al Barrio con sus compañeros del grupo de pequeños, y que intercambiaron canciones de móvil y escucharon los mp3, pero también es cierto que Dafne se pasó toda la tarde distraída, vigilando de reojo a los chicos y chicas del corrillo de mayores, esperando que apareciese aquel impresentable.

Pero Roberto no apareció, ni ese día, ni al siguiente, ni al otro, como tampoco había aparecido los anteriores.

Ella continuó yendo al Chino con sus compañeros. Se reía, asentía cuando contaban anécdotas sobre los profesores, y simulaba interesarse por lo que hacían los demás, pero nunca le contó a nadie, ni a Paula siquiera, que a pesar de que seguía pensando que el Rata solo inspiraba desprecio, ella no podía dejar de vigilar por el rabillo del ojo al grupo de mayores, con la esperanza de que algún día apareciese.

No sabía por qué le esperaba cada tarde. Aquel chico no le gustaba, Dafne se lo repetía a sí misma una y otra vez. Y sin embargo, todas las noches soñaba con que le sujetaba la puerta de la tienda de chucherías y la dejaba pasar por debajo de su brazo, con una media sonrisa en los labios que probablemente solo había visto ella.

No comía, no dormía, no atendía en clase, y no conseguía interesarse por las conversaciones de los chicos de su grupo.

Y así, a medida que el tiempo pasaba y seguía sin verle, la relación con su familia se iba

volviendo más irritable, más agresiva, más irreconocible.

Capítulo 7

—¿Pero tú quién te has creído que eres, niña? ¡A ver si te piensas que con doce años te vas a subir a mi chepa! ¡Estaría bueno! ¡Que soy tu madre! ¡Entérate de una vez! ¡A mí no se me habla como a las amigas!

—¿Y quién te ha dicho que yo quiera ser tu amiga?

—¡No me contestes y ponte a estudiar ahora mismo!

—¡Pero si acabo de terminar los deberes, joder!

—¡Que no me contestes te he dicho!

—No te contesto. No me has preguntado nada.

—¡A mí no me vengas con chulerías ni con palabrotas, a no ser que quieras que te castigue sin ordenador!

—¡Inténtalo y verás!

—¿Cómo? ¡Ya lo has conseguido: un mes sin ordenador! ¡Y quítate de mi vista y ponte a estudiar ahora mismo si no quieres que sean dos!

Las manos de Teresa se hundieron en los bolsillos del pantalón convertidas en puños cerrados. Nunca había pegado a sus hijas, ni siquiera un cachete en el culo cuando eran pequeñas. Es más, siempre había sido radicalmente contraria a los castigos, físicos o no, y a cualquier método educativo que utilizase la represión o las amenazas en lugar de los estímulos. Pero desde que Dafne había salido sola mientras ella disfrutaba de su tarde de cine, las broncas entre madre e hija se repetían a diario, y Teresa no estaba segura de que algún día no se le escapase el bofetón que siempre la había horrorizado. La niña la sacaba de sus casillas.

Le constaba que fuera de casa podía convertirse en la chica más dulce del mundo, tal y como había sido hasta hacía unos meses. Decía tacos, claro, como casi todos los chicos que quieren parecer mayores, pero no decía tantos como su prima Paula. Incluso resultaba a veces hasta tímida.

A Teresa le parecía increíble que aquel puercoespín pudiera transformarse de esa manera cuando cruzaba la puerta de su casa.

Le habría encantado verla por un agujerito cuando no estaba con ella. ¡Otra persona!

Jamás habría creído que la relación con una de sus hijas pudiera llegar a los extremos que estaba alcanzando con Dafne. La ponía tan nerviosa que, en más de una ocasión, había barajado la

posibilidad de enviarla una temporada fuera de casa. A Londres quizá, o a Estados Unidos, donde dicen que los chicos espabilan, lo quieran o no. Pero aún le parecía muy pequeña, no estaba preparada todavía para separarse de la familia, por mucho que estuviera viviendo antes de tiempo la revolución hormonal que debería haber esperado por lo menos un año más.

-oOo-

A veces, para no tomar partido por unas o por otras, cuando Dafne se enredaba en una absurda discusión con sus hermanas, a pesar de que las pobres trataban de mantenerse lo más alejadas posible de ella, Teresa procuraba ponerse en su lugar, y trataba de imaginarse aquel cuerpo menudo, rebosante de hormonas en pleno proceso revolucionario.

Sabía que debería intentar comprenderla. La adolescencia es una transición muy difícil. Dafne estaba a punto de emprender un camino donde abundan las preguntas sin respuestas. Una metamorfosis en la que, por primera vez en su vida, se encontraría sola frente al resto del mundo, perdida en la búsqueda de su propia identidad. ¿Quién soy? ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué habría pasado si mis padres fueran otros distintos?

Teresa sabía que su hija se acercaba sin remedio a ese torbellino, pero no sabía que la arrastraría tan deprisa. Tan pronto. Tan de repente. Y mucho menos podía imaginar que la encontraría a ella inmersa en su propia crisis hormonal. También para ella se adelantaban las etapas.

De la misma manera que Dafne era aún muy pequeña para la crisis de la adolescencia, Teresa también era muy joven para los cambios que se le habían echado encima por sorpresa. La irritabilidad, el insomnio, los cambios de humor sin motivo aparente, la retención de líquidos, la tensión. La edad en la que cualquier malestar se achaca siempre al mismo motivo. Pero ahí estaban también sus síntomas, acechando antes de tiempo, amagando, como había ocurrido con muchas mujeres de su familia.

Recordaba a su madre cuando empezó con aquellos calores que le subían hacia la cara desde dentro del cuerpo, y que a veces la despertaban envuelta en sudor. La abuela, que siempre había sido la persona más fuerte de todos, la que soportaba el peso de todos los problemas, los suyos y los de los demás, no paraba de quejarse porque aún era muy joven. Con el abanico siempre a punto. Y el llanto. Teresa recuerda cómo protestaba porque no quería seguir siendo la roca a la que todos se aferrasen, y reclamaba su lugar entre los débiles para dejarse cuidar.

Y ahora es Teresa la que desearía retrasar ese momento. Pero no porque desee que nadie la cuide, en lugar de tener que estar siempre dispuesta para solucionar los conflictos de todos, sino porque no tiene tiempo para pensar en sus propias hormonas. No puede distraerse en buscar soluciones para lo que no debería estar pasándole. La revolución está ahora en otra parte, en una niña que reclama su atención como si quisiera convertirse de repente en el centro de todo el universo.

Capítulo 8

Roberto volvió al Chino dos semanas y media después del primer encuentro con Dafne. Ella no le vio, fue Paula la que se dio cuenta de que acababa de llegar, y la que la avisó dándole un codazo mientras señalaba con la barbilla el lugar donde se encontraba.

En ese momento, el Rata encendía un cigarro con otro que le había quitado de los labios a uno de sus amigos. Acababa de tirar la cajetilla vacía, arrugada como una bola, y le había dado un puntapié como si fuera un balón.

Paula se acercó al oído de Dafne y susurró.

—¡Ahí lo tienes otra vez! Se le ha terminado el tabaco. Seguro que entra en la tienda a comprar más. ¡No sé cómo puede gustarte!

Dafne agachó la cabeza para que nadie pudiera ver cómo se le subían los colores.

—¡Pero qué dices! ¡A ver! Que a mí ese pibe no me gusta, ¿vale?

Pero a pesar de su insistencia en negarlo, no pudo evitar pasarse toda la tarde vigilando al grupo de mayores, tratando de disimular el interés que le causaba aquel chico que solo la había mirado una vez, pero que ella deseaba que volviera a mirarla otras muchas más, con aquella media sonrisa que probablemente solo había visto ella.

Roberto continuó fumando y bebiendo cervezas con los amigos hasta que el grupo se levantó y se dirigió hacia la parada del metro. Cuando pasaron junto a los amigos de Dafne, un par de chicas mayores empujaron a varios pequeños para que dejaran libre la acera.

—¡Dejad paso, pipas!

Los mayores le rieron la gracia y continuaron su camino por el medio de la calle, haciendo gala de su superioridad y mirándoles por encima del hombro.

Al día siguiente, Dafne tenía un examen de matemáticas. Cuando llegó a su casa y se sentó con el libro abierto sobre la mesa, la imagen de Roberto, caminando entre aquel grupo, en el que ni uno solo de sus integrantes se había dignado a mirarla, se imponía sobre los quebrados y las reglas de tres. Probablemente, la había traicionado su imaginación, pero al pasar por su lado, le pareció que Roberto la miraba y le sonreía.

El resultado sería el primer suspenso de la larga lista en que se convertirían los aprobados y notables que había obtenido hasta entonces.

Teresa le había levantado el castigo del ordenador una semana antes de que se cumpliera el

plazo, pero el peligro de volverlo a perder, debido a las notas del tercer trimestre, sobrevolaba sobre su cabeza como un murciélago.

-oOo-

Roberto no dejó de acudir al Barrio ni un solo día, después del instituto. A Dafne no se le escapaban sus movimientos entre los de los demás, ni cuando el grupo pasaba por delante de ella como si no existiese, ni cuando le tomaban el pelo a los pequeños, o les tiraban piedras para reírse de ellos, mientras les hacían correr para escapar, ni cuando bebían y fumaban y se metían con cualquiera que se les ponía por delante, aunque fuese uno de los viejecitos del Hogar del Pensionista que había cerca del Chino. No obstante, ella siempre se escondía cuando le parecía que Roberto la miraba, aunque estuviese segura de que se trataba más de un deseo que de una realidad.

Los chicos mayores se comportaban siempre de la misma forma cuando estaban en grupo. Desafiantes y agresivos contra todo lo que se movía a su alrededor. Entre todos ellos, Dafne veía a Roberto como si fuese el más importante. El que los dirigía. El que sabía hacerse notar. El primero que sacaba su carné de identidad cuando la policía les paraba, que no era pocas veces, porque algún vecino había protestado por las molestias que causaban con sus voces y con su comportamiento.

Antes de que uno de los agentes pronunciara un «¡A ver! ¡Vamos sacando los carnés!», que a cualquiera le pondría de los nervios, el Rata ya se lo había colocado entre los dientes para tratar de provocarles.

Los agentes no se dejaban impresionar por su chulería, todo lo contrario, en más de una ocasión le obligaron a guardar el carné en la cartera, para volver a sacarlo y limpiarlo con un pañuelo de papel que ellos mismos le entregaban.

Pero Roberto no se intimidaba. Cada vez que la policía acudía a la llamada de los vecinos, volvía a recibirles con el carné en la boca.

Dafne nunca le había visto en esas circunstancias. Algunos chicos decían que lo habían presenciado decenas de veces, otros, en cambio, aseguraban que aquellas historias solo eran leyendas urbanas, que él mismo se había encargado de propagar para crearse su fama de temerario. Pero fuese cierto o no, cuando Dafne se encontraba cerca de él, no podía hacer otra cosa que contemplar su imagen de malo y tratar de disimular. Y si Roberto no aparecía, solo tenía ojos para buscarle.

Sin embargo, por mucho que ella no pudiera dejar de pensar que un día le había sonreído, mientras le sujetaba la puerta para que pasara por debajo de su brazo, y que cada vez que volvía a verle le parecía que la miraba y que volvía a sonreírle, a Dafne no le cabía la menor duda de que, para el Rata, ella resultaba absolutamente invisible.

Capítulo 9

Cuando las notas del colegio comenzaron a bajar, como resultado de los exámenes de la tercera evaluación, la tensión con su familia comenzó a subir a niveles hasta entonces desconocidos. Si no le reñía su madre, se peleaba con alguna de sus hermanas o con todas a la vez.

Cualquier excusa era válida para que la casa se convirtiera en un campo de batalla, y Dafne era siempre la primera en cargar la munición.

«¡Cristina! ¿Por qué coño has usado mi falda vaquera sin mi permiso?».

«Ese CD es mío. ¿Quién lo ha dejado fuera de su caja, ¡joder!?».

«¡La próxima vez que saquéis a Trufi a la calle, no dejéis la puta correa en mi cuarto! Estoy hasta las narices de que pongáis las cosas del perro encima de mi cama, ¿vale?».

«¡Hasta cuándo tendré que soportar que Lucía duerma conmigo y enrede en mis cosas! ¡Ya está bien! ¡Parece que le gusta joderme!».

Y así un día, y otro día, y otro, y otro. A veces se encerraba en su cuarto después de haber dado un portazo tan fuerte que el quicio de la puerta había comenzado a resquebrajarse.

Casi todas las discusiones acababan de la misma forma, ella con los cascos de su mp3 enchufados hasta el máximo volumen, conectada al messenger, al tuenti o al facebook para contarle a su prima Paula cómo la trataban en casa, e ignorando los gritos de sus hermanas que llegaban desde el otro lado de la puerta.

«¡Me pongo tu ropa cuando me da la gana, gilipollas! ¡Y no te creas que no me doy cuenta de que tú te pones la mía!».

«¡El CD me lo regalaste a mí el día de mi cumpleaños! ¡Lo que se da no se quita, imbécil!».

«¡Mírala! ¡Qué graciosa! ¡Pues si no te gusta lo que hacemos con la correa del perro, bájalo tú y la colocas donde a ti te salga del moño!».

«¡Y si te da miedo el ascensor, lo bajas por las escaleras! ¡Que tienes un morro que te lo pisas, tía!».

«¡Yo también quiero un cuarto para mí sola!».

Teresa se desesperaba ante las discusiones de sus hijas y trataba de mediar, pero casi siempre era inútil.

—¡Ya basta! ¡No discutáis! Y por lo que más queráis, dejad de hablar como arrabaleras. ¡En esta casa no se dicen tacos!

Después se volvía hacia Dafne:

—Y tú, hija mía, a ver si controlas ese genio que te gastas últimamente.

La mayor parte de las veces, en lugar de poner orden en las peleas, la madre se encontraba con que la furia de Dafne terminaba por dirigirse inevitablemente hacia ella. En contra de lo que se proponía con su intervención, en vez de calmarla, sus palabras parecían excitarla conforme las iba pronunciando.

Al final, después de más gritos, portazos y salidas de tono, Teresa casi siempre acababa en su cuarto llorando, sin poder entender qué pasaba con Dafne. Una niña dulce y cariñosa hasta entonces, que se estaba convirtiendo en una extraña.

Capítulo 10

El número siete representa la perfección. Simboliza la unión del cielo y de la Tierra. La complementariedad de los contrarios. Lo femenino y lo masculino. La luz y las sombras.

Es el número de Apolo.

El dios de las pitonisas nació el séptimo día del mes séptimo. Su lira tiene siete cuerdas. Los cisnes sagrados cantaron siete veces, mientras daban siete vueltas alrededor de la isla donde él vino al mundo. Los siete sabios de Grecia dejaron en el frontispicio de su templo algunas de las máximas en las que se condensa el pensamiento de la sabiduría arcaica.

«Conócete a ti mismo».

«Debes saber escoger la oportunidad».

«Sé previsor con todas las cosas».

«No desees lo imposible».

«Es necesario mirarse en el espejo. Si te refleja bello, haz cosas bellas, y si te muestra feo, corrige el defecto de tu naturaleza con tu conducta intachable».

«Aceptar la injusticia no es una virtud, sino todo lo contrario».

«No tengas prisa en buscar nuevos amigos, pero una vez encontrados, no tengas prisa en deshacerte de ellos».

El número siete también es el número de Roberto.

La única vez que Dafne pensó que se dirigía a ella después de semanas enteras pensando en él día y noche, llevaba puesta la misma sudadera azul que cuando le conoció, con un siete estampado en la espalda y otro en el brazo.

Le extrañó que llevase la sudadera, porque ya tenían encima el verano y resultaba agobiante el calor. Pero así iba vestido, con su sudadera del siete, igual que el día del Chino.

Dafne había salido de compras con Paula y con su hermana Cristina. Necesitaba un chándal de verano para la exhibición de gimnasia que se iba a organizar en el colegio, como todos los años, con motivo de la celebración de la fiesta de fin de curso. El suyo lo había perdido, y la profesora de gimnasia le había enviado una nota a su madre en la que le advertía que su hija suspendería la asignatura si no se presentaba a los entrenamientos con el chándal reglamentario.

Teresa le había reñido por esta razón, como casi todos los días desde hacía una temporada. Era el segundo chándal que perdía durante el curso.

—¡Pero, niña! ¿Tú te has creído que el dinero sale de una mata como los tomates? ¿Es que no te das cuenta de lo que me cuesta ganarlo?

—Yo no lo he perdido. ¡Seguro que me lo han quitado en el colegio! A mí no me eches las culpas.

A Teresa no le quedó otro remedio que atender a las exigencias de la profesora. El sábado a mediodía le pidió a Cristina que acompañase a su hermana a una tienda donde se vendían los uniformes de casi todos los colegios de la zona, situada en una calle comercial cercana a la casa de Paula.

—Hazme ese favor, hija, que yo tengo que trabajar esta tarde.

Cristina protestó.

—¡Pero si es sábado!

—Ya lo sé, pero estamos en pleno inventario y no tengo más remedio que ir. Anda, ve con ella, cariño, que no me fio de que esta calamidad no pierda también el dinero. Luego vais a casa de la tía y os dais un bañito. Ya han abierto la piscina.

Cristina accedió a regañadientes, pero puso como condición que saldrían después de comer. No estaba dispuesta a perder toda la tarde del sábado por culpa de su hermana.

A Dafne tampoco le hacía ninguna gracia que Cristina la llevase de compras como si fuera una niña pequeña. De manera que llamó por teléfono a Paula para que las acompañara y se le hiciera más llevadera la presencia de su hermana. Paula se mostró contrariada, le horrorizaba salir en plena siesta. Había pensado bajarse a la piscina en cuanto terminase de comer, pero necesitaba unas deportivas para la exhibición, y se dejó convencer de aplazar el baño para más tarde.

-oOo-

Hacía tanto calor que cualquiera diría que se encontraban en pleno mes de agosto. El sol caía sobre el asfalto hasta reblandecerlo, mientras una especie de resol subía desde las aceras para convertirse en una masa de aire caliente, sofocante, casi irrespirable. Dafne, Cristina y Paula se dirigieron hacia la tienda sin hablar apenas. Llevaban puestos los bañadores debajo de sus vestidos de tirantes.

La gente caminaba deprisa, como si quisiera huir de aquella calima que presagiaba un verano tórrido y seco. Algunos entraban en los establecimientos únicamente para buscar el aire acondicionado, y otros se refugiaban en las heladerías o se sentaban en los brocales de las fuentes, tratando de calmar la sensación de sequedad que lo impregnaba todo.

Cristina, Dafne y Paula compraron las cosas que les hacían falta y se encaminaron después hacia casa de Paula, donde les esperaba el agua fría de la piscina, recién abierta con motivo de las fiestas patronales del barrio.

Dafne divisó el número siete de la sudadera del Rata en cuanto salieron de la tienda. La espalda de Roberto se distinguía entre las personas de su alrededor, vestidas con prendas de verano o con las mangas remangadas.

Se encontraba sentado en el borde de una fuente, en el centro de la plaza porticada que ellas, si no querían dar un rodeo, debían atravesar para dirigirse a la calle donde vivía Paula. Sentados junto a él, pudo ver a dos chicos del grupo de mayores a los que Dafne conocía muy bien. Un par

de gemelos pelirrojos que siempre andaban metidos en líos, y a los que les gustaba provocar incluso a los que no se atrevían siquiera a mirarlos.

A Dafne se le cortó la respiración. El corazón le bombeaba tanta sangre a la cara que los pómulos le ardían como si ella sola hubiese acaparado todo el calor que se concentraba en el aire.

Le hubiese gustado pasar desapercibida. Rodear la plaza para evitar que Roberto y sus amigos pudieran fijarse en ellas, y llegar a casa de su prima cuanto antes para meterse en el agua y olvidarse del mundo. Pero no se atrevió a decir nada. Paula se lo habría notado. Habría sabido que aquellas mejillas rojas no se debían al calor, sino que respondían a algo que su prima no dejaba de preguntarle, algo que ella no admitiría jamás, y que no permitiría que nadie tratase siquiera de insinuar:

¡No! ¡El Rata no le gustaba!

Era guapo, sí, pero los dientes de arriba le sobresalían ligeramente hacia fuera, sobre todo las paletas, que destacaban en la dentadura como las de los roedores que le daban el mote. A pesar de ser alto y fuerte, la cabeza resultaba demasiado grande. Además, las cejas se le marcaban sobre un hueso muy pronunciado que le endurecía el gesto, y le daban un aspecto de chico malo que imponía respeto.

No. Definitivamente, no le gustaba.

-oOo-

En el momento en que ellas se disponían a cruzar la plaza, Roberto y sus amigos se reían escandalosamente, bebiendo cerveza y sin parar de fumar. Él continuaba con aquella sudadera azul que debía de estar asfixiándole.

Paula no había reparado todavía en la presencia de Roberto y de sus amigos, y tampoco en que a su prima se le habían subido los colores. Dafne se lo agradeció a Dios y a todos los santos y pretendió que continuara siendo así, de manera que, para evitar ser vistas y que Paula descubriese a Roberto, se decidió por fin a proponer que rodearan la plazoleta, con la excusa de protegerse del sol bajo los soportales.

—¡Nos vamos a achicharrar, que hace mucho calor!

Pero su hermana estaba deseando darse el primer baño de la temporada y no accedió.

—No seas exagerada. Si solo son unos metros. ¡Vamos! ¡Deprisa! ¡Ya he perdido media tarde por vosotras!

Dafne no quiso discutir, no quería que Paula se preguntase por qué insistía en no pasar por delante de la fuente. De manera que apretó el paso para que aquella situación terminara cuanto antes.

A medida que se acercaban al centro de la plaza, y sentía su cara más y más congestionada, pensó que la mejor forma de evitar que Paula viera al Rata sería ocultándolo con su propio cuerpo y se colocó al lado de su hermana, de manera que ambas le tapasen la vista de la fuente. Pero no había pasado un segundo cuando su prima le dio un codazo y señaló hacia el centro de la plaza.

—¿Has visto quién está ahí, tía? ¡Tu impresentable y sus dos amigotes!

Cristina se giró para mirar en la dirección en que señalaba Paula y se cruzó un instante con la mirada de los tres chicos. Dafne se limitó a bajar la cabeza para que no pudiesen verle la cara,

que ya se había vuelto tan roja como los pimientos que adornaban las paellas que cocinaba su madre y que ella solía apartar hacia el borde del plato.

Hubiera dado lo que fuera para que se la tragase la tierra.

Pero la tierra ya se tragó una vez a la ninfa que terminó convertida en laurel, y a Dafne la dejó que atravesara la plaza, expuesta a que el Rata la reconociese como una de las pipas del grupo de pequeños, y descubriera cómo se le habían subido los colores.

El sol le pesaba en la cabeza como si llevara una piedra encima. Dafne pasó junto a la fuente tratando de no pensar en que los chicos las estaban mirando, intentando concentrarse en cualquier pensamiento que no fuesen ellos, para que el espacio que la separaba de la calle de Paula se acortase cuanto antes.

Pero por mucho que ellas avanzaban, la distancia entre la fuente y la esquina parecía cada vez mayor. El sol le abrasaba la espalda, y la cara le ardía cada vez más.

Mientras caminaban, sentía los ojos de Roberto clavados en su espalda, en la de Paula y en la de Cristina, acompañando sus pasos a lo largo de todo el recorrido.

Después de unos interminables segundos, cuando ya solo quedaban unos metros para terminar con aquella pesadilla, escuchó algo que nunca debería haber escuchado, el detonante que desencadenaría los acontecimientos que se sucederían desde entonces, y que le cambiarían la vida.

La voz del Rata, ronca y fuerte, se dirigía hacia ellas.

—¡Morena! ¡Quién fuese sombra! ¡Me dejaría pisar aunque fuera de noche!

Por un instante, Dafne pensó que se dirigía a ella, pero sus amigos la sacaron enseguida del error, riéndole la gracia y jaleándole a gritos.

—¡Huy! ¡Huy! ¡Huy! ¡Huy! ¡Vaya ojazos azules! ¡Dile algo a este pobre, chiquilla, que nos lo has atontao!

Cristina rodeó con sus brazos los hombros de su hermana y de su prima, y apretó la marcha.

—¡No les hagáis caso! ¡No miréis!

Dafne no les miró. No lo habría hecho aunque su hermana no se lo hubiese aconsejado. Pero, en el mismo instante en que supo que aquel piropo no era para ella, comenzó a urdir el engaño con el que se vengaría de tanta humillación, una red de mentiras y de trampas en la que Roberto se convertiría en la única presa.

Capítulo 11

Cristina siempre llamaba la atención. Su sueño era dedicarse al mundo de la moda, primero como modelo, y después como diseñadora. De momento lo había conseguido. Desfilaba en algunas pasarelas con modelos para jovencitas y había logrado que algunas agencias admitieran los books con los que trataba de darse a conocer.

Era una de esas chicas en las que todos se fijan. Una belleza. Su piel morena y su pelo castaño oscuro contrastaban con el azul de unos ojos que cualquiera hubiese querido para sí. Se parecía a su madre y a su hermana mayor, pero tenía una peculiaridad que la hacía distinta, y que se daba con frecuencia en las mujeres de su familia. El iris le ocupaba una parte del globo ocular mayor de lo normal, y la forma alargada en que se le estrechaban las pupilas con la luz le daban a sus ojos un aspecto felino frente al que resultaba difícil permanecer indiferente.

Por otro lado, sus labios carnosos y su dentadura grande y perfectamente alineada, podrían llegar a ser la envidia de muchas modelos profesionales a las que ella admiraba.

No sabía que había heredado el color de los ojos de su familia paterna. Creció pensando que su padre era otro. Compartió con sus hermanas el dolor de haberle perdido sin que les diera tiempo de construir su recuerdo, y se lo imaginó como siempre se lo había descrito su madre, como un padre cariñoso que murió antes de haber cumplido la promesa con la que había recibido el nacimiento de cada una de sus hijas, la de que él las haría felices. Teresa nunca la sacó del error. Y a su hermana Lliure tampoco. No les mintió, porque ella nunca les dijo que el padre de sus hermanas pequeñas fuera su padre, pero tampoco les dijo que no lo fuera.

Las mayores dieron por hecho la desgracia que las había convertido en huérfanas a los ojos de todos; las pequeñas nunca se plantearon que podría ser de otra forma; y la madre calló como se callan las vergüenzas que no pueden confesarse, y olvidó como se olvidan los malos recuerdos, tapándolos con otros que se encargan de construir el pasado. Su segundo marido había muerto de una septicemia cuando se encontraba en un viaje de trabajo. Teresa se encontró otra vez sola para sacar adelante a sus hijas. La pequeña acababa de nacer, Dafne tenía un año y Lliure y Cristina cinco y cuatro respectivamente. Todas ellas crecieron con idéntica admiración hacia la misma figura paterna, aquella en la que Teresa dejó que creyeran, porque decidió que las cuatro tenían derecho.

Capítulo 12

—¡Paula, tienes que ayudarme!

—¿Cómo?

—¡Tienes que conseguirme su correo electrónico y su móvil!

—¡Pero, tía! ¿Y de dónde crees que voy a sacarlos yo?

—¿No decías que había salido con una piba que era tu vecina? Pues pídeselos a ella. Seguro que los tiene.

—¡Sí, hombre! ¿Tú te has vuelto panoli, o qué? ¿Y para qué se supone que los quiero?

—¿Para gastarle una broma?

—¡Cojonudo! ¡Como que mi vecina se lo va a tragar...!

—Pues dile que le gusta a una amiga tuya que quiere enviarle un sms.

—¡Ya! ¡Para que la piba se crea que soy yo la que estoy pillada por el Rata! ¡Ni de coña, tía!

—¡Joder, Paula! ¿Eso es todo lo que dices que me quieres? ¿Así demuestras que soy tu prima preferida? No me lo puedo creer ¿sabes? Yo sí lo haría por ti.

—Pero ¿tú flipas? Es que yo no te pediría nunca una cosa como esa, tía.

—¡Ya! ¡Pero me has pedido otras! ¿Vale?

Y era verdad. En numerosas ocasiones, Paula le había pedido ayuda para resolver problemas sentimentales con algún niño del colegio o de su barrio. Y Dafne nunca se había negado. No solo porque quería a su prima con locura, sino porque, por su carácter, ayudaba a todo el que se lo pedía. Y no eran pocos los que solían acudir a ella para pedirle cualquier favor, sabiendo que ella lo haría.

Dafne le guiñó un ojo en un gesto que Paula conocía muy bien, una mueca que solía hacer cuando sabía que conseguiría lo que se estaba proponiendo en ese momento.

Las dos eran bastante menudas. Estaban entre las más pequeñas de las chicas de su curso. La mayoría se habían desarrollado ya, pero ellas todavía no habían pasado por el trago de «convertirse en mujer», tal y como a sus madres les gustaba decir. Como si aquello supusiera un motivo de alegría.

De hecho, tanto a Cristina como a Lliure, Teresa les había organizado una fiesta familiar para celebrar el acontecimiento, fiesta que ambas disfrutaron como si realmente hubiese algo que festejar.

Para Dafne, en cambio, la sola idea de pensar en la regla le suponía un fastidio. Sabía que ese momento tendría que llegar tarde o temprano, pero si pudiera elegir, lo retrasaría tanto que terminase por no llegar nunca. Paula, por el contrario, lo deseaba con todas sus fuerzas. Crecer. Usar el primer sujetador en el que no le hiciera falta relleno. Ser mayor. Poder ir a la calle en los recreos, como los chicos de los últimos cursos del colegio. Comprarse minifaldas y zapatos con tacón de aguja, y salir los viernes y los sábados por la noche a las discotecas. Sacarse el documento nacional de identidad, y falsificarlo para entrar en los garitos de adultos, como hacían las niñas del grupo de mayores, que pegaban sobre el reverso de su DNI una fotocopia en color del de alguien que ya hubiera cumplido dieciocho años y lo volvían a plastificar.

Pero Dafne no. A ella no le gustaba el mundo de los adultos. No los veía felices. Incluso habría preferido no haber llegado a la adolescencia. La primera vez que sentía que dolía enamorarse. Le habría encantado quedarse siempre como cuando estudiaba los primeros cursos de primaria. Vivir en un mundo de colores, de novios de mentira, de fichas y de juegos en el parque. Un mundo en el que los mayores no tenían otro objetivo que vivir para que los niños se sintieran bien. Cuidarlos, mimarlos y llevarlos de allá para acá como si fueran animalillos indefensos.

Pero había crecido, y por primera vez se enfrentaba a un sentimiento que no sabía cómo controlar. Intenso. Real. Una emoción que no podría decir si le resultaba agradable o no, y que la llevaría a experimentar los momentos más extraños de su vida.

-oOo-

Paula terminó cediendo a sus peticiones y, a través de su vecina, consiguió el correo electrónico y el móvil de Roberto. Con ellos prepararían las primeras trampas con que atraerían a su presa.

La primera la planearon para el día de la exhibición de gimnasia que estaba a punto de celebrarse en su colegio, donde acudirían las familias y los amigos de los participantes en las pruebas.

Ese mismo día, Cristina estaría volando hacia Irlanda, en el viaje que organizaba su instituto para los alumnos que terminaban la Enseñanza Secundaria Obligatoria.

La tarde anterior a la exhibición, desde un móvil de tarjeta que compraron única y exclusivamente para comunicarse con él, Dafne y Paula le enviaron al Rata un mensaje sin firma:

«Si kiers pisar mi sombra, ven a la xhibición d gimnasia dl colegio d ls pkeños. Tesperaré n la cancha d baloncsto a ls 5».

Casi sin que hubiera dado tiempo a que Roberto leyera el sms, sonó el pitido que indicaba que acababa de contestarles:

«Iré si m dics tu nombre».

Hasta ese instante, Paula no supo que su prima ya había elegido el nombre con el que engañarían a Roberto. Él desconocía el parentesco que las unía con Cristina, y estaba claro que debería seguir siendo así. De otra manera, habría sido muy fácil descubrirlas. Solo un par de llamadas a los vecinos de Paula habrían bastado para localizar el móvil y el correo electrónico de todas, de la misma manera que ellas habían localizado los de él.

Había que inventarse un nombre que no tuviera que ver nada con ninguna de las tres.

Hacía algunos años, muchos chicos y chicas habrían dado lo que fuera por conocer a los

protagonistas de una serie juvenil de televisión que habían llegado a ser auténticos ídolos para las jovencitas, sobre todo para las que aspiraban a convertirse algún día en actrices. La acción se desarrollaba en una academia de danza. Una de las protagonistas se llamaba Dafne, y tenía los ojos azules y el pelo largo y moreno como Cristina. No podrían encontrar un nombre mejor. Ese fue el que enviaron a Roberto cuando contestaron a su mensaje, y el nick que usarían en adelante para comunicarse con él por internet, y que terminaría por atraparlas en una pesadilla de la que no sabrían cómo salir, sobre todo a Dafne, que se identificó hasta tal punto con el personaje que terminó por mimetizarse con él.

Ella siempre había querido ser actriz. Lo quiso desde que vio la primera película en la que no aparecían dibujos animados, sino niños de carne y hueso a los que después entrevistaban en la tele. Desde entonces, no había obra de teatro en el colegio en la que no interviniera, aunque fuese en un papel secundario.

Aquella oportunidad le serviría para llevar a cabo la primera gran actuación de su vida.

Capítulo 13

Dafne pensó que algunas veces el destino se vuelve justo, y nos permite reírnos de los que antes se han reído de nosotros. Sabía que la venganza no era el mejor de los sentimientos, pero ver al Rata en la cancha de baloncesto, consultando el reloj una y otra vez, era la mejor reparación que podía regalarle la vida.

Paula y ella le observaban a través de la ventana de su clase.

Podían espiarle sin que él lo notara, ya que los cristales simulaban un espejo que impedía que se viese el interior del edificio. De vez en cuando, para que no se desesperase antes de tiempo, le enviaban un mensaje al móvil con el teléfono de tarjeta que habían comprado para poner en práctica su engaño:

«Lo snto muxo, voy a llegar tard. Bsitos».

«Sorry. Llego en 1 minuto. Bsots».

«Prdona el rtraso. Bsssss».

«Ya toy llegando. Bs».

Cada vez que Roberto leía uno de los mensajes, se le ensombrecía la cara. Daba lástima mirarle. Se tocaba la cabeza con las dos manos, como si no entendiese lo que le estaba pasando, miraba a su alrededor, y atravesaba de lado a lado la cancha de baloncesto antes de contestar:

«Vale. Tespero».

«No tards».

«¡Jodr, tía! Ya va siendo hora».

«Si no llegas en 5 mints m piro».

Y con cada mirada de ansiedad con la que él buscaba a Cristina, con cada movimiento con el que alargaba el cuello para divisar el final del patio, por donde debería haber aparecido, Paula y Dafne gritaban un olé que retumbaba en todo el pasillo de las clases.

—¡Olé, olé y olé!

Mientras tanto, él sin saber qué hacer. Plantado en el mismo lugar después de diez minutos, y de un cuarto de hora, y de media, y de tres cuartos. Y pasándose las manos por la cabeza.

Tras casi una hora de suplicio para él y de risas para ellas, Paula y Dafne le enviaron el mensaje con el que le daban la puntilla:

«Oye, q mala suert! No puedo ir. A ver si podmos qdar otro día. Bsssss y bsssss».

Roberto dio una patada en el aire y escupió. Nadie se había atrevido a tratarle así en toda su vida. Aquella era la primera vez que una chica no se moría por acudir a una cita con él.

Seguramente, aquellos cincuenta y cinco minutos fueron los más desesperantes que había vivido. Para Dafne, sin embargo, fueron los más gloriosos. No dejó de saltar y de gritar olés con su prima hasta que vieron cómo el Rata se alejaba de la cancha. El cazador cazado. El acero convertido en arcilla. El más duro agachando los hombros y llevándose las manos a la cabeza ante la mirada oculta de las pipas que le resultaban invisibles. Destrozado sin saber por quién ni por qué.

La venganza también es un plato caliente.

Una vez en la calle, el infeliz debió de recorrer unos pocos metros antes de coger el móvil para enviarles un último mensaje. Ellas aún no habían cerrado la puerta de la clase donde se escondían cuando oyeron el pitido del buzón de entrada.

«Tas pasao, wapa».

Capítulo 14

Dafne preparaba sus armas para la caza con el mayor de los cuidados. No había que dejar nada al azar.

Al Rata le había debido de impresionar mucho Cristina, para haberla esperado casi una hora sin que mediara entre ellos otra cosa que un cruce de miradas.

Solo un instante para caer rendido a sus pies, y lanzarle un piropo que para Dafne supuso la puñalada que acababa con su sueño de que él le sonreía, cada vez que se cruzaba con ella, desde que la dejó pasar por debajo de su brazo.

Pero mucho más le impresionarían aquellos ojos de ahora en adelante. Dafne se encargaría de que no pudiera vivir sin ellos.

Y después, le dejaría precipitarse al vacío.

El plan no podía fallar, porque mientras Roberto caía en las redes de un amor inventado, su verdadero objeto de deseo recorrería las calles de Dublin junto a sus compañeros de instituto, ajena a las artimañas que preparaban su hermana y su prima a su costa.

Desde la capital de Irlanda, Cristina se marcharía a Londres, a un colegio donde pasaría el resto del verano perfeccionando su inglés.

Paula y Dafne tenían mucho tiempo por delante.

Teresa se había empeñado en que todas sus hijas hablaran un inglés perfecto antes de terminar el bachillerato. De la misma manera que se había empeñado en que todas estudiarían una carrera.

Ella se había arrepentido toda la vida de no haber ido a la universidad, y no quería que les pasara lo mismo a sus hijas. Algunas de sus primas supieron dar el salto a la capital para ocupar buenos puestos de trabajo, como ocurría con la madre de Paula, y ella sentía que había desaprovechado su oportunidad cuando la tuvo.

Por esta razón, en lo que se refería a los estudios, por mucho que el sueño de sus hijas estuviera en el mundo de la moda, como en el caso de Cristina, que compaginaba los estudios con los desfiles, o en el del teatro, como en el de Dafne, Teresa se mantenía inflexible.

—Cuando hayáis terminado una carrera, podréis dedicaros a lo que os dé la gana, pero mientras viváis en mi casa, se hace lo que yo digo. No voy a consentir que vosotras hagáis la misma tontería que yo. ¡Ni hablar!

De manera que Cristina volaba hacia un verano lejos de casa, en su primera salida al

extranjero, mientras Dafne y Paula planeaban los pasos necesarios para que Roberto se rindiera por completo a los pies de alguien que no había vuelto a pensar en él, después de su encuentro en la plaza de la fuente. Casi tres meses para llevar a cabo su plan. No había que precipitarse. El verano era muy largo.

El primer paso les había salido bien. Roberto había ido a la cancha de baloncesto y había permanecido allí hasta que ellas quisieron. El segundo, según Dafne, era mucho más simple: no había que hacer nada, solo esperar.

Dafne lo tenía todo calculado cuidadosamente, sin prisas que pudieran echar a perder lo que ya habían ganado. Sin pasos en falso. Paula, por el contrario, opinaba que debían actuar cuanto antes, para que no se enfriara el interés que había demostrado Roberto acudiendo a la cita. No podían pasarse más de la cuenta, a él se le notaba enfadado en el último sms.

Paula se impacientaba ante la actitud calculadora de Dafne.

—Hay que hacer algo para contentarle, prima. Está más rallao que el queso de los macarrones. Después del plantón, no creo que quiera saber nada más de Dafne. A no ser que le pidamos perdón.

—¡Que no! ¡Que si le pedimos perdón, la cagamos! Hay que esperar por lo menos una semana, y después, si él no da señales de vida, le mandamos un correo, así se hace con la dirección de Dafne. ¡Por cierto, tenemos que abrir una cuenta ya mismo!

—¡Pero, tía, no podemos esperar tanto tiempo! Se va a chinar más de la cuenta y nos va a mandar a la mierda.

—¡Te digo yo a ti que no! ¿Te crees que se va a quedar como si no hubiera pasado nada? Ya verás como la busca. Solo hay que esperar, ¿vale? Después nos lo servirá todo en bandeja, y empezaremos a ponerle los dientes largos con las fotos de mi hermana.

—¿Fotos? ¿Qué fotos?

—Ya lo verás. Se me está ocurriendo una cosa. Pero antes, tiene que dar señales de vida otra vez.

-oOo-

Dafne tenía razón. Roberto no tardó más de tres días en aparecer con sus mensajes de móvil. No podía imaginar que él mismo estaba dando el pistoletazo de salida para que Dafne y Paula pusieran en práctica la segunda parte del plan que habían diseñado.

«No vas a recompnsarme x lo dl otro día? Todavía testoy sperando, wapísima. Tngo 1 moto k stá lokita x llevarte. Tapuntas a 1 paseo?».

El mensaje les ponía en bandeja el próximo paso. Dafne y Paula contestaron al momento de recibirlo:

«Sta tard a ls 7. En el Xino».

Y él no tardó en responder:

«OK xro no m djes sperando como el otro día».

Paula y Dafne se frotaron las manos pensando en el nuevo pase de pecho que el Rata estaba a punto de recibir:

«A ls 7 n punto nos vmos sin falta».

Y así fue. A las siete en punto de la tarde se vieron en el Chino tal y como le habían asegurado en el mensaje. Pero, como era habitual en él, Roberto no se fijó en el grupo de pequeños al que ellas pertenecían y, por supuesto, no reparó en su presencia. Las vio, claro que las vio, pero como podía haber visto las mesas y las sillas de la terraza del restaurante de la esquina, a pesar de que Dafne volvió a creer que le dedicaba una de sus medias sonrisas.

Pero estaba claro que no sonrió. Él esperaba a la chica de ojos azules. Esperaba darle dos besos delante de todos sus amigos. Presumir ante ellos de la conquista que había hecho con solo un cruce de miradas, y subirse con ella en una moto prestada.

Una moto en la que nunca conseguiría montar a la chica con la que creía intercambiarse mensajes.

Dafne y Paula no paraban de reírse en la acera de enfrente, simulando que jugaban con los móviles y tratando de ocultarse detrás de sus compañeros.

Pero esta vez no le hicieron esperar como el día de la exhibición de gimnasia, esta vez le enviaron un mensaje cinco minutos después de la hora de la cita:

«Q rabia! Otra vez se m stropeó todo. Lo sient muxísimo Sorry. Sorry. Sorry. No pued ir! M prdonarás? Muak».

La cara del Rata no podía reflejar más decepción. Dafne sintió una punzada de pena durante un instante. Pero cuando le vio bajarse de la moto y, después de cerrar con una sola mano la tapa del móvil, oyó cómo se pavoneaba de que él mismo había deshecho la cita, la sensación de victoria que Dafne había sentido en la cancha de baloncesto volvió a reconciliarla con la justicia que a veces depara la vida.

Paula y ella se miraron y se echaron a reír. Otra vez había caído en la trampa. Otra vez lo engañaban sin que él entendiera de dónde le llegaban los disparos. No podía haberles salido mejor. No había vuelta atrás, la presa estaba lista para arrojarse de nuevo sobre ella. Un paso más para enredarlo en los hilos que manejaban a su antojo.

Lo que no sabía ninguna de las dos era que aquella red que habían comenzado a tejer alrededor de Roberto las envolvería también a ellas sin que pudieran evitarlo.

No. Todavía no lo sabían.

Cuando el grupo de mayores pasó junto a los pequeños para dirigirse al metro, rodeando la moto de Roberto como un séquito alrededor del trono, Dafne volvió a sentir aquella mirada que probablemente solo veía ella, e imaginó que Roberto le sonreía otra vez desde debajo del casco.

Capítulo 15

A Dafne le encanta el olor de la gasolina. Cada vez que entra en el garaje de su bloque aspira profundamente y exclama.

—¡Umm! ¡Qué rico!

Nadie comparte con ella ese gusto tan peculiar. Sus hermanas no se lo creen, piensan que lo hace para llamar la atención, pero el caso es que ella disfruta con el olor de los carburantes como otros con el del perfume más exclusivo. Le pasa desde que era pequeña. Quizá sea porque le recuerda a su padre. Aunque lo cierto es que ella nunca tuvo la oportunidad de conocerlo, pero cuando piensa en él, siempre lo imagina al volante de un coche de Fórmula 1, como en la foto que tiene su madre encima de la cómoda de su cuarto, que inmortaliza la tarde en que se conocieron.

Trabajaba en la escudería de un corredor que estuvo a punto de ganar en una ocasión el campeonato nacional.

Dafne siempre se imaginaba que su padre tenía que oler como las gasolineras. Según ella, el lugar que más bien huele del mundo. Mejor que una panadería a las ocho de la mañana, que una fábrica de patatas fritas, y que la cocina de su casa cuando su madre hace las galletas de nata que le enseñó su abuela. Mejor que ningún otro lugar.

Las gasolineras suponen para ella un puro deleite. Cuando viaja con su madre, y esta tiene que llenar el depósito de su automóvil, Dafne suele bajarse también para colocarse al lado de los surtidores, donde se empapa de aquella fragancia que solo disfruta ella y que le recuerda tanto a su padre.

Nadie lo entiende, pero Dafne es así. Y así hay que quererla.

Sin embargo, para su sorpresa, ella no es la única a quien le entusiasma ese olor tan peculiar.

-oOo-

Todas las tardes, a la salida del colegio, Paula y ella se dedicaban a vigilar de lejos a Roberto en el Barrio, comportándose como si no tuvieran nada que ver en el asunto de Dafne.

A veces se miraban la una a la otra y se daban codazos mientras se reían sin que sus

compañeros de clase supiesen por qué, recordando la cara del Rata mientras esperaba a la chica que nunca llegó.

En cierta ocasión, en que las dos primas se encontraban con su grupo, pasándose canciones de unos móviles a otros, Dafne escuchó una conversación entre Roberto y uno de los gemelos que solían andar armando bronca con él.

—¡La que más me gusta es la sin plomo!

El amigo le respondió con un gesto de repugnancia.

—¡Joder, macho, tú sí que eres raro!

—¿Raro por qué? Si huele de puta madre.

—¡Venga ya! ¡No me lo creo! ¡Y por si fuera poco, me tengo que tragar que las distingues!

—Te lo juro, tronco, me gusta más que el olor de una piba. Si quieres, te lo demuestro. ¡Vamos a una gasolinera!

A Dafne se le paralizó el pulso. No importaba si Roberto se lo había podido demostrar o no a su amigo, supiese o no supiese distinguir los olores de los diferentes combustibles, el hecho era que compartía con ella el gusto por el que sus hermanas la habían acusado de excéntrica toda la vida.

Esa misma tarde, se registró en el facebook con el nick de Gasolina sin plomo y una dirección de correo electrónico a la que llamó Dafn_huele_a_gasolina. Una vez en el muro del facebook, creó un perfil con las características de su hermana Cristina y colgó algunas de sus fotografías. Después, se registró también con una docena de nombres ficticios que le pidieron a Gasolina sin plomo que les aceptasen como amigos y que se encargarían de hacer verosímil aquella farsa con sus comentarios. Hacía días que lo llevaba pensando, pero aquella conversación que acababa de oír entre el Rata y su amigo fue para ella la señal de que había llegado el momento. A partir de entonces, cada día colgaría una de las fotos de los books con los que se presentaba su hermana a los cástings de modelo, y que Dafne escanearía sin que nadie se enterase. En algunas de ellas, Cristina se encontraba en el circuito de Fórmula 1, al que acudían con frecuencia todas las hermanas, invitadas por los antiguos amigos de su padre.

Aquel álbum del facebook sería un paso más en el plan que había fraguado para vengarse de Roberto. Otro eslabón de la cadena que conseguiría atarle a los encantos de alguien que nunca iba a corresponderle. Roberto no podría resistirse a aquellas fotos.

Capítulo 16

Antes de informar a Roberto sobre la existencia de «Gasolina sin plomo», Dafne le envió a la dirección electrónica que les había proporcionado la vecina de Paula una foto antigua que Teresa guardaba en una caja junto a otros recuerdos de la familia. La imagen se había tomado, hacía ocho o nueve años, en la misma fuente en la que él estaba sentado cuando conoció a Cristina, y en ella aparecían las cuatro hermanas vestidas iguales. Las dos mayores se apoyaban contra el brocal de la fuente, y cada una rodeaba con sus brazos los hombros de una de las pequeñas, que se encontraban colocadas delante de ellas.

Roberto la recibió como archivo adjunto a un correo que no llevaba asunto. En el cuerpo de texto, únicamente podía leerse la frase que les serviría de excusa a Paula y a Dafne para invitarle a unirse a los amigos de «Gasolina sin plomo»:

«Si adivinas cuál soy, t diré dónde puedes encontrar otras más recientes. Tngo un facebook solo para gente especial, todo el mundo tien q usar un nick. Te aceptaré como amigo si averiguas la respuesta y t buskas un nick divertido».

Roberto no se hizo esperar. En apenas una hora, ya había un correo de vuelta que no defraudó a ninguna de las dos primas. El Rata había mordido el anzuelo otra vez. Como los peces muerden los señuelos que utilizan los pescadores, para atraerlos con sus brillos desde el fondo del río.

Aunque se lo hubiera propuesto, Roberto no hubiera podido enviarles una respuesta que les alegrase más el día.

«Podría distinguir entre miles esos ojos de gato. X cierto, sabs k mencanta el olor a gasolina? Aceptam como amigo de tu facebook y creeré k stoy n el cielo».

Paula y Dafne se abrazaron entusiasmadas cuando lo leyeron.

—¡Ha picado otra vez! ¡Ha picado!

—¡Ahora se va a enterar este cursi de lo que pueden hacer unos ojos de gato!

—¿Pero qué vas a hacer, tía?

—Ya lo verás.

Dafne cogió del book de su hermana una foto de primer plano, en el que se le veían las pupilas alargadas por el efecto del flash, y la escaneó. Después recortó los ojos con un programa de tratamiento de la imagen y le mandó a Roberto la fotografía trucada, en un correo sin asunto ni texto.

Segundos más tarde, sonó un pitido en el móvil desde el que le habían invitado a la exhibición de gimnasia. Dafne abrió el buzón de entrada y leyó en voz alta el sms de admiración de Roberto:

«¡¡¡¡¡¡Hostiass!!!!!!!».

No decía nada más, solo esa expresión que su abuela condenaba cada vez que la utilizaba alguna de sus nietas delante de ella.

—¡No seas irreverente, niña! ¡Eso no se dice!

Pero Dafne encontró tanta pasión en aquella irreverencia que habría apostado cualquier cosa a que hasta su abuela se habría emocionado con aquel hostias que alargaba la ese como un silbido.

—¡Es nuestro!

Paula dio un salto de alegría, le cogió el móvil de las manos a Dafne y apretó la tecla de responder.

—¿Qué le contestamos?

—Nada. Ahora vamos a dejarle que sufra otro poquito.

—¿Qué dices? ¡Al loro, tía, que estas cosas hay que hacerlas en caliente! Si lo dejamos así, perderá el interés. Hay que invitarle al facebook.

—De eso nada, si le invitamos tan pronto se creará el rey de los malotes. Es mejor que se lo tenga que currar. Mientras más difícil se lo pongamos, más se enganchará con la historia.

—¿Y si se cansa?

—No se cansará. Ya lo verás.

Y así fue. Desde que le enviaron la foto de los ojos, no había día que no recibieran diez o doce mensajes desde el móvil del Rata. En todos demostraba que, lejos de cansarse de sus desplantes, lo que habían conseguido era que él se interesara más y más por el personaje que habían creado a partir de la imagen de Cristina.

«Ola, feita d ojos d gato. Cndo nos vmos? Muak muak. Contsta».

«Oye gorda, dond stan esas fots k me prometist? Kiero ser tu amigo dl facebook. 1 bsito. Muak. Cnt».

«X k no m cnt? 1 bsito».

«Jodr, chica, dim algo, auk solo sea ola!».

«Venga, tía, cnt ya d una vez, dam l speranza».

«Xro k azes? Pk no m cnt? Stas nfadada?».

«A k stas jugando?».

«No ntiendo nad. Si no m cnt, pnsaré k ta pasao algo».

«Vale, tía! Ya veo k no kiers nad d mí».

Paula y Dafne le dejaron sin respuesta una semana. Durante ese tiempo, Roberto continuó enviando mensajes al móvil y al correo electrónico. Unas veces parecía enfadado y otras desesperado.

Casi todos los días, en el último mensaje de la noche, amenazaba con no volver a escribir si no obtenía respuesta, pero a la mañana siguiente, a primera hora, en el buzón de entrada del teléfono de Paula y Dafne se volvía a recibir un nuevo mensaje, una prueba que demostraba quién tenía la sartén por el mango, y que reflejaba la capacidad de resistencia de la víctima.

«Por muxo k tempeñes en no cntstar yo no prderé nunca la speranza».

«K t digo k no la pierdo».

«K no, k no la pierdo».

«K no la pierdo».

«K no».

«K no».

Hasta que se cansó y les mandó un ultimátum:

«Vale, tía, cndo kieras algo ya sabs dónd stoy. No t molsto más. O cnt o t olvidas d mí».

Capítulo 17

Su madre les había contado que la muerte de su padre a causa de una septicemia fue un caso de mala suerte. Una de esas cosas que nunca pasan. Una extraña jugada del destino que sucedió sin que nadie pudiera explicarse cómo. Le tocó a él de la misma forma que podía haberle tocado a otro, o como no le tenía que haber tocado a ninguno. Una lotería.

Viajaba de acá para allá en el equipo de un piloto de Fórmula 1 con el que trabajaba recorriendo circuitos en los que nunca llegaron a subir al podio, pero que les permitía vivir con cierto glamour y mantenerse en una escudería de segunda, una de tantas sin las que los grandes pilotos tampoco podrían alzarse con los triunfos.

Ni siquiera él mismo supo cómo ocurrió. Probablemente se quemó con alguna pieza del motor del coche, o quizá con algo más simple, con el aceite en que frío las patatas de una tortilla que, unos días antes de su muerte, preparó para sus compañeros de escudería. Nunca se averiguó. Lo único que se supo fue que una quemadura, infectada en su mano derecha fue la causante de que su flujo sanguíneo se contagiara de la bacteria que le causó la muerte.

Siempre que piensa en él, Dafne puede oler el aroma a gasolina imponiéndose sobre cualquier otro. Y también piensa en esa herida que no se curó, y en el absurdo de aquel desenlace.

El día en que su padre conoció a su madre, después de tomar unas cervezas con los padres de Paula, acabaron los dos en el circuito donde entrenaba el piloto de Fórmula 1, y donde se hicieron la foto que tiene Teresa en la mesilla de noche. La misma con la que Dafne identifica siempre a su padre, y que provocó su afición por las carreras antes de que se le despertase el interés por el teatro.

Desde que aprendió a leer, recortaba todo lo que tuviera que ver con los campeonatos de Fórmula 1. Un mundo que solo conocía de referencia, pero que había reproducido en su mente de una forma tan estructurada que cualquiera diría que su padre la había llevado con él a los incontables circuitos nacionales e internacionales en los que compitió.

Guardaba sus recortes en carpetas de colores. Cada color para un aspecto diferente relacionado con las competiciones: pilotos, escuderías, grandes premios de distintos años, campeonatos mundiales, récords, poles, y un montón de cosas más relacionadas con las carreras, que aprendió para rendirle su particular homenaje a su padre. En total, más de veinte carpetas en las que atesoraba alrededor de quinientas fotografías sobre campeonatos de Fórmula 1. Algunas

de estas fotos acabaron colgadas en el facebook de «Gasolina sin plomo», con el único objetivo de atraer la atención de Roberto hacia algo más que los ojos bonitos de su hermana Cristina.

Capítulo 18

Roberto no entiende la razón por la que la chica de ojos azules huye de él de esa manera. No puede entenderlo. Pero está claro que ella le huye. Y no entiende por qué. No es normal que primero se tome el trabajo de averiguar su teléfono y su correo electrónico y le diga que le pida ser su amigo en el Facebook, y después le esquive como si hubiese sido él quien la hubiera buscado. Está claro que le gustó el piropo que le lanzó en la plaza, cuando ella le miró con esos ojos de gato que tumbarían a cualquiera. Si no, no se hubiera puesto en contacto con él. Pero algo debe de impedirle seguir con el rollo. Un novio quizás. A lo mejor ella quiere quedar, pero luego no encuentra excusas que puedan colar delante del pibe. A lo mejor el tío es celoso, y la controla hasta el colmo de no dejarla ir a ninguna parte sin llevarlo pegado a sus faldas. O también puede ser que de verdad se le tuerzan las cosas; después de todo, si no tuviese ningún interés ¿para qué iba a mandarle la fotografía de los ojos? ¡Vaya foto! La más alucinante que nunca ha visto. Seguro que está trucada. Queda preciosa en su ordenador como fondo de escritorio. No deja de mirarla. Es imposible que esos ojos existan de verdad. Aunque él los ha visto. Y daría lo que fuese por verlos otra vez y comprobar que efectivamente son reales y no un anuncio de lentillas. Porque de tanto mirarlos parece que se le están olvidando. A veces le parece que no le han mirado nunca. Es una sensación extraña, como si solo los hubiese visto en su ordenador, como cualquier otro salvapantallas. Pero sí le miraron. Sí. Él los vio en la plaza con la misma nitidez con que ve ahora los suyos en el espejo que su madre se empeñó en poner en la puerta de su armario, cuando reformaron la casa para que por fin su hermano Kiko y él pudieran tener cada uno su habitación. ¡Menudo coñazo le había dado su dichoso hermanito hasta que pudo librarse de él! Pero su padre no quiso oír hablar del tema hasta hacía unos meses. Decía que él había dormido toda la vida en la misma habitación que otros dos de sus seis hermanos y no le había pasado nada, que dieran gracias a Dios de lo que les había tocado vivir, porque él había dormido en literas hasta que volvió de la mili, después de haber estudiado la carrera de Medicina compartiendo mesa con sus hermanos. Hasta que se casó con su madre no supo lo que era tener un escritorio solo para él, y que conste que eso no pasaba únicamente en su familia, en aquella época pasaba en la de medio mundo, y si no que se lo preguntasen a su mujer, que todavía tenía más hermanos que él y su piso era aún más pequeño. Ella había dormido en la misma habitación que sus dos hermanas hasta que salió de su casa vestida de novia. La pobre. Había dejado la carrera de Medicina muy a su pesar,

porque se quedó embarazada y alguien tenía que cuidar del niño. Pensaba retomar los estudios cuando el bebé pudiera ir a la guardería, pero en la cuarentena volvió a quedarse preñada y tuvo que olvidarse de ser médica. Se conformó con estudiar podología cuando Kiko y él empezaron la primaria, y ahora es la dueña de su propia clínica, muy cerquita de su casa y del hospital donde trabaja su padre. Se pasan la vida presumiendo de la suerte que tienen de poder ir andando al trabajo. Menos mal que ella se empeñó en que había llegado el momento de que los chicos deberían tener cada uno su habitación. Le costó mazo convencer a su padre, pero lo consiguió, si no, ahora él no podría quedarse las horas muertas mirando aquellos ojos de gata. ¡Qué preciosidad de chiquilla! Tenía que verla otra vez. Tenía que conseguir que volviera a buscarlo, como la primera vez que ella le mandó un mensaje diciéndole que le esperaba en la exhibición de gimnasia del colegio de los pequeños. ¡Como si solo hubiera un colegio de pequeños! Menos mal que sabía en cuál se celebraba la fiesta de fin de curso aquel día, con una especie de minijuegos olímpicos. Tenía que volver a verla. Eso sí, esta vez tenía que ser ella quien se lo pidiera porque desde luego, por su parte, ya se habían acabado los mensajes pidiéndole una cita, ya estaba bien de arrastrarse, había llegado el momento de actuar. Primero la buscaría y le demostraría que él no está acostumbrado a correr detrás de nadie. Y después le haría ver que ahora le tocaba mover ficha a ella. ¡Qué guapa estaba el día de la fuente! Iba con otras dos que siempre andaban por el Chino, las tres llevaban vestidos de verano. Se les notaba el bikini debajo. Lo recuerda perfectamente. Recuerda las espaldas de aquellas tres chicas, que seguramente se dirigían hacia alguna piscina, caminando bajo un sol de justicia, y cómo una se giró hacia él y le clavó aquellos ojos que ya no podía olvidar. Las envidió cuando pensó que pronto se quitarían aquellos vestidos y se irían directas al agua. Aquella tarde él se moría de calor. Le habían salido hongos por todo el cuerpo. Se hubiera muerto de la vergüenza si alguien se los hubiera visto. No pudo quitarse la sudadera en dos semanas. Y todo porque su hermano no es capaz de usar su propia toalla, y tuvo la feliz idea de ducharse en el gimnasio y utilizar una cualquiera que encontró por ahí. El muy imbécil también le contagió un papiloma en la planta del pie, que había cogido no se sabía dónde. Seguro que había usado sus zapatillas de deporte sin que él se diera cuenta. Tiene la manía de cogerle sus cosas sin pedirle permiso. Aunque también es verdad que sabe que no se las dejaría por muy pesado que se pusiera, por eso no se las pide. Menos mal que a él su madre le recetó una pomada para el papiloma que se lo curó en dos patadas, porque a Kiko le tuvo que tratar en la clínica con rayos láser, ultrasonidos, y no se sabe cuántas mierdas más. Y todavía no han conseguido acabar con la maldita verruga. ¡Resulta que las pibas lo pueden coger en la mismísima vagina si no usan condones, y los tíos en los huevos y en el ano! ¡Qué horror! Dicen que algunos de estos papilomas pueden llegar a convertirse en cáncer. Él conoce a un tarao que se los ha pegado a medio instituto, porque se empeña en no ponerse nunca la goma. Y eso que este año les han dado en el instituto una buena charla sobre enfermedades de transmisión sexual y sobre métodos anticonceptivos. ¡Como si ellos no supieran ya lo que hay que hacer y lo que no! Aunque es verdad que algunos pasan olímpicamente, y luego vienen los problemas y los lloriqueos. Como aquel que se creyó que había dejado preñada a su novia, porque decía que se le había roto el condón. Seguro que el muy pipa no sabe ni cómo hay que ponérselo. Menos mal que el susto se quedó en una falsa alarma, porque la chiquilla tenía solo catorce años, y ni atada quería hablar de la pastilla del día después, porque no era la primera vez que les pasaba, y le habían dicho que tomarlo por costumbre podría tener efectos secundarios irreversibles. ¡Incluso la esterilidad! ¡Qué

fuerte! Hay que ser anormal para dejar que tu piba se lleve esos sustos. ¡Pobre chica! Esa clase de payasos se cargan la imagen de todos. ¡Hay que joderse! Por su culpa tenemos que oír cada dos por tres las chorradas de siempre. Que no estamos preparados para esto y para lo otro, que la juventud de hoy no es como la de antes, que en qué manos van a dejar el mundo cuando nos toque a nosotros, que nos pasamos la vida jugando a la consola o en internet, que lo hemos tenido todo sin esfuerzo, y muchas más tonterías por el estilo. No hay cosa que más rabia me dé que escuchar tantas bobadas juntas. Porque es verdad que nosotros nos pasamos media vida en internet, pero ellos se la pasaban haciendo el moñas como unos frikis. Pero esa es otra historia. Ahora lo único que me preocupa es encontrar esos ojos de gata.

Capítulo 19

Paula y Dafne supieron enseguida que Roberto andaba haciendo preguntas por el Barrio. Llevaba más de una semana sin enviar mensajes ni al móvil ni a la cuenta de correo electrónico. De vez en cuando preguntaba a unos y a otros si conocían a una chica que tenía unos ojos impresionantes.

—Son unos ojos muy azules. Si la veis, decidle que la estoy buscando.

Afortunadamente, Cristina no había salido nunca con ellas por aquella zona, y sus compañeros de clase no la conocían. Ni siquiera había estudiado en el mismo colegio que Dafne. Su madre había matriculado a las dos hermanas mayores en un colegio bilingüe, y desde allí pasaron a un instituto para cursar el bachillerato. A las pequeñas las matriculó en el colegio de Paula para que estudiaran juntas.

Por mucho que Roberto preguntase a los compañeros de Dafne, no podría dar con Cristina. En ese sentido no había problemas.

Aun así, cada vez que Roberto se acercaba al grupo de pequeños, ellas trataban de pasar desapercibidas jugando con el móvil o con sus mp3. De cuando en cuando, Dafne sentía que Roberto la miraba con aquella media sonrisa con la que parecía querer decirle algo y, aunque estaba segura de que solo era fruto de su imaginación, después de aquellas miradas no hacía otra cosa que soñar con ellas de día y de noche.

Él seguía preguntado por Cristina, con el mismo resultado de siempre, nadie la conocía. No obstante, si le dejaban continuar con sus pesquisas, acabaría por enterarse de más cosas de las que ellas querían que supiera. Paula habría optado por terminar con la broma y enviarle un último mensaje en el que le aclarasen toda la historia, o si no, contarle cualquier rollo para acabar cuanto antes.

—No sé, chica, podríamos decirle que Dafne se ha ido a vivir a América, y que ya no volverá nunca más.

Pero Dafne se negó. No iba a tirar la toalla cuando mejor se ponía el combate. Ni mucho menos.

—¿Qué dices? ¿Ahora que lo tenemos cogido por los mismísimos? De eso nada. ¡Ni hablar!

—Pero, tía, que como se enteren tu hermana o tu madre de lo que estamos haciendo, se nos cae el pelo.

—No se van a enterar, no te preocupes, tú déjame a mí, ¿vale?, que yo sé lo que hago.

Paula no discutió. Se dispuso a redactar con su prima un nuevo sms y continuó participando a regañadientes en la farsa.

Después de barajar varias posibilidades, decidieron que la mejor manera de evitar que el Rata siguiera buscando a Cristina sería utilizar su estancia en la capital británica para sus propios fines. De esta forma, si a Roberto le daban alguna noticia sobre su paradero, no sería muy diferente a la información que ellas iban a darle en su mensaje.

«Sient muxo no habr podido dspedirm. Stoy en Lndres y no volveré sta el final di verano. Sta noxe tenviaré la invitación xra mi facebook. Tngo algo q dcirt».

Pero Roberto no aceptó la invitación. Dafne esperó delante del ordenador, con la luz de su cuarto apagada y escribiendo despacio para que ni su madre ni su hermana Lliure oyesen el sonido del teclado. Lucía dormía a su lado sin enterarse de nada. Tenía el sueño tan profundo que ya podía hacer todo el ruido que quisiera, que cuando se había dormido no la despertaba ni un terremoto.

Hasta las tres de la madrugada, Dafne estuvo haciendo tiempo. Mientras esperaba, colgaba fotos en su muro y escribía correos a Roberto desde la cuenta de Dafne huele a gasolina. Sin embargo, podría haberse quedado hasta las seis de la mañana, y habría esperado en vano. Los únicos mensajes que recibía, diciéndole que alguien quería que le aceptase como amigo en facebook, eran los que ella misma se enviaba de parte de los numerosos amigos ficticios que había creado para que Roberto no se extrañase de ser el único contacto de «Gasolina sin plomo».

Al día siguiente, Roberto tampoco apareció por el Barrio, ni al otro, ni al de más allá.

Ni un solo mensaje nuevo en el buzón de entrada del móvil. Ni una solicitud de amistad en el facebook. Ni un correo electrónico. Nada.

Así pasaron casi dos semanas. Los exámenes de junio estaban a punto de comenzar. Seguro que Roberto estaba estudiando y por eso no se conectaba. Pero Dafne sabía que acabaría por aparecer. Era imposible que se hubiese olvidado de todo tan drásticamente. Tenía que haber una razón poderosa que le impedía utilizar el móvil y el ordenador. Nadie pierde el interés por otra persona de un día para otro.

Seguro que tarde o temprano obtendría respuesta.

Y con esa esperanza continuó enviando mensajes al móvil del Rata cada día, y entrando en internet cada noche para esperarle y para colgar fotografías en «Gasolina sin plomo». A oscuras, burlando la prohibición que su madre le había impuesto, ansiosa por leer las respuestas que nunca llegaban, y decidida a seguir allí hasta que él se dignase a volver.

Dafne se mordía cada día más los padrastrós, como si con ello pudiera librarse de la angustia que le producía la espera.

-oOo-

Las clases habían terminado a mediados de junio. Los que habían aprobado la evaluación continua solo iban al colegio para actividades extraescolares, pero a ella aún le quedaba presentarse a la recuperación de la última evaluación. Una semana de exámenes finales por los que no había pasado nunca hasta entonces.

Tal y como venía sucediendo desde su primer encuentro con el Rata, había muchas

posibilidades de que volviera a suspender. Los libros no suponían desde entonces una prioridad. No podía concentrarse más que en una sola idea: tenía que volver a verle. Ni siquiera sabía si habría leído sus correos electrónicos o la invitación para «Gasolina sin plomo». El caso es que no respondía, pero ella no podía dejar de enviarle mensajes, en lugar de abrir los libros.

Al principio, Paula le ayudaba a redactarlos. Pero, poco a poco, se cansó de los silencios de Roberto y volvió a recomendarle a su prima que se olvidase del tema, preocupada por la obsesión en que se había convertido para ella.

—Déjalo ya, tía, te estás amargando con este rollo, De aquí solo puede salir un final desastroso. Ya sabes lo que suele decirse, lo que mal empieza mal acaba. Y esto no ha empezado precisamente de puta madre. Demasiadas mentiras para una sola historia.

-oOo-

Como era de esperar, los exámenes fueron un auténtico desastre. Las últimas calificaciones del curso no podían ser peores.

Dafne nunca había visto llorar a su madre con tanto desconsuelo por el resultado de las evaluaciones. Incluso diría que resultaba desproporcionado, ¡llorar así por las notas del colegio! Cada dos por tres la oía llorar en su cuarto, o encerrada en el baño. No tenía sentido darle tanta importancia a unos suspensos.

Pero ella misma no podía explicar la sensación de fracaso con que recibió aquellos siete insuficientes. Jamás lo habría imaginado.

Para colmo, algunos de sus compañeros de curso la felicitaron por haberse unido al grupo de los que tenían que volver a examinarse en septiembre.

—¡Enhorabuena, tía! ¡Bienvenida al club! A mí me han quedado cinco.

—¡A mí, seis!

—¡A mí, dos del año pasado y tres de este!

Y lo decían como si de verdad se sintieran orgullosos de su hazaña. Como si no les importasen los dos meses que tenían por delante. Como si estudiar durante las vacaciones fuese tan natural como no tener que hacerlo.

Pero no lo era, al menos para ella no lo era, y menos en aquellos momentos, en que su corazón y su razón se habían convertido en una sola cosa, enmarañada y sin control.

Aquel verano se presentaba difícil.

Capítulo 20

Lo primero que salió de su cuarto cuando llegaron los suspensos fue el ordenador. Su madre había sido tan tajante que Dafne ni siquiera intentó convencerla de lo contrario.

—¡No vuelves a tocar este trasto hasta que apruebes todo lo que te ha quedado! ¿Entendido? Ahora mismo me ayudas a llevarlo al trastero, y ahí se quedará hasta septiembre. Después, ya veremos. Y no se te ocurra utilizar el de tus hermanas si no quieres terminar en el pueblo yendo a la academia de la parroquia. Desde ahora, estudiarás aquí, en el salón, delante de mí. Me vendrán muy bien unas horitas todos los días para leer. ¡Esas van a ser mis vacaciones! Mañana mismo te busco una profesora de matemáticas.

—De eso nada. Yo no quiero una profesora particular. No sirven para una mierda.

—¡Sirven para lo que tienen que servir! Tú vas a estudiar este verano aunque me cueste a mí la salud. Ya me encargaré yo de vigilarte bien.

—¡Pues vas lista si te crees que porque estés delante voy a estudiar más! Si no me entran las cosas, no me entran y punto. ¿Vale?

—¡Eso es lo que tú te crees! ¡Claro que te van a entrar! ¡Puedes estar segura de que sí!

—Pues no sé cómo. ¡Tú flipas!

—No seas impertinente, niña. ¡Te parecerá bonito hablarle así a tu madre!

—¡Precioso!

—¿A que termino dándote un tortazo?

—¿A que no?

Y el cuerpo de Dafne se tensó de una forma tan desafiante, tan agresiva, que Teresa se dio media vuelta y se dirigió a su habitación sin poder creer lo que acababa de ver y sin poder contener las lágrimas.

Durante unos instantes, Dafne permaneció en el salón, inmóvil, en la misma actitud retadora que había horrorizado a Teresa. Rígida. Un pie hacia adelante, la barbilla hacia arriba, los brazos pegados al cuerpo y los puños cerrados, apretando la nada, sujetando una furia que le deformaba la mandíbula y le agrandaba los ojos.

Desde aquel día, Teresa prácticamente dejó de dirigirle la palabra. Le hablaba, sí, pero solo para darle órdenes. Aquella sería la única comunicación que se establecería entre ellas durante casi todo el verano.

«Ayuda a tus hermanas a poner la mesa».

«Haz tu cama».

«Dale de comer a Trufi».

«Levántate».

«A las diez en punto, en casa».

Sus hermanas continuaban ignorándola, como siempre, la mayor en su cuarto y la pequeña en su consola. Pero cada vez que se encontraban con ella en la misma habitación, por lo general para comer o para cenar, y su madre salía del cuarto por cualquier motivo, Lliure solía lanzarle una mirada de desaprobación.

De las cuatro, físicamente era esta la más parecida a su madre, aunque en el carácter parecía más enérgica, más firme, menos dispuesta a abandonar sus posiciones cuando se sentía cargada de razón.

A pesar de que solo tenía cinco años cuando se quedaron solas tras la muerte del padre de Dafne y de Lucía, Lliure había sido desde bien pequeña el apoyo de su madre. Y con el tiempo, conforme fueron creciendo, ella misma se había ido arrogando cierta autoridad sobre las demás que a Dafne le sacaba de quicio, sobre todo cuando la miraba con aquel desdén con el que le recriminaba su comportamiento con Teresa.

—A ver cuándo le pides perdón a mamá, so niñaata. No hay derecho a lo que le estás haciendo.

—¿Y a ti qué te importa, doña perfecta?

—Claro que me importa. También es mi madre, y la oigo llorar cada vez que le faltas al respeto.

—¿Y a mí ella no me falta al respeto?

—¿Pero tú estás tonta, o qué? ¿Quién te falta a ti al respeto?

—Vale, vale, vale... ¡No me des el coñazo tú también, joder! Además, anoche te oí discutir con ella y acabó llorando en su cuarto. A ver si ahora voy a ser la única que la hace llorar.

Y era verdad. Dafne no había reparado hasta ese momento en lo extraño que resultaba que Lliure discutiera con su madre. Siempre parecían de acuerdo en todo, como si la hija, a fuerza de sentirse el soporte de la madre, tuviera la misma capacidad de decisión sobre las cosas de la familia, y su criterio contase tanto como el de un adulto. Siempre sensata y dispuesta a echar una mano. Pero aquella noche, las dos habían terminado llorando, cada una en su habitación. Dafne no se paró a pensarlo, al fin y al cabo solo era una pelea más de las muchas que retumbaban últimamente en la casa. También Cristina había tenido su propia bronca con Lliure y con su madre antes de marcharse a Dublín. Dafne las había escuchado discutir por culpa de una caja. Lliure debía de haberse puesto los zapatos que Cristina utilizaba en los cástings y los habría dejado fuera de su sitio, y su madre, como siempre, habría tratado de mediar en la pelea y acabó metida hasta el cuello. Todas terminaron llorando. Tampoco Dafne le dio importancia aquella vez, pero ahora pensaba que quizá desde aquella discusión se había enrarecido el ambiente en la familia. Cristina se fue como enfadada, Lliure estaba más huraña cada día y Teresa apenas hablaba.

Dafne se levantó de la mesa y le gritó a Lliure mientras salía de la cocina.

—La próxima vez que llore mamá por tu culpa, iré a pedirte explicaciones ¿vale?

Lliure tragó saliva y se esforzó por aparentar que no le afectaba lo que dijese Dafne, pero no pudo evitar que se le quebrase la voz.

—Eres tan egoísta que ni siquiera puedes plantearte que los demás también tenemos problemas. No te preocupes, yo sí sé por qué llora mamá cuando discute conmigo.

Capítulo 21

El ordenador de Paula se convirtió en el refugio al que Dafne acudía todas las tardes para tratar de obtener noticias sobre Roberto.

Después de las clases particulares, que por supuesto su madre se empeñó en buscarle, y que la mantenían sujeta a la silla una hora y media bajo su permanente vigilancia, se dirigía a casa de Paula y subía corriendo los veinte tramos de escalera que la separaban del ordenador. Aquel momento era el único del día que le merecía la pena vivir, cuando apretaba el botón de encendido y colocaba la mano derecha sobre el ratón.

Al cabo de unos segundos, se oía el acorde de cinco notas que indicaba que el ordenador se había encendido, que le daba sentido a todas sus tardes.

Aquella musiquilla, que acompaña al saludo de bienvenida a los usuarios del mayor fabricante de software del mundo, se convirtió en lo único interesante del día. Un sonido característico, impersonal, idéntico al de otros ordenadores que utilizaban el mismo sistema operativo. Un sonido monótono, sin alma, pero al que ella se aferraba como se aferran los náufragos a cualquier objeto capaz de flotar.

-oOo-

Desde la ventana de la habitación de su prima, se veían las azoteas de los edificios cercanos, con sus tendederos alineados en perfectas filas paralelas, arqueados por el peso de la ropa.

Un sinfín de pinzas de colores y multitud de antenas, de diferentes formas y tamaños, recortaban el cielo.

Hacía un calor insoportable. No se detectaba el más mínimo movimiento en los tendederos, ni en las copas de los árboles que sobresalían entre los edificios. Su madre le había contado que su padre, en esos días tórridos en los que no sopla el viento, decía que los árboles parecían pintados. En eso mismo pensaba Dafne mientras miraba por la ventana de Paula.

Una ciudad pintada bajo un azul blanquecino, intenso, que no dejaba pasar ni una brizna de aire. Un cuadro en el que resplandecían aquellas sábanas tendidas, bajo un sol de justicia, como el

que abrasa a los que se pierden en el desierto.

Aquel sería el primer verano que la familia no iría a la playa para visitar a sus abuelos. Su madre se había empeñado en que ella debía recuperar en septiembre las siete asignaturas que le habían quedado pendientes, y no la dejaba tranquila con sus monsergas de «ponte a estudiar», «aprovecha el tiempo», «mira que después te vas a arrepentir», etc., etc., etc. Siempre con la cara larga. Con las facciones caídas hacia abajo, en un gesto que no se sabía si era de enfado o de amargura, con el que pretendía que cayera sobre ella todo el peso de la culpa.

Era tanta la presión que llegó un momento en que, para que la dejase en paz, no volvió a rechistarle. Recibía las clases de la profesora particular como si realmente la escuchase, y hacía los deberes en el salón, tal y como le gustaba a Teresa.

Y después, mientras pasaba las hojas del libro como si estuviera estudiando, se dedicaba a pensar en Roberto. Le encantaba imaginar el mensaje que la esperaría en el ordenador de Paula cada tarde. Un mensaje que no acababa de llegar nunca, pero con el que se negaba a dejar de soñar.

-oOo-

Los días eran tan tediosos que parecía que se imitaban a sí mismos. Como si el que empezaba lo hubiera vivido exactamente igual al que había terminado. En la casa solo se respiraba calor, quietud y tristeza. Su madre y su hermana Lliure apenas hablaban, ni entre ellas ni con Dafne; al único al que se dirigían era a Trufí, que casi no salía de su cesto para protegerse del calor, y Lucía siempre estaba en casa de una amiga, donde se quedaba a dormir un día sí y otro también desde que le habían dado las vacaciones. Era la única que parecía feliz de toda la familia.

De vez en cuando, Cristina llamaba por teléfono y se pasaba las horas muertas hablando con Lliure o con su madre. Muchas veces terminaban llorando las tres. Parecía como si no fueran a verse nunca más, cuando, en realidad, Cristina volvería al final del verano, por muy lejos que ahora se encontrase. ¡Y a eso le llamaba Lliure un problema! Como si haber suspendido siete asignaturas, y esperar con toda su alma un mensaje que nunca llegaba, pudiera compararse con nada. Como si aquel verano, en el que no se movía una hoja, no estuviera siendo el más horrible de su vida.

Su madre la llamaba a las nueve y media, sábados y domingos incluidos. Se levantaba, se duchaba, desayunaba, se sentaba frente a la mesa del salón hasta las doce y media con los libros abiertos, iba a darse un baño en la piscina de Paula, volvía a casa, comía, veía la tele hasta que llegaba la profesora particular, volvía a ponerse frente a los libros en la mesa del salón, y después iba otra vez a casa de su prima, tras subir uno a uno los escalones hasta el décimo piso, rezando para que le cambiara la suerte aquella tarde y desesperándose cada día más, cuando comprobaba que Roberto no enviaba una sola señal que indicara que seguía pensando en la chica de los ojos de gato.

Era como si se lo hubiera tragado la tierra.

Capítulo 22

Dicen que cuando Apolo contempló cómo Dafne se transformaba en un laurel, se refugió debajo de la copa que formaban sus brazos convertidos en ramas. Y así se le representa siempre, coronado con las hojas de ese árbol.

Aunque su amor eterno por Dafne no impidió que poco después cayera rendido sucesivamente ante la hermosura de las sibilas Casandra y Cumana. Las dos le rechazaron también. De una se vengó condenándola a que nadie creyera en las verdades que salían de su boca, y con esa maldición vivió hasta su muerte. A la otra le regaló tantos años de vida como granos de arena fuera capaz de recoger en sus manos, pero le negó la juventud eterna. Vivió más de mil años encerrada en una jaula, implorando la muerte como su único deseo.

Pero Roberto no es Apolo, y no tiene poderes para vengarse como él de las chicas que se atreven a despreciarle. Aunque sí puede castigarlas con un arma que siempre le ha resultado infalible, la indiferencia. Esa era la táctica que se había propuesto utilizar para conseguir que la chica de los ojos bonitos se rindiera a sus pies, de la misma forma que se habían rendido otras muchas antes que ella.

No obstante, Dafne tenía razón, Roberto no hubiera llevado su indiferencia hasta tan lejos. No habría podido esperar más de una semana en contestar los mensajes de aquella preciosidad, y ya habían pasado casi tres desde el último sms.

Había otro motivo por el que no daba señales de vida, uno que le impedía ponerse en contacto con ella, y con ninguna otra persona sobre la tierra, por mucho que él lo estuviera deseando. Y lo deseaba. No pensaba en otra cosa desde que le dio el primer plantón. Pero la fatalidad se atravesó en su camino cuando se disponía a cruzar una calle por un paso de peatones, junto a los gemelos que siempre le acompañaban.

Había visto que se acercaba un deportivo a toda velocidad desde el fondo de la calle. Pero él era más chulo que nadie. El deportivo tenía que pararse para que él cruzase a la otra acera, lo quisiera o no lo quisiera su conductor. El paso de cebra le daba a él la preferencia. El coche no tenía más alternativa que cederle el paso. Eso lo sabía él, los gemelos que siempre le reían las gracias y todo el que quisiera mirar cómo un deportivo de lujo se humillaba ante su hazaña.

—¡Ya veréis como le bajo los humos! Este menda levanta el pie del acelerador como que yo me llamo Roberto.

Lo que no sabía Roberto era que el conductor superaba en tres décimas la tasa de alcoholemia permitida. Ni sus reflejos ni su vista podrían reaccionar ante el menor contratiempo.

Los gemelos trataron de evitar que su amigo se precipitase hacia la calzada. Le gritaron que se detuviese y le tiraron de la camiseta para intentar sujetarle.

—¡No seas burro, coño, que ese cabrón no para!

—¡Quieto, joder!

Pero él se lanzó al paso de cebra como si fuera un torero a punto de dominar a un bicho de seiscientos kilos.

Una señora mayor, que esperaba a su lado para cruzar el paso de cebra, le siguió sin darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Ella solo cruzó porque vio que otro cruzaba. Sin pensarlo. Solo porque el movimiento de la persona que esperaba a su lado le hizo creer que había paso libre.

Cuando los gemelos vieron cómo la anciana ponía un pie en el asfalto, sus gritos se oyeron en toda la calle como una sola voz.

—¡Cuidado, señora!

Los chirridos de los frenos atrajeron la mirada de los que se encontraban en las inmediaciones. Era un sonido con olor a goma quemada. Un horror que se metía hasta más allá de los tímpanos, de la garganta, de la certeza de que aquel ruido penetrante, que se alargaba con desesperación mientras el coche derrapaba, terminaría en una desgracia.

El conductor trató de esquivarlos, pero no consiguió controlar el deportivo. En cuestión de segundos el coche hizo un trompo y se estampó contra el poste que sujetaba la señal del paso de cebra. La señora perdió el equilibrio antes de que una de las ruedas le pasara por encima de un pie. Roberto recibió el impacto del lateral del coche, que lo arrastró durante unos metros hasta que se estampó contra una farola.

Quedó tendido en el suelo, envuelto en un charco de sangre. El conductor salió ileso gracias a los airbags que saltaron desde la puerta y desde el frontal del vehículo. Lloraba con la cara hundida en los airbags desinflados, aterrado ante lo irreparable.

Media hora después, los tres ingresaban en el hospital. La señora, consciente, el conductor deseando no estarlo, y Roberto inmovilizado desde el cuello hasta las piernas, con numerosas contusiones en todo el cuerpo, las dos piernas con fracturas abiertas, y un brazo y unas cuantas costillas rotas.

Las lesiones no eran tan graves como para temer por su vida, pero una contusión cerebral le había producido una pequeña hemorragia, por lo que decidieron sedarlo hasta que se reabsorbiera la sangre. Después habría que operarle de las dos piernas.

Capítulo 23

Dafne habría sabido lo del accidente si hubiera escuchado alguna de las conversaciones del grupo de mayores. Durante los días siguientes no hablaban de otra cosa.

Pero, a raíz de que terminase el curso, y de que el calor se apoderase de las calles del barrio, en lugar de en el Chino, los mayores comenzaron a reunirse en la piscina municipal, donde ya era imposible espiarles, no solo porque había demasiada gente y ellos se habrían dado cuenta, sino porque Dafne solo tenía permiso para bañarse en la piscina de Paula. Y con la vigilancia a la que la sometía su madre últimamente, le resultaría imposible escaparse.

Había oído que alguien había sido atropellado cerca de la plaza porticada, pero decían que se trataba de un joven que cuidaba a una señora mayor que también resultó herida. Todo el barrio dio por hecho que se trataba de un inmigrante latinoamericano, a quien se le veía de vez en cuando paseando con los residentes del Hogar del Pensionista que había cerca de la plaza. De manera que Dafne, después de la conmoción que sintió por la noticia, como el resto de los vecinos del barrio, no volvió a pensar en el asunto, y mucho menos se le pasó por la imaginación que podría tratarse de Roberto.

Ella continuaba mandándole cada día un mensaje desde el ordenador de su prima Paula, y esperando sus respuestas sin saber que él no podía enviárselas.

Debería haber dejado de escribirle cuando vio que pasaban las semanas y no daba señales de vida, hubiera sido lo más sensato. Pero Dafne continuaba pensando que el mutismo de Roberto se debía a una estrategia. Algún día le respondería y, entonces, ella le obligaría a contestar todos los mensajes que le había enviado desde que él le mandó el sms que decía que nunca perdería la esperanza. También le obligaría a responder cada uno de los comentarios que ella dejaba en su álbum de fotos del facebook, debajo de las fotografías de su hermana Cristina. Estaba convencida de que tarde o temprano volverían a establecer contacto. De la misma manera que pensaba que, al contrario de lo que iba a suceder muy pronto, nadie más que Roberto tendría acceso a «Gasolina sin plomo».

Las primeras frases que Dafne dejó bajo las imágenes que etiquetó para Roberto solo trataban de avivar la atracción que él había sentido desde que la conoció en la fuente:

«Stoy en Londres, xro vuelvo pronto, ¿me sperarás?».

Las siguientes fueron demostrando poco a poco la ansiedad que le producía su silencio:

«Dónde t mets? Xq no m scribes?».

Y las últimas, se fueron transformando en súplicas a medida que el tiempo pasaba y no había respuestas:

«Stás nfadado? Lo snto, tuve q irm sin dspedirm d nadie. Mis viejos m castgaron xq he sacado muxos suspnsos y m mndaron a Lndres sin prvio aviso».

«Cnt x favor. Dim algo».

Y así pasaron los primeros días de julio. Hasta que una tarde, cuando casi había perdido las esperanzas de encontrar en internet algo distinto a los días anteriores, descubrió que le esperaba una sorpresa en el correo de «Dafne huele a gasolina».

Mientras su prima navegaba por la red, Paula solía jugar con el teléfono móvil tendida en la cama. Aquella tarde, Dafne tecleó la clave de entrada al facebook casi con desgana. Una vez en la página de inicio, a la izquierda de la pantalla, junto a los iconos que representaban el número de mensajes y notificaciones nuevos recibidos, se encontró con la alegría más grande de su vida. Sobre el icono que avisaba de las solicitudes de amistad reinaba un número uno que acababa con todas sus angustias. Un número blanco sobre un cuadrado rojo, como la pasión y lo prohibido, sobre aquella especie de busto sin rasgos que se encontraba permanentemente a cero, excepto cuando ella misma invitaba a sus amigos imaginarios.

En un principio se quedó sin habla, pero después de la primera impresión no pudo reprimir un grito de alegría.

La mano que manejaba el ratón empezó a sudarle, y los músculos del cuello se le tensaron como si estuviera haciendo un esfuerzo enorme.

Paula se levantó de la cama y se acercó al ordenador. Las respuestas que tanto esperaban habían llegado por fin. Roberto había aparecido con el nick de *El que faltaba por aquí*.

Dafne pulsó el botón de confirmar y después el de añadir a la lista de amigos y, antes de que pasaran cinco minutos, debajo de cada fotografía de Cristina comenzaron a aparecer más y más comentarios.

«¿De dónde has sacado esos ojos, chiquilla? Seguro que en persona no son tan enormes».

«¿Te han dicho alguna vez que esos ojos no son tuyos?».

«¿Es verdad que Dafne huele a gasolina?».

«¿Cuándo vuelves de Londres? Me gustaría enseñarte una cosa que tiene mucho que ver contigo».

«¿Quieres que te cuente dónde he visto unos ojos iguales?».

Dafne se llevó las manos a la boca y lanzó un nuevo grito que debió de oírse en toda la manzana. Las piernas también le temblaban. Los latidos se le dispararon fuera de control. Y la cara le ardía más que en la peor de sus pesadillas.

—¡Aquí está! ¡Aquí está!

Paula la abrazó. Saltó y rio con ella, y la dejó que llorase de alegría. Pero cuando se le pasó el primer impulso de emoción, que compartía de verdad con su prima, la previno otra vez contra aquella historia, de la que presagiaba un final que solo podía acarrearle daño.

—¿Seguro que quieres seguir con esto, tía? Deberías dejarlo ahora que sabes que él sigue pillado. Si no te olvidas de este rollo, luego no vas a saber cómo parar. Más vale retirarse a tiempo. Ya sabes que se coge antes a un mentiroso que a un cojo.

Paula tenía razón, Dafne lo sabía. Sabía que debía dejarlo, pero su corazón palpitaba

demasiado deprisa. Era demasiado feliz en aquel momento como para dejar que aquella emoción se acabase antes de haberla saboreado aunque solo fuese un poco.

Debería hacerle caso a su prima, pero no podía. Y no lo hizo. Esperó un momento para tranquilizarse, activó el chat del facebook, seleccionó el nick *El que faltaba por aquí*, y escribió:

«Si quieres saber dónde saqué estos ojos, constata todos los correos que t he mandado. Después, ya veremos si t lo cuento o no t lo cuento. Viviré de Londres muy pronto. ¿Cuándo t vas de vacaciones?».

La respuesta de Roberto fue inmediata:

«Lo siento, he perdido tu dirección. Soy un desastre».

Y Dafne, sin pensárselo dos veces, escribió la dirección de «Dafne huele a gasolina» en aquella ventanita que acababa de abrirse para que entrase el sol a raudales en el ordenador de Paula.

Al cabo de unos segundos, recibió el primer correo de los muchos que le seguirían.

«No me voy de vacaciones. Dime cuándo y dónde quieres que nos veamos cuando vuelvas. Estoy deseando verte en persona».

Su corazón era un tren a punto de descarrilar. Paula la miró como si supiera lo que estaba pensando.

—¡Tía, ni se te ocurra volver a citarlo para darle un plantón! ¡Ya le has vacilado bastante! Ahora sí que te digo que deberías terminar de una vez con esta mierda. Te estás buscando problemas tontamente. ¿Tú sabes la cara que se te está quedando? Si pareces un zombi.

Pero Dafne no había llegado hasta allí para volverse atrás. Ahora no.

—¡Cállate, plasta, que pareces una madre!

Y escribió en el chat el último comentario de aquella tarde, que resultaría uno de los mayores errores de su vida.

«Tengo que irme. Te escribiré mañana un sms para que t conectes a este chat».

Capítulo 24

Teresa sospechaba que Dafne se conectaba a internet en casa de su prima. Pero no quiso decirle nada. Al fin y al cabo, el castigo solo se refería a los ordenadores de su propia casa. Hacía tiempo que pensaba que debería supervisar las páginas web que visitaban sus hijas, la televisión no hacía otra cosa que alertar del mal uso de internet en los niños, y del peligro al que se exponían continuamente sin darse cuenta, pero ella tenía demasiadas cosas en la cabeza como para andar controlando qué hacía cada una de sus cuatro hijas; nunca se acordaba de los consejos de la tele cuando podía ponerlos en práctica, y cuando se acordaba no era el momento. Últimamente trabajaba hasta muy tarde. Las niñas crecían muy deprisa, y esto se notaba en los gastos de la casa. No le quedaba otro remedio que hacer las horas extraordinarias a las que se había negado toda su vida. Apenas veía a las niñas. Quizá por eso Dafne estuviera últimamente tan rebelde. Casi no la reconocía. Había sido siempre una niña muy dulce, ordenada, obediente, nunca le había dado un problema. Pero había cambiado mucho desde un tiempo a esta parte. Su cuarto parecía el mercadillo de los sábados, no estudiaba nada y siempre andaba de mal humor. Desde el día que se le encaró como si fuera a lanzarle un puñetazo, no había vuelto a hablar con ella más de dos frases seguidas. Y no lo haría hasta que no le pidiera perdón. Hasta que no se disculpara, no tenía intención de volver a mostrarse cariñosa con ella. Y eso que, desde hacía algún tiempo, mostrarle cariño resultaba tan difícil como conseguir que le tocara un premio de la lotería, a la que por cierto nunca jugaba. Se había vuelto tan arisca y rebelde... Demasiado pronto para empezar con la adolescencia. Todavía no había cumplido trece años y ya comenzaba a comportarse como cuando sus hermanas mayores pasaron por esa enfermedad, que alguien le había dicho alguna vez que solo se cura con el tiempo, esa frontera que a todos nos ha costado tanto trabajo cruzar. Ella misma había tenido una adolescencia espantosa, pero nunca había tratado a los abuelos como Dafne la trataba a ella. Ni sus hijas mayores tampoco la habían tratado a ella nunca así. Cristina y Lliure tenían otro carácter, los problemas con ellas eran distintos, más reales, más identificables. Se habían hecho mayores y reclamaban su espacio con la rotundidad del que sabe que defiende lo que es solo suyo. Habían crecido de repente, sin darle tiempo a plantearse cómo establecería con ellas una relación de adultos. Y ahora las dos la miraban como si le exigieran todo aquello que nunca se habrían imaginado. Como si quisieran entender incluso lo que no tiene explicación posible. Sería cosa de los genes, porque Dafne había salido completamente distinta. Como decía el abuelo, era

mucho más lista y atrevida que ninguna de las otras tres, aunque estas eran más inteligentes. Aún no le había llegado la regla y ya parecía que quería comerse el mundo. Y no solo comérselo, sino enfrentarse a él como se enfrentaba a todos los que pretendían, no ya siquiera compartir un trozo, sino respirar cerca de ella, el perrito incluido. ¡Pobre Trufi! Menos mal que las otras tres lo cuidaban como a uno más de la familia y lo llenaban de mimos. Pero Dafne no lo aguantaba. No soportaba que le mordisqueara los pies, ni que le lamiera las manos cuando le ponía la correa para sacarlo a la calle, ni que ladrara cuando estaba deseando salir. Decía que no soportaba que los animales viviesen encerrados, que nadie tiene derecho a convertirlos en presos dentro de una casa. Ella misma parecía sentirse así desde hacía un tiempo. Se comportaba como un animal enjaulado. Rebotante de adrenalina. Con esa rabia que parecía comerla por dentro. Como si todos le debiesen la vida. Como si hubiera declarado la guerra a un enemigo que no podía identificar, y proyectase sus miedos hacia las personas a las que debería haber pedido socorro, en lugar de atacarlas. ¡Qué sinsentido! ¡Cómo puede haber tanta ira en un cuerpo tan pequeño! Sufría como si pudiera saber el significado de la palabra sufrir. Y no podía saberlo. Pero estaba claro que sufría. Muchas veces la oía llorar en su habitación con tal desesperación que cualquiera habría dicho que realmente tenía motivos para llorar así. Y no podía tenerlos. Claro que no. Ella se lo había dicho muchas veces. No podía convertir en tragedia cualquier contratiempo con el que se encontrase. La vida le había regalado lo que otras personas no podrían tener jamás. Una familia, una casa con todas las comodidades, un buen colegio, amigos, su prima... Todas las necesidades cubiertas. En una época en la que se podía hablar en voz alta, y defender aquello en lo que uno creía. No como en sus tiempos, que había que bajar la voz para hablar de determinadas cosas, y la palabra dictadura había sido sustituida por la de régimen. Menuda diferencia. Ahora sus hijas lo tenían todo. Más que todo, tenían mucho más de lo que iban a necesitar nunca. Y sin embargo parece que hay una etapa en la vida en la que buscamos enemigos a los que poder culpar de nuestra propia desesperación. Y todos los encontramos dentro de nuestra casa.

Capítulo 25

Desde luego, Roberto no podía haber sido el autor de los comentarios del facebook que tanto habían emocionado a Dafne. Continuaba sedado en el hospital y desde que había ingresado, hacía más de tres semanas, nadie había abierto su cuenta de correo electrónico ni leído sus mensajes del móvil.

El día del atropello, sus amigos habían llamado a su padre momentos antes de que una de las personas que presenciaron el accidente marcara el teléfono de emergencias.

Su padre llegó unos minutos antes que la ambulancia. Les hizo a los tres heridos un reconocimiento de urgencia y organizó su traslado, en una UVI móvil, al hospital en el que él trabajaba, situado muy cerca del lugar del accidente.

Los primeros momentos fueron de una tremenda confusión. Roberto prácticamente no recordaba nada. Solo ráfagas de gritos y de carreras, mucha gente alrededor, y muchas luces. La luz era lo único que podía recordar del accidente. Luces blancas que a veces se apagaban de pronto y otras le cegaban, como cuando se pasa de la sombra al sol y hay que cerrar los ojos.

-oOo-

Los gemelos le visitaban a diario, pese a que no podían entrar en la Unidad de Cuidados Intensivos en la que él se recuperaba de la intervención, ni subir a la planta donde su hermano Kiko, sus abuelos y sus tíos esperaban para pasar a verle, siempre de dos en dos, bajo la supervisión de su padre o de su madre.

La mayor parte del tiempo estaba dormido. De cuando en cuando se despertaba, pero era cuestión de segundos porque enseguida volvía a dormirse bajo los efectos de los fármacos.

Algunas veces, cuando abría los ojos y conseguía mantenerse consciente durante unos minutos, se encontraba con la cara preocupada de su madre, que le preguntaba con insistencia cómo se sentía.

—¿Cómo estás, cariño? ¿Te encuentras un poquito mejor? ¿Me oyes, cariño? Soy mamá.

Otras veces era su padre el que se acercaba a su cara y le preguntaba si se encontraba mejor.

—¿Qué pasa, machote? ¿Cómo estás hoy?

Pero él no podía contestarles, ni siquiera sabía si todo aquello estaba ocurriendo en realidad.

Odiaba que sus padres le llamasen cariño y machote, no se daban cuenta de que hacía tiempo que resultaba fuera de lugar. Pero en aquellos despertares tan extraños, en los que solo veía el tubo que le salía de la garganta y los aparatos que marcaban las constantes del enfermo de la cama de enfrente, aquellas palabras le sonaban a salvación, a que sus padres estaban allí para protegerle, para decirles a los médicos lo que tenían que hacer, para avisar a las enfermeras cuando hubiera que cambiarle el goteo y administrarle los calmantes. Aquellos cariño y machote demostraban que sus padres podrían controlar que todo funcionara perfectamente a su alrededor. Y, por encima de todo, significaban que estaban allí para llevárselo. Para sacarle de aquella habitación y devolverle la vida que siempre había vivido. Una vida en la que la palabra hospital solo significaba el lugar donde trabajaba su padre.

No tenía consciencia del tiempo que había pasado desde que se empeñó en que podría detener un coche que circulaba a más de cien kilómetros por hora en plena ciudad. No imaginaba que hubieran pasado tantos días como los que en realidad habían transcurrido, pero fuesen dos o veinte, en los momentos en los que recobraba el conocimiento, a él le parecían demasiados. Y la ansiedad por salir de aquella habitación, en la que solo se oía el ruido de los aparatos, se confundía con la sensación de que los tubos que le salían de la boca y del brazo no eran reales, y que aquella pesadilla solo terminaría si volvía a cerrar los ojos.

En ocasiones, cuando despertaba, recordaba los ojos de Dafne, con sus pupilas de gato y sus pestañas negras, y los últimos sms que le había enviado.

«Por muxo k tempeñes en no cntstar yo no perderé nunca la speranza».

«K te digo k no la pierdo».

«K no, k no la pierdo».

«K no».

Y no la perdió. Ni siquiera en aquellas circunstancias, en las que no sabía si era de noche o de día, domingo o lunes, sueño o realidad. No. No la había perdido. Por mucho que no pudiera contestar los mensajes que Dafne le estaba enviando, él no había perdido la esperanza.

Y cuando el dolor y los calmantes le dejaban pensar, solo lo hacía para imaginar cómo enviarle un sms a Dafne en cuanto le sacaran aquel tubo de la boca.

Mientras tanto, alguien a quien Dafne había confundido con él, trataba de aprovechar aquella situación con unas intenciones que ninguno de ellos podía imaginar.

Capítulo 26

—Paula, ¿dónde crees que será mejor que nos veamos? ¿En el Chino o en la fuente? Yo creo que en la fuente ¿verdad?

—¡A mí no me lo preguntes, tía. Ya sabes que no me gusta nada este rollo que te traes!

—¡Venga ya! ¡Paula! ¡No seas tan moñas! ¡No me lo puedo creer!

—¡Qué coño moñas! Lo que soy es más lista que tú. Porque desde luego, con esto que estás haciendo, no parece que tengas más de dos dedos de frente, guapa.

—¡Bueno, pues nada, lo haré yo sola! Le voy a decir que vaya a la plaza y que me espere en la fuente. Así me escondo en los soportales y puedo verlo de lejos y mandarle mensajitos. Como el día de la cancha de baloncesto.

—¡Que te crees tú que va a esperar una hora como el día de la cancha de baloncesto! Al primer mensajito diciéndole que vas a llegar tarde, te manda a tomar por culo. No creo que sea tan panoli como para quedarse a ver venir otro plantón.

—Es que esta vez no le voy a decir que voy a llegar tarde. ¿Sabes? Le voy a llamar media hora después de la cita, y le voy a decir que llevo esperándolo en otra plaza una eternidad, y que me he cansado y me voy.

—No, si eso sí, como dice mi madre, tienes más salidas que el metro. Pero esta vez no te va a salir bien. Te lo digo yo.

—¡Habló la ceniza!

—Que no, colega, que te lo digo en serio. Que esto no puede salir bien. ¿Por qué no le llamas mejor por teléfono?

—¿Por teléfono?

—Claro, tía. Dile que sigues en Londres y que le llamas desde allí. Dale más cancha a lo de la cita, si no, la cagas en cuanto le mandes el mensaje ese de la media hora.

—¡Qué buena idea! ¡Ven aquí que te dé un beso! Que eres más lista que todas las listas juntas. Pero que conste que eso es porque eres mayor que yo.

—¡Sí, vaya! ¡Solo dos semanas!

—Lo suficiente. En dos semanas pueden pasar muchas cosas. ¡Por cierto! ¿Sabes que me ha venido la regla?

—¡¿Pero serás capulla...?! ¡Eso se dice nada más llegar! ¿Cuándo ha sido?

—Esta mañana.

—¿Se lo has dicho a tu madre? ¡Menudo fiestorro te va a hacer! Como el de Cristina y el de Lliure.

—¡Ni hablar! No se lo pienso decir, ¿vale? Y no se te ocurra irte de la lengua tampoco. No se lo digas ni a tu madre.

—Pero, tía, no me seas rara. Tendrás que decirle que te compre compresas y eso ¿no?

—No me hace falta, se las cojo a mis hermanas. ¡A ver! Que en mi casa siempre hay.

—¿Y qué tal?

—Pues lo que me esperaba, un coñazo que duele un huevo. Yo no sé por qué tienes tú tantas ganas.

—Pues está clarísimo. ¡Ya eres mayor! Crecerás... Te saldrán las tetas... ¿Te parece poco?

—¿Y yo para qué quiero tetas?

—¿Para que te mire Roberto?

—¡Bueno! Visto así... Lo que pasa es que él a quien quiere mirar no es a mí, sino a mi hermana.

—Mira, tía, conociéndote, conseguirás que solo te mire a ti, pero será para tratar de vengarse de tus trucos.

—O para darse cuenta de que también las pipas tenemos nuestro poquito de encanto, y nuestro mucho de astucia.

—Lo dicho, mi madre tiene razón, tienes más salidas que el metro.

-oOo-

No le dijo nada a su madre, pero aquella noche manchó las sábanas y el colchón.

A la mañana siguiente, trató de limpiarlos con una esponja húmeda, pero la mancha se hacía más grande en lugar de quitarse. Al cabo de un rato, no le quedó otro remedio que llamar a Teresa en busca de ayuda. Su madre recibió la noticia tal y como Dafne había supuesto.

—Así que ya te has hecho mujer. ¡Enhorabuena, cariño!

Pero Dafne no deseaba una felicitación, ella solo quería seguir como estaba, sin aquella condena que le había impuesto la vida por haber nacido chica.

—¿Enhorabuena por qué? ¿Porque ahora tengo que estar pendiente todos los meses de este coñazo?

—¡No! Porque ahora ya sabes que tu cuerpo funciona como tiene que funcionar. Y porque ya sabemos que cuando seas mayor, si quieres, podrás tener niños.

—Yo no quiero tener niños.

—¡Bueno! Pues no los tendrás, pero será tu opción. ¿No lo comprendes? No es lo mismo no tenerlos porque no quieres, que porque no puedes. Si no te viniera la regla, tendríamos que ir al médico para buscar la causa y tratar de solucionarla. No es solo por los niños, entiéndelo, para eso también está la adopción. Es más, hay quien prefiere adoptarlos antes que tenerlos, y otras incluso no tenerlos nunca. Pero está muy bien saber que tu cuerpo funciona correctamente. Esta tarde haremos una fiesta. Llamaré a Paula y a la tía.

Dafne miró a su madre con la desagradable sensación de que Teresa no la conocía en absoluto.

Nunca la había conocido. Jamás le había importado lo que ella sentía o lo que no sentía, lo que quería o lo que odiaba. No sabía que ella no quería crecer, que no le gustaban los niños, y que nunca quiso una fiesta cuando le llegase el periodo.

Aún estaba resentida con ella por haberla castigado sin salir en todo el verano y por haberle quitado el ordenador, el verdadero lazo de unión con Roberto, donde podían hablar horas y horas en el chat del facebook, sin peligro de que pudiera adivinar su identidad, sin gasto alguno, y sin tener que esperar a que llegaran los mensajes, como ocurría con los sms y con el correo electrónico.

Internet era la forma de estar en contacto con sus amigos permanentemente. En la cuenta del Tuenti que tenía abierta con su verdadero nick, se encontraban casi todos sus compañeros del colegio, fundamentalmente los que se reunían por las tardes en el Chino. Su madre no entendía que no conectarse era lo mismo que si hubiera salido para siempre del grupo. Era su mundo, su forma de vivir, su espacio. Un lugar donde reunirse con las personas que vivían y que sentían como ella. Una forma más de relacionarse con los suyos, y con los amigos de los suyos, y con los amigos de los amigos de los suyos.

Teresa no comprendía que con aquellas medidas no solo le había quitado la posibilidad de hablar con Roberto, también le había impedido conectarse a las redes sociales a las que pertenecía y a las páginas en las que escuchaba su música preferida. Es decir, si no hubiera sido porque podía utilizar el ordenador de Paula, la habría aislado del mundo.

Dafne no se lo perdonaría por mucha fiesta que ahora quisiera organizarle. Apenas habían hablado desde que la castigó, y ni por asomo haría las paces con ella solo porque le hubiese venido el periodo.

Teresa le ayudó a poner las sábanas limpias y trató de bromear con la fiesta que organizaría por la tarde.

—Ya verás, seguro que la tía te regala una caja de tampones con las instrucciones en un marco, como hizo con Lliure.

Pero Dafne la miró como si en lugar de una broma le acabase de lanzar un cuchillo.

—¡Déjame en paz! Yo no te he pedido una fiesta.

Capítulo 27

Desde que encontró la solicitud de amistad de Roberto, la vida de Dafne había vuelto a convertirse en una aventura. Se acabaron los días que se repetían a sí mismos, la espera que no llegaba a ninguna parte, la ansiedad, los correos electrónicos sin contestación, y los sms solo de ida. Ahora su móvil no dejaba de recibir mensajes del nuevo número que le había dado Roberto, y ya conocía la razón por la que él no se había puesto en contacto con ella durante más de un mes, él mismo se lo contó en una de las múltiples conversaciones que mantuvieron desde el ordenador de Paula, siempre con el mismo tono y la misma alegría por parte de Dafne. Roberto no dejaba de contarle historias sobre sus vacaciones.

—He estado de viaje por Europa. No puedes imaginar cuántas cosas bonitas he visto. Pero ninguna como tú.

—Wueno, gracias, xro no exagers. Yo no soy tan bonita.

—Sí que lo eres. Y tú tienes que saberlo. ¿O es que no hay montones de chicos detrás de esos ojos?

—No muxos, no t creas. Y sobr todo, no ls q m importan a mí. Algunos hasta dsaparecn sin más, justo cuand m pidn speranzas y yo s ls doy.

—Esos son unos tontos.

—¿T dics tonto a ti mismo?

—No. Yo nunca desaparecería sin más.

—Pues lo hicist, tío, has stado más d 1 mes sin dar señáls d vida. Ni sms, ni facebook, ni móvil, ni nada de nada. Xq no cntstabas?

—Ya te lo he dicho. He estado viajando por Europa, y no tenía internet.

—Y el móvil? Podías habr cntstado alguno de mis sms? Aunq fueran 2 palabrs, tmpk creo q fuera tan caro.

—Lo siento. La verdad es que no sé qué pasó con ese móvil. Pero ya tienes mi número nuevo y mi nueva dirección de correo, para que puedas localizarme a cualquier hora. No te cortes. Hazme pérdidas y te llamo yo.

—Weno. De momnto conténtat con el facebook. No m llams hasta q yo no t lo diga.

Y cuando no estaban conectados al chat de facebook, no dejaban de enviarse mensajes al teléfono móvil. A Dafne no le extrañó que Roberto no utilizase abreviaturas para ahorrar espacio

y escribir más rápido, como todo el mundo. Ni siquiera se planteó el motivo por el que había cambiado incluso en la forma de expresarse. Ni por qué nunca le había propuesto que se conectasen con una webcam, que, por otro lado, hubiese resultado una complicación. Y es que a ella no le importaba cómo se comunicaban entre sí, lo único que tenía importancia era que lo hiciesen. Y si era sin cámaras, mucho mejor.

Dafne solo quería que se estableciera entre ellos una relación de confianza, para poder contarle toda la verdad con el tiempo. Aún no sabía cómo iba a hacerlo, pero lo haría, le contaría que Dafne no existe, que la chica de los ojos de gato no se llama así, y que nunca le ha enviado mensajes ni ha hablado con él en el chat. Y tampoco le ha querido como ella le quiere, desde el día en que él sujetó la puerta del Chino para dejarla pasar por debajo de su brazo. Pero todavía es pronto para sacarle del engaño. Aún tiene que convencerse a sí misma de que él puede llegar a sentir por ella lo mismo que ella siente por él.

Le falta atreverse a pasar al teléfono, para saber cómo suena su voz cuando no está gritando con sus amigotes en el Chino. Y eso que a él le encantaría que Dafne le llamase, pero todavía no ha llegado el momento. No está preparada para dar ese paso. Roberto, sin embargo, insiste cada día en que necesita oírla.

—Déjame que te llame y hablemos en persona. No con esta máquina que no deja que nos conozcamos de verdad. Dime solo a qué hora y yo te llamo. Así tú no gastas.

—Mjor no. Q m cobran a mí la confrncia aunq m llams tú.

-oOo-

Llevaban ya un tiempo hablando todas las tardes desde el ordenador de Paula, cuando Roberto le confesó que sabía que le mentía con respecto a su estancia en Londres.

—¿Por qué dices que estás en Londres si no lo estás? No está bien eso de engañar a los demás ¿no te parece?

—Y tú q sabs si stoy en Lndres o no?

—Muy sencillo, porque el número de teléfono desde el que me envías los mensajes no tiene el prefijo de Londres. Lo sé desde el principio. ¿No sabes que cuando se hacen llamadas desde el extranjero hay que utilizar un prefijo? ¿Has llamado a mucha gente desde Londres sin prefijo?

No parecía enfadado. Más bien parecía que le recriminaba el hecho de mentir, pero no a él, sino a cualquiera que fuese al que estuviera engañando.

—Sí, xq mi tlfno es special.

—Sí, tan especial que yo te he pillado. No has podido llamar a nadie sin el prefijo internacional. Pero da igual, el caso es que ahora que los dos sabemos que no estás en Londres, es hora de decidir cuándo nos vemos. ¿No te parece? Dime a qué hora te veo mañana y dónde.

Dafne ni siquiera pensó la siguiente mentira que se inventó para que fuese imposible la cita.

—Es q ahora stoy en la playa. M he venido d vacaciones con l tía mía.

—No me lo creo. ¡Vamos! Dime de una vez dónde quedamos. Tengo que contarte en persona una cosa que tienes que saber. Es muy importante.

Capítulo 28

Cuando el calor se fue haciendo insoportable, Teresa decidió enviar al pueblo a sus hijas Lliure y Lucía. No tenía sentido que ellas también sufriesen el castigo de su hermana, las dos habían aprobado sus cursos con unas notas excelentes. Ya le resultaba bastante lamentable que ella misma tuviera que quedarse sin vacaciones por culpa de los suspensos de Dafne como para cargar a sus otras hijas con la misma condena. De la misma forma, tampoco le parecía muy sensato que el pobre perro tuviese que sufrir las altas temperaturas que, tanto de día como de noche, se estaban alcanzando en la ciudad. Parecía desproporcionado que toda la familia se quedase sin veraneo. Además, Lliure estaba cada día más irritable, necesitaba descansar, apartarse de la tensión que se respiraba en la casa.

De manera que, cuando el termómetro llegó a los treinta y siete grados a la sombra, tras una discusión con su hija mayor, provocada por una tontería del tipo no me dejes la ropa sucia fuera del cesto, Teresa se dirigió a la estación y sacó dos billetes de tren para esa misma noche en un coche cama. Acto seguido, llamó a sus padres para avisarles de que las niñas llegarían al día siguiente.

Los abuelos recogerían a sus nietas en el único pueblo de los alrededores al que aún llegaba el ferrocarril. Pasarían con ellos el resto del verano. Una costumbre que se había convertido en tradición y que aquel año, por primera vez desde que Teresa se marchó a la capital, estuvo a punto de no cumplirse.

Casi una hora antes de la salida del tren, Teresa ya estaba en la cafetería de la estación dando instrucciones a sus hijas para el viaje. Siempre que viajaba le pasaba lo mismo, prefería tomarse un café en la estación tranquilamente a que el tren se fuera sin ella.

Había pasado el día con los nervios alterados. Comprando regalos para sus padres y organizando los equipajes de las niñas y las cosas que Trufi necesitaría para el viaje, entre otras, un transportín del que no podría salir hasta que no llegasen a su destino, una especie de cesto por el que podía sacar la cabeza y que estaba preparado para recoger las necesidades del animal. El perrito estaba acostumbrado a aguantar muchas horas sin bajar a la calle, y la mayor parte del trayecto lo pasaría dormido, pero la compañía ferroviaria obligaba a los viajeros a cumplir determinadas normas para viajar con sus mascotas, y Teresa no quería que sus hijas se encontraran con el menor problema a causa de Trufi.

Una vez en la fila del control de seguridad, que daba paso a la vía donde se hallaba estacionado su tren, les repitió otra vez las instrucciones con las que las llevaba aleccionando desde que salieron de casa.

—No os separéis ni para ir al cuarto de baño. Y no salgáis del tren bajo ningún concepto.

Las niñas asentían a cada palabra que les decía su madre. Lliure la miraba condescendiente, como si los nervios que la habían perseguido durante toda el día fuesen infundados.

Pero Teresa no se quedaba tranquila; si lo hubiera pensado dos veces, seguramente no habría organizado así el viaje. Le habría pedido a la madre de Paula que se quedase con Dafne el fin de semana, y ella misma habría llevado a Lliure y a Lucía al pueblo.

Pero ya estaba hecho, ya no había otro remedio que confiar en la prudencia de sus hijas y esperar a que todo saliese bien.

—Ya sabes, cualquier problema, me llamas al móvil.

En ese momento sonó por megafonía una voz casi incomprensible que recordaba a los viajeros que el tren estaba a punto de efectuar su salida. Parecía como si el altavoz se hubiera acoplado a algún otro mecanismo electrónico, porque emitía un pitido cada vez que comenzaba y terminaba una palabra. Al oírlo, Trufi metió la cabeza en su cesto de lona como si tratara de esconderse. Las tres se echaron a reír mirando al animal y se abrazaron para despedirse hasta el final del verano.

-oOo-

Mientras tanto, en su casa, recién llegada de la piscina de Paula, Dafne inspeccionaba habitación tras habitación, y se maravillaba por el hecho de que la soledad no se le echase encima como un hueco enorme. Era la primera vez en su vida que se quedaba sola en casa, y aquella sensación, más que de vacío, le resultaba tan agradable que hubiese deseado que su madre también se hubiera marchado al pueblo y no volviese hasta que lo hicieran sus hermanas.

Paula pasaría las vacaciones en la playa con sus padres, como todos los años. Solo faltaban un par de días para separarse de ella; si no fuera por ese detalle, Dafne se disponía a pasar el mejor verano de todos los que recordaba. Sin hermanas que la agobiaran con su perfección y sin perro que tener que sacar a dar una vuelta; la casa solo para ella cuando su madre saliese a la compra o al cine; y el ordenador de Lliure y Cristina disponible en su habitación.

Si su madre no hubiera decidido que Lliure y Lucía se merecían unas vacaciones, no habría sabido cómo resolver el problema del ordenador durante la ausencia de Paula. Pero la marcha de sus hermanas le había resuelto el problema.

Por las noches, cuando Teresa se quedara dormida, ella se levantaría y se iría al cuarto de Lliure y de Cristina para poder meterse en el facebook sin que nadie la molestara. Ni siquiera tendría que preocuparse de si despertaba o no a su madre con el ruido de las teclas, porque las pastillas que tomaba para dormir desde que había empezado con los desarreglos de la menopausia la dejaban fuera de juego en cuanto pasaban unos minutos. El somnífero era tan fuerte que en más de una ocasión se había quedado dormida en el sofá, y habían tenido que despertarla para que se fuera a la cama, sin que recordase nada al día siguiente. Dafne no tendría que preocuparse.

Pero lo mejor de todo era que aquella soledad, que le permitía recuperar a Roberto por las noches, era una excelente aliada para que su madre se ablandase con respecto al castigo de no

salir a otro sitio que no fuera a casa de Paula. Sin su prima en la ciudad, Teresa no tendría corazón para tenerla encerrada en casa el mes y pico que faltaba para terminar el verano.

Desde que el Rata volvió de su viaje por Europa, probablemente iba a bañarse a la piscina municipal con los gemelos. Ella podría convencer a su madre para que le permitiera darse un baño con sus amigos del colegio. Paula iba a estar fuera casi un mes, y Teresa no sería capaz de mantener el castigo si conseguía hacerle creer que se estaba esforzando. Llamaría a los amigos de su clase que no hubiesen salido de veraneo, como ella, e iría a la piscina para ver a Roberto, aunque fuese solo de lejos, como cuando lo espiaban en el Chino.

De momento, seguiría sin contarle la verdad, pero rezaría para que algún día encontrase las fuerzas suficientes como para salir de aquel atolladero.

Cuando llegase el momento, pasaría del chat a las llamadas de teléfono e iría preparándole para lo que tenía que confesarle.

Capítulo 29

Pero Roberto continuaba en el hospital. Resultaba imposible que Dafne pudiera verle en la piscina, ni de lejos ni de cerca, por mucho que su madre le permitiera salir.

A pesar de que había pasado más de un mes desde el accidente, los calmantes lo mantenían aún adormilado. Le habían operado para reducirle las fracturas de las piernas, y la operación había sido muy complicada. Unos días después de pasar por el quirófano, habían tenido que volver a intervenirle para injertarle piel en una de las piernas, debido a la pérdida considerable de tejido que sufrió la zona por donde se abrió la fractura.

Los gemelos habían ido a verle. Siempre con cara de preocupación. Con el mismo gesto. Siempre juntos. Idénticos físicamente, aunque completamente diferentes por dentro. Tanto que en su caso fracasaba el principio de los polos opuestos que se atraen. Casi podría decirse que se repelían.

Nunca estaban de acuerdo. Las discusiones entre ellos parecían su única forma de relacionarse. El sí y el no en continuo enfrentamiento. Y sin embargo no sabían vivir el uno sin el otro. Nadie que les conociese, aunque fuera superficialmente, se atrevería a meterse con uno, sin contar que tendría que pelearse con los dos.

Adoraban a Roberto de la misma manera que Roberto les adoraba a ellos. Formaban un trío inseparable. Un triángulo rectángulo con dos lados iguales y uno diferente, que servía para unirlos y para limitarlos. No podía haber mejor combinación, porque los catetos de aquel triángulo también servían para que la hipotenusa tuviera sentido.

Desde bien pequeños, Roberto servía de contrapunto entre aquellos dos hermanos, que por un lado rechazaban su parecido físico, como si se tratase de un peligro para su identidad individual, y por el otro lo utilizaban en su propio beneficio, como si fuese la única ventaja que podían obtener de su condición de gemelos idénticos. No había profesor en el colegio, o amigo del barrio o del instituto, que no hubiera sufrido sus bromas y sus enredos. Excepto su familia y los amigos más íntimos, nadie conseguía distinguirlos.

Los padres de Roberto no lo habían hecho nunca. Les conocían desde los años de la guardería y les habían visto crecer hasta llegar al instituto con sus hijos. Pero no eran capaces de saber quién era cada uno si no se fijaban en unas manchas que ambos tenían en la nuca. La de uno de ellos era un poco más oscura que la del otro.

Cuando eran pequeños, cada vez que los veía aparecer por su casa, el padre de Roberto les gastaba la misma broma mientras les miraba la marca de nacimiento.

—Dejadme ver a cuál de los dos le picó la cigüeña más fuerte.

Pero ahora que eran mayores, y se dejaban crecer el pelo hasta taparles el cuello, nadie podía recurrir ya al truco de las manchas. Resultaba casi imposible reconocerlos.

Aunque a los padres de Roberto no les hacía falta. Para ellos siempre serían los gemelos. Los chicos que habían acompañado a Roberto en todas las fases de su vida.

Y cada vez que acudían al hospital a visitar a su hijo, a pesar de que no podían entrar en la habitación para verle, su sola presencia les animaba y les creaba nuevas esperanzas de que Roberto se recuperase muy pronto de sus lesiones y volviera a su rutina con sus amigos.

Desde el accidente, los padres de Roberto no se habían movido prácticamente del hospital. Debido a su profesión, estaban acostumbrados a convivir con el dolor. Creían entender a los familiares de sus pacientes cuando veían sus caras de angustia ante la enfermedad de los suyos, y siempre procuraban ponerse en su lugar a la hora de pedirles calma y de aconsejarles que se agarrasen con todas sus fuerzas a la última esperanza. Pero ahora que les había tocado a ellos, les resultaba imposible pedirse a sí mismos la paciencia y la fortaleza que les pedían a los otros.

Guardaban las apariencias en el hospital, para no influir negativamente en la recuperación del enfermo y para no contagiarles la ansiedad al resto de la familia, pero cuando se encontraban a solas, lloraban hasta la desesperación, rezando para que aquel accidente no dejara en su hijo secuelas irreversibles.

-oOo-

Nadie puede explicar lo que se siente ante el sufrimiento de un hijo. La terrible certeza de no poder intervenir. El deseo de sustituirle en la desgracia. La inseguridad. El rechazo de lo inadmisibles. Las ganas de llorar. La impotencia ante la espada de Damocles.

Nadie puede explicarlo. Tampoco los padres de Roberto. Aunque, cada vez que se acercan a la cama de su hijo, cuando este consigue abrir los ojos entre entradas y salidas de la UVI, él sí puede apreciar en sus caras el cansancio, las ojeras, el miedo y la tensión que les está consumiendo.

Nunca había visto a su madre tan pálida. Ojalá no hubiera tenido que verla así. Pero el tiempo no da marcha atrás, aunque lo deseemos con todas las fuerzas.

Y por mucho que él quiera despertar de un mal sueño, nunca podrá volver a aquel paso de cebra, a aquel momento en que se creyó el más malote de todos los malotes. Ya no hay marcha atrás. El cansancio de su madre se lo dice. La tristeza de sus ojos. Su padre. Sus abuelos. Su hermano Kiko. Hay cosas en la vida que no pueden recomponerse una vez que se han roto y, en aquel absurdo duelo con el deportivo, no solo se había partido él las piernas, el brazo y las costillas, aquella estupidez les había destrozado a todos.

Capítulo 30

Cuando la madre de Dafne volvió de la estación, se encontró a su hija en el sofá del salón con la televisión enchufada. Se había quedado dormida. El reloj de la pared marcaba las nueve y media. Teresa se preguntó a sí misma si era posible odiar a un hijo, mientras se le quiere con toda el alma y se le teme al mismo tiempo. Aquella niña conseguía llevarla hasta extremos donde nunca pensó que llegaría. El amor y el odio unidos por una línea estrechísima, capaz de transformarlo todo en su contrario. El blanco en negro, la luz en sombra, las madres y las hijas en enemigas.

Desde hacía unos meses, no había día que no regresase a casa con el corazón encogido, preguntándose los motivos por los que empezarían los insultos, las protestas y los golpes a las puertas.

Si hubiera sido la hija de alguna amiga, le habría aconsejado que le diese una lección que la pusiera en su sitio de una vez por todas. Le diría que abriera la puerta de su casa tranquilamente, con toda la serenidad de que fuera capaz, y le enseñase el camino por el que tenía que salir hasta que cambiase de actitud. No se trataba de buscar un castigo con el que ella se revoliera aún más contra todo y contra todos, se trataba de establecer las barreras que nunca debería haber traspasado. Evitar que consiguiera medirle las fuerzas en cada enfrentamiento, y no mostrarle jamás su punto débil, por el que siempre conseguía colarse para ganar la partida. Mantenerse firme, y no intentar razonar cuando la tensión alcanza los momentos más álgidos. Porque ahí son inútiles los razonamientos. Cuando la razón se desborda, no hay manera de volverla a encauzar, pero hay que mantenerse de pie para que no nos arrolle.

Si Dafne no fuera su hija, le diría a su madre que tratase de marcar los límites que la niña le estaba demandando. A veces, los hijos, con su aparente rebeldía, lo único que hacen es reclamar normas a las que aferrarse para no caer por el precipicio.

Pero no era la hija de otra persona, era la suya, y no sabía cómo poner en práctica los consejos que parecían tan fáciles cuando se dirigían a otros.

En aquella época del año anochecía pasadas las diez de la noche; cuando Teresa vio a Dafne dormida en el sofá, mientras todavía entraba el sol por la ventana, no pudo evitar alterarse y gritar.

—¿Pero tú qué haces dormida, niña? ¡Deberías estar estudiando! ¿Para qué te crees que te has quedado aquí? ¿Para vagar?

Dafne se despertó sobresaltada. No había oído la puerta de la calle. Solo se había tumbado para descansar un rato. Últimamente dormía apenas cuatro o cinco horas. Su madre la despertaba todos los días a las nueve y media, y muchas noches le daban las tres o las cuatro de la mañana en internet.

Aquella tarde había vuelto contenta de casa de Paula, la última conversación con Roberto le había demostrado que, pese a que sabía que le estaba engañando con respecto a su estancia en Londres, se necesitaba algo más fuerte que una simple mentira para poder enfadarle. Quizá cuando le contase la verdad no reaccionara tan violentamente como ella esperaba.

Se quedó dormida sin darse cuenta, porque lo cierto es que hubiera querido agradar a su madre. Sentarse delante de los libros para cuando ella volviese y pedirle permiso para ir a la piscina municipal al día siguiente. Pero estaba claro que no había manera de sentirse feliz en aquella casa más de dos horas seguidas. Los gritos de Teresa la pusieron de mal humor.

—¡Joder! ¿También a las diez de la noche quieres que estudie, colega?

—¡Yo no soy tu colega! ¡Soy tu madre! ¡Y no son las diez!

—¿Y no sabes hablar sin chillar, hostias? ¡Madre!

—¿Pero qué estás diciendo, niña? ¡A mí no me hables así! ¡Te he dicho cien mil veces que en esta casa no se dicen tacos! ¡Ponte ahora mismo a estudiar!

—¡Llevo la mitad del verano estudiando! ¡Y todavía me queda la otra mitad! ¡Hay tiempo de sobra, no te sulfures!

—¡Cómo que no me sulfure! ¡Que has suspendido siete asignaturas...!

—No son siete asignaturas, son siete evaluaciones. Que no es lo mismo ¿sabes? ¡Madre!

Teresa trataba de parecer firme y segura, pero Dafne la conocía demasiado bien. Sabía que si tensaba la cuerda hasta el final, su madre terminaría llorando en su habitación, igual que terminaban la mayoría de las broncas, preguntándose a sí misma qué había hecho ella para merecer ese trato.

Sin embargo, en aquella ocasión, Teresa no se intimidó. No sabía cómo tratar a su hija para que volviese a ser la niña dulce y cariñosa que siempre había sido, no encontraba la forma de solucionar aquella situación que la desbordaba la mayor parte de las veces. No. No sabía tratarla. Pero lo que sí sabía era que no podía consentir cómo la trataba Dafne a ella.

—¡Ponte a estudiar ahora mismo!

—¡No me da la gana, coño!

—¿Cómo? ¡Ahora mismo te vas a tu cuarto y no sales de allí hasta que no te llame para la cena!

—¡Que te lo has creído tú eso!

Dafne se dirigió hacia la puerta de la calle con la intención de demostrarle a su madre que a ella no la dominaba con castigos. Pero Teresa se interpuso en su camino y se cruzó delante de la puerta. En un abrir y cerrar de ojos, sacó la llave de su bolsillo, le dio dos vueltas a la cerradura, y se la guardó otra vez.

—¿Adonde te crees que vas? ¡Vete a tu habitación ahora mismo! ¡Ya! ¡Y no hace falta que salgas de allí hasta mañana, hoy no hay cena!

Dafne se acercó a su madre con la barbilla levantada y los puños cerrados, apretando los labios como si de un momento a otro la fuese a atacar. Teresa levantó también la barbilla y dio un paso hacia delante.

—¿Serías capaz de pegarle a tu madre?

Dafne se dio media vuelta y se dirigió a su cuarto. Se tiró encima de la cama y se lamentó a gritos de que siempre le pasaran a ella las peores cosas del mundo.

Nunca le pidió perdón a Teresa.

Al cabo de un par de horas, en la pantalla de su móvil apareció el nuevo número del móvil del Rata. Era la primera vez que la llamaba. Hasta entonces, había respetado los tiempos que ella iba marcando. Le hubiera gustado ser ella misma quien decidiese el momento de dar el siguiente paso. En otras circunstancias, no sabía si le habría respondido, pero después de la discusión con su madre, la idea de que podría desahogarse con él le hizo coger el teléfono.

—¿Roberto?

—¡Por fin! No puedes imaginarte las ganas que tenía de hablar contigo.

La voz de Roberto sonaba diferente. No era la misma que ella había escuchado tantas veces en el Chino, sino más grave y más pausada, como de una persona mayor que él.

—¿Qué te pasa en la voz?

—Nada, ¿por qué? Es que ayer fui al fútbol y grité un montón. Estoy un poco ronco. ¿Lo dices por eso?

—No sé, te noto distinto.

—¿Distinto a qué? Si nunca hemos hablado.

—Bueno, sí, una vez oí cómo me decías que te gustaría ser mi sombra, y que te dejarías pisar aunque fuera de noche.

—¿Qué cursi! ¡Dios! Eso fue hace mucho tiempo, ya me ha cambiado la voz.

—¡Vaya! Yo creí que la voz cambiaba con doce o trece años.

—Eso depende de las personas. No todos somos iguales. ¿No te parece?

Ella pensó que tenía razón. Le creyó porque necesitaba creerle. No hubiera soportado pensar que la persona con la que había estado chateando durante casi un mes no fuera Roberto. No podía ser nadie más que él. Ni siquiera se le pasó por la imaginación que la voz fuese distinta por otra razón que la que él le daba.

Había vuelto a su vida para sacarla del hoyo de tedio en el que acabó aquel verano, y no estaba dispuesta a plantearse ninguna duda sobre su repentina aparición. Solo Roberto podía ser *El que faltaba por aquí*. Nadie más faltaba en su vida cuando él apareció. Nadie más.

—¡Claro! Cada uno es como es. ¡Estaría bueno!

—Pues sí. Cada uno es como es. ¿Y tú? ¿Cómo eres en realidad? ¿Qué haces ahora? ¿Quieres que nos veamos un rato?

—No puedo, ya sabes que estoy en la playa.

—Y tú sabes que yo no me lo creo. ¿En cuál? Si quieres voy a verte yo. Ahora mismo me cojo un tren. Tengo que contarte una cosa muy importante para ti. ¡Venga! ¡Dime! ¿En qué playa?

—No puedo. De verdad, tío. Cuéntamelo por teléfono.

—No, por teléfono no puede ser. Ya te he dicho muchas veces que tiene que ser en persona.

—Entonces tendrás que esperar a que vuelva.

—¿Y cuándo será eso?

—Al final del verano.

—Bueno, pues si es así esperaré. Me voy mañana a la playa, pero cuando vuelva no te escaparas. Tengo mucha paciencia ¿sabes?

—Sí, lo sé.

Dafne lo sabía, claro que lo sabía.

Había tenido paciencia en la primera cita, para esperar a Cristina en la cancha de baloncesto durante casi una hora; también la tuvo cuando le pidió otra cita en decenas de sms, y después del plantón de la moto, cuando continuó enviándole mensajes pidiéndole esperanzas.

Lo que Dafne no sabía era si tendría paciencia para escucharla cuando le dijese que ella no era quién él creía, que la chica de las fotos del blog no sabía nada de aquella farsa, y que mejor hubiera sido hacerle caso a Paula cuando le aconsejó tantas veces que terminase con todo aquello.

La paciencia es la virtud de los que se saben seguros. Ojalá Roberto no la perdiera nunca.

-oOo-

De esta manera discurrió la mayor parte del verano. Dafne haciéndose pasar por su hermana Cristina, engañando al que ella tomaba por Roberto, y *El que faltaba por aquí* permitiendo el equívoco que le convertía en otra persona a los ojos de Dafne.

Por las mañanas y por las tardes se enviaban decenas de sms, y por las noches, cuando Teresa se quedaba dormida en su habitación bajo los efectos del somnífero, mantenían largas conversaciones en el chat. De vez en cuando hablaban por el móvil, aunque Roberto dejó de mostrar interés por esta vía desde que hablaron la primera vez, porque decía que siempre andaba con dolor de garganta.

Hacía más de tres semanas que Paula se había ido de vacaciones con sus padres. Durante todo ese tiempo, Dafne no dejó de subir fotos de su hermana Cristina a su muro, y él no dejó de escribir comentarios sobre cuándo podría ver en persona aquellos ojos.

En cierta ocasión, en que se celebraban las fiestas de verano del barrio, Roberto la llamó y le dio a entender que volvería a la ciudad, e iría a las fiestas si ella le daba una esperanza de encontrarse con él. No se lo dijo claramente, pero sí le hizo ver que si ella pudiera escaparse, él estaría dispuesto a volver de la playa, aunque tuviera que hacerlo solo.

Dafne no le había dado tampoco una respuesta muy clara a la que atenerse. Si Paula hubiera estado allí, no lo habría dudado, habrían ido las dos juntas a la feria y se habrían escondido para verle, como siempre. Pero sola no se atrevía a escaparse de casa.

—No te prometo nada. Si puedo ir, voy, pero no puedo asegurarlo, aunque me encantaría ¿sabes?

—Entonces yo procuraré estar ahí todas las noches. Te esperaré en los coches de choque a las once.

—Pero yo no puedo salir de casa a las once.

—¿No dices que tu madre se toma una pastilla que la deja fuera de juego?

—Sí, pero una cosa es saltarme el castigo del ordenador cuando se duerme, y otra salir a esas

horas.

—Bueno, tú verás, si quieres lo haces, y si no, esperaré a otra ocasión. Aunque no creo que las once sea muy tarde para una chica de tu edad ¿no? ¿O es que nunca sales por la noche?

—Sí, sí, claro que salgo. Si puedo, voy.

Durante los tres días siguientes, Roberto no se conectó por la noche a internet ni la llamó por teléfono. Por la mañana le enviaba un sms en que le decía que la había estado esperando en los coches de choque la noche anterior, y por la tarde le enviaba otro diciéndole que la esperaría aquella noche a partir de las once.

Al cuarto día, Dafne no pudo resistir más la tentación de ir a verle. Esperó a que se durmiera su madre, y salió de casa en dirección a las fiestas.

Por supuesto, no tenía ninguna intención de identificarse. Únicamente deseaba verle de lejos, sin riesgos de que pudiera reconocerla como una de las chicas del grupo de pequeños del Chino.

Cuando llegó a los coches de choque, vio a los gemelos que siempre andaban con él haciendo el bruto, junto a dos chicas del grupo de mayores. Parecían bebidos. Se reían por cualquier cosa y empujaban a los que se cruzaban con ellos a diestro y siniestro.

Dafne miró hacia todas partes, pero Roberto no estaba con ellos. Ni tampoco en los coches de choque, ni en ninguna de las otras atracciones de la feria.

Eran las dos menos cuarto cuando decidió volverse a casa. No había autobuses ya, y en el metro no habría viajado aunque hubiera estado abierto y fueran las seis de la tarde, le aterraba casi más que los ascensores. De manera que decidió coger un autobús nocturno que pasaba por su barrio. La parada se encontraba abarrotada de chicos y chicas que esperaban al búho.

Algunos fumaban canutos, mientras se reían y gritaban. A su alrededor comenzó a formarse un botellón con tanto estrépito, que un vecino les tiró un cubo de agua para que callasen, después de haberles amenazado varias veces con llamar a la policía. Había pasado casi media hora cuando apareció una pareja de municipales con su siempre inquietante «¡A ver! ¡Vamos sacando el carné!».

Dafne trató de escabullirse entre los demás jóvenes, pero uno de los policías, que se había fijado en ella desde que llegó, la sacó de la fila del búho y le gritó.

—¡Tú! ¡¿De qué te escondes?! ¡Enséñame el DNI!

Dafne se metió las manos en los bolsillos como si estuviese buscando algo.

—Es que... Se me ha olvidado en mi casa.

—¡Muy bien! ¿Cuántos años tienes? ¿Estás colocada tú también?

—No, yo no fumo.

—¿Tampoco bebes?

—No.

—¿Con quién estás?

—Con nadie.

El policía la sacó de la fila del búho y la obligó a entrar en el coche patrulla.

—¡Dirección de tus padres y número de teléfono! ¡Vamos!

—Si no hace falta..., de verdad..., yo me iba ya para casa.

Pero por mucho que le rogó que la dejara marcharse, el policía no le permitió salir del coche hasta que Teresa llegó a buscarla. Traía la cara desencajada. Se había puesto un vestido playero y había salido de casa sin peinarse, en chanclas, con los ojos empequeñecidos por el efecto del

somnífero y la boca hinchada.

Apenas habló mientras volvían en el coche. Se secaba los lagrimones que le caían de vez en cuando con el dorso de la mano, y se lamentaba entre dientes con un qué habré hecho yo, Dios mío, para merecer tanto castigo, que Dafne conocía muy bien.

Cuando llegaron a casa, le pidió sus llaves de la puerta, la acompañó a su cuarto y le dio la bofetada de la que siempre había huido.

—¿Qué hacías en la calle a estas horas? ¿Te parece bonito que tenga que llamarme la policía para venir a recogerte? ¿En qué estás pensando, Dios mío? ¿Quieres matarme a disgustos?

Dafne no le contestó. Aquellas preguntas no exigían respuestas. Teresa se fue a su cuarto después de cerrar la puerta de la calle con llave y se acostó.

Al día siguiente, ninguna de las dos habló sobre lo que había sucedido. Dafne ni siquiera le dijo a Roberto que había ido a la feria y él no estaba allí. Era como si no hubiese ocurrido, como si el somnífero de su madre hubiese borrado por completo aquella noche, aquella angustia que la mantuvo muda desde que el policía le pidió el carné hasta que se encontró de nuevo en casa, a salvo, después de pagar como único precio el bofetón de su madre.

No obstante, a pesar de que Teresa no volvió a hablar del asunto, su mirada y la puerta cerrada con llave de día y de noche le decían que no lo había olvidado. Desde entonces, cada vez que salía a la calle, aunque solo fuese a comprar el periódico al quiosco de la esquina, la obligaba a que bajase con ella.

Roberto continuó enviándole mensajes por la mañana y conectándose al chat del facebook por la noche, manteniendo un engaño en el que los dos actuaban de víctimas y de tramposos.

Curiosamente, pese a los cientos de sms que se enviaron, y a las horas muertas que pasaron conectados a internet, ninguno de los dos se dio cuenta de que el otro no era quien decía ser.

Paula se conectaba de vez en cuando desde la playa, igual que el resto de los amigos del colegio, pero Dafne apenas hacía caso a ninguno. Todos los minutos de internet se los dedicaba a Roberto.

Nunca llegó a pedirle a su madre que la dejase ir a la piscina municipal, la tensión entre ellas seguía siendo tan fuerte que habría supuesto algo muy parecido a una rendición, y no estaba dispuesta a mostrarle el menor signo de debilidad, a menos que admitiera que estaba siendo injusta con ella. Su madre se comportaba como una carcelera. En todo momento tenía las llaves encima, guardadas en el bolsillo de su pantalón. Seguramente esperaba que se las pidiera para volver a darle una bofetada, o para exigirle la explicación que todavía no le había dado. Pero andaba equivocada si pensaba que así se arreglaban las cosas con ella.

Además, ya no tenía ningún interés en la piscina; Roberto se había vuelto a la playa, cansado de sus plantones en la feria, y no regresaría hasta que ella accediera a encontrarse con él. Así es que no le importaba seguir encerrada. La sensación de que por las noches escapaba de aquella cárcel gracias al facebook superaba con creces la del encierro durante el día.

Desde que hablaba diariamente con Roberto, había conseguido tal grado de confianza con él que solo podía comparar su relación con la que la unía a su prima Paula. Excepto de ella misma y de su padre, le habló de casi todas las cosas que le importaban en la vida: de las peleas con su madre y con sus hermanas, de su prima, de su tía, de su perro, de sus abuelos y de los suspensos. Eso sí, para evitar que pudiese averiguar su verdadera identidad, nunca le dio nombres ni de personas ni de ciudades.

Por su parte, él le contó su viaje por Europa con todo lujo de detalles. Cada catedral, cada palacio, cada museo, cada restaurante, cada parque, cada montaña. Todos los días un país. Un sueño que le prometió que repetirían juntos en cuanto Dafne lo quisiera.

Y sin embargo, a pesar del nivel de complicidad que habían alcanzado, después de casi un mes de llamadas telefónicas y de dos de comunicarse por el ordenador y por los sms, Roberto siempre la detenía cuando ella pretendía hablar de sentimientos.

—Te quiero mucho más de lo que tú puedas imaginar. Pero no vuelvas a preguntármelo si no vas a darme una cita. ¡En serio! No sabrás hasta qué punto te quiero hasta que nos veamos en persona.

-oOo-

Y así, en ese sí pero no, en el que se movía una historia que se escapaba de sus manos sin saberlo, llegó un día en que Roberto la sorprendió con una frase que la dejó paralizada en su silla. Faltaban unos días para el regreso de Paula de sus vacaciones.

—He visto a tu hermana Lliure.

Dafne creyó morir en ese momento.

—¿A mi hermana Lliure? ¿Qué dices? ¿De qué hablas?

—Digo que he visto a Lliure. Estoy en el pueblo de tu madre. ¿Era esta la playa a la que te referías?

—¿Qué pueblo? Yo nunca te he dicho el nombre del pueblo.

—Ya lo sé, pero fíjate qué casualidades tiene la vida. Ahora resulta que vamos a estar todos en la misma playa. Así es que ya no te vas a poder escapar. ¿Dónde nos vemos?

—¿Y tú cómo sabes que es mi hermana?

—No es nada difícil, se parece muchísimo a ti. Además, tú misma has colgado fotos en el muro de cuando erais pequeñas y, la verdad, la cara no le ha cambiado apenas. Es fácil reconocerla. En cuanto la vi, supe que era ella.

Dafne no sabía qué decir. Se retiró el móvil de la oreja y respiró profundo mientras trataba de entender la situación. Todo aquello le resultaba tan extraño.

Al otro lado del teléfono, Roberto continuaba hablando.

—Bueno ¿qué? Ahora que estamos los dos en el mismo sitio, ya no hay excusas que valgan para que quedemos. ¿No te irás a inventar otra cosa ahora, verdad?

Dafne le contestó después de unos segundos.

—No, no hay excusas, nunca las ha habido. Yo nunca te he dicho que estuviera con mis hermanas en la playa. Te dije que estaba con mi prima. Por cierto, tampoco te he dicho nunca el nombre de mi hermana.

—Tienes razón, pero alguien la llamó Lliure en el paseo Marítimo y se volvió. No es un nombre muy común, por eso me fijé en ella. ¿A que es una casualidad increíble?

—Sí, es mucha casualidad.

Y, realmente, resultaba increíble. ¿Cómo iba a veranear Roberto en el pueblo de sus abuelos? Era verdad que en los últimos años muchos veraneantes elegían la costa norte para huir del calor y de las aglomeraciones del sur y del levante, pero aquel pueblecito de pescadores todavía no se

había convertido en un destino turístico. No podía ser casualidad.

A Dafne se le quitaron las ganas de seguir con la conversación. Le dijo que no se encontraba bien y colgó el teléfono.

Necesitaba pensar.

Capítulo 31

Las redes más peligrosas son las invisibles. Dafne lo sabe. Pero más peligrosas aún son las que se tejen alrededor de uno mismo, porque esas no solo no las aprecia la vista, sino que apenas se sienten.

Mientras Dafne comenzaba a darse cuenta de que había caído en su propia trampa, el auténtico Roberto continuaba en el hospital, tratando de recuperarse del accidente sin el que no hubiera sido posible aquel doble engaño.

Había salido y entrado varias veces de la UVI. Cuando no estaba narcotizado le dolían tanto las piernas que no era capaz de pensar en nada, aparte de desear, con las pocas fuerzas de que disponía, que desapareciera aquella sensación de que le abrasaba la pierna derecha.

El autoinjerto no acababa de arraigar por completo, y los médicos no podían asegurar que los dolores de los que se quejaba el enfermo no se debieran a que alguna de las terminaciones nerviosas de la zona injertada hubiera quedado libre, por lo que barajaban la posibilidad de una nueva intervención que solucionara el problema. Por este motivo, hasta que no estuvieron seguros de que la piel había prendido correctamente, y no había riesgo de rechazo, le mantuvieron prácticamente sedado, entrando y saliendo de la UVI al menor signo de empeoramiento.

-oOo-

El día del atropello, los gemelos se encargaron de recoger todas las cosas del Rata y de meterlas en una bolsa de plástico. El móvil, las gafas de sol, el abono de transporte, los auriculares del mp3, las llaves y unas cuantas monedas que habían quedado desparramadas por el suelo. Esa misma noche, antes de abandonar el hospital para irse a su casa, le entregaron las cosas a los padres de Roberto. Kiko se marchaba también en ese momento, y su madre le dio la bolsa con el ruego de que la dejara sobre la mesa de la habitación de su hermano.

Aquella bolsa de plástico aún permanecía en el escritorio del Rata, en la misma posición en la que Kiko la había dejado, cerrada, con un nudo que había hecho su madre utilizando las asas.

-oOo-

Kiko y los gemelos congeniaron muy bien en el hospital. Antes del accidente solo se veían cuando acompañaban a Roberto a su casa o cuando coincidían en el Chino con sus respectivos grupos de amigos. Para los gemelos, Kiko era un pipa más del grupo intermedio entre el de los pequeños y el suyo. Pero desde que compartían la sala de espera de la UCI, surgió entre ellos una amistad bastante profunda, alimentada sobre todo por la preocupación que sentían por el Rata.

Compartir el dolor es acercarse un poco al otro, y los tres necesitaban ese acercamiento.

Y así, poco a poco, sin haberlo buscado, en aquella sala de espera fue creciendo entre ellos un sentimiento que se parecía mucho al que los gemelos sentían por Roberto y Roberto por ellos.

-oOo-

Kiko se parecía mucho a su hermano. Apenas se llevaban diez meses. Cualquiera que los viera podría decir que, al igual que sus amigos, ellos también eran gemelos, o por lo menos mellizos. El mismo pelo negro, casi la misma estatura, la barbilla, la frente y los ojos. Pero no solo se parecían en el físico, también en el carácter eran muy similares. Cuando eran pequeños no se separaban nunca. Ni siquiera en el colegio, porque al haber nacido los dos en el mismo año natural, les correspondía estudiar en la misma clase. No obstante, cuando se acercaban a la pubertad, Kiko tuvo un tropezón en los estudios y no le quedó otro remedio que repetir curso. Desde entonces, Roberto y él empezaron a distanciarse y a salir con diferentes grupos de amigos. A Roberto le vino muy bien, porque siempre había deseado que le considerasen como al hermano mayor, y disfrutar de las ventajas que supuestamente le correspondían.

Desde que comenzaron en la guardería, los gemelos habían sido amigos de ambos, pero con aquella separación no solo se produjo un distanciamiento con su hermano, sino también con respecto a ellos.

Hasta que se reencontraron en el hospital, para los gemelos, Kiko había pasado a la categoría de los pipas, y ahí hubiera seguido de no haberse producido el accidente.

Ahora se pasaban tardes enteras en la antesala de la UCI, sentados unos junto a otros, con la misma preocupación.

Y no hay cosa mejor que tiempo por delante para encontrar un punto de encuentro con los demás, por muy diferentes que sean de nosotros.

Los días se hacían muy largos en aquella sala de espera.

Capítulo 32

Después de reflexionar durante todo un día, tras haberle colgado el teléfono al que había tomado por Roberto, Dafne llamó al móvil de su prima Paula y le dijo que tenía que contarle algo urgentemente. Le temblaba la voz, y se atropellaba al hablar.

—Llámame esta noche, Paula, es muy importante. No sabes lo que te estoy echando de menos.

—¿Y no me lo puedes contar ahora, tía? No sé si podré llamarte luego, no tengo saldo.

—Pues hazme una perdida y te llamo yo. Le cogeré el teléfono a mi madre cuando se haya dormido. Ahora tengo que irme, está a punto de llegar la profesora.

—¿Y vas a dejarme así? ¡Ya te vale! Por lo menos adelántame algo.

—En serio, no puedo hablar ahora, pero no dejes de llamarme. Te lo pido por favor.

—¡Qué favor ni qué favor! ¡Adelántame algo, joder!

—Está bien. Está bien. No te ralles.

—¡Pues venga! Suéltalo.

—Es que no sé cómo empezar y no tengo tiempo ahora...

—¿Es Roberto?

—Sí, es Roberto, pero yo creo que no es Roberto.

—¿Cómo que no es Roberto?

—No lo sé, tía, esta noche te lo cuento.

Aquella noche, Dafne cogió el móvil del bolso de Teresa cuando esta se había dormido y le contó a Paula, casi sin tomar aliento, todo lo que había pasado en su ausencia. Las broncas con su madre, los mensajes de Roberto, las llamadas telefónicas, las horas muertas en el facebook, lo de la feria, y lo más importante, que Roberto decía que estaba en el pueblo, que había visto a Lliure y que, desde la última conversación que había mantenido con él, ella no sabía si realmente se trataba de Roberto.

Cuando Dafne terminó de hablar, Paula soltó un «ya te lo dije» del que se arrepintió en cuanto se oyó decirlo.

—Perdona, prima, pero es muy fuerte. Eso sí que no me lo veía yo venir. Sabía que esto terminaría mal, pero no peor. ¿Y por qué crees que no es Roberto?

—No sé. Cuando me dijo que estaba en el pueblo me mosqueé. Es demasiada casualidad. Creo que alguien me la está jugando, ¿sabes? No sé qué hacer Paula.

—Bueno, tranquila, déjame que lo piense. ¿No tienes ni idea de quién puede ser?

—Ni la más remota.

—¿Por qué no le citas en la plaza y luego vas y te escondes en los soportales y lo llamas por teléfono? Así lo pillas, cuando se oiga su móvil y conteste la llamada.

—Ya lo había pensado, pero yo sola no me atrevo. Me da mazo de miedo, Paula. No sabes los nervios que tengo. ¿Cuándo vuelves?

—El viernes por la mañana. Solo faltan tres días. Espérame y voy contigo. De momento, que no note que sospechas. Sigue hablando con él como si no te olieras nada.

—El caso es que él ya se ha debido de dar cuenta de que me pasa algo. Hoy no le he cogido el teléfono en todo el día. Y lo normal es que a estas horas estuviéramos hablando por el facebook.

—Pues llámalo ahora mismo con el móvil de tu madre y dile que el tuyo está sin batería, y que no te funciona el router. Que no has podido llamarlo hasta que tu madre se ha dormido.

Dafne siguió las indicaciones de su prima, pero el falso Roberto no la creyó. No se enfadó, ni le pidió más explicaciones que las que Dafne le daba, pero le dejó muy claro que no hacía falta seguir insistiendo. Que sabía que se llamaba Cristina, y que a su hermana Lliure también le interesaría lo que tenía que decirle.

—Por cierto, ¿le has dicho alguna vez a tu madre que tú y yo hablamos por teléfono?

—No, no. Claro que no. Ella no tiene por qué saber lo que hago o no hago yo con mi vida. Hoy le he cogido el teléfono porque el mío está estropeado, y porque no he podido meterme en internet por culpa del router.

—Pues si tú no se lo has dicho, a lo mejor podría llamarla yo. Ahora que se me ha quedado grabado su número...

—¿Y para qué la ibas a llamar?

—No sé... Como tú no quieres verme... podría decirle a ella algunas cosas de las que te tengo que decir a ti. ¿Y a tus hermanas? ¿Les has contado algo? Porque también podría hablar con Lliure. Ya sé que tienes otras dos, pero son demasiado pequeñas para entenderlo.

—¡Pues no, claro que no les he contado nada! Y tú no tienes tampoco que contarle nada a nadie, ni a mi madre, ni a Lliure, ni a nadie.

—Bueno, Cristina, no te enfades. No las llamaré de momento. Aunque a ellas también les interesa lo que tengo que decirte a ti, y como a ti no hay manera de verte... ¿O sí la hay?

—Sí la hay.

—¿Ah sí?

—Sí. Te espero en la fuente de la plaza el viernes por la tarde. A las siete en punto.

—¿En la plaza de la foto?

—Sí, en esa plaza.

-oOo-

Dafne no volvió a conectarse al internet ni a llamar a Roberto.

Los tres días que faltaban para que llegase Paula los pasó mordiéndose las uñas y dando vueltas por la casa como un animal herido. Su estado de nerviosismo era tan evidente que su madre le devolvió las llaves, y la llevó a la piscina municipal para que se tranquilizase.

Nada más entrar en el recinto, su corazón empezó a bombear como un loco, y el estómago se le encogió como si se hubiera subido en una atracción de feria.

No podía creerlo. Roberto y los gemelos estaban jugando al voleibol en el agua.

Dafne se giró para que no pudieran verla y agarró a Teresa de un brazo.

—¡Mamá, vámonos!

—¿Cómo que vámonos? Ahora mismo te metes en el agua y te haces por lo menos dos largos.

—No, de verdad, vámonos, es que creo que me ha venido la regla.

—Me da igual, la regla no es impedimento para nada. ¡Estaría bueno! ¿Qué te crees, que no habrá aquí ahora mismo un montón de mujeres con la regla? ¡Venga, te pones un tampón y al agua!

El corazón volvió a su ritmo cuando volvió a mirar y se dio cuenta de que había cometido un error. Había confundido a Roberto con su hermano. Había visto a Kiko muchas veces por el Barrio, pero no se había dado cuenta hasta entonces de lo mucho que se parecían.

Al cabo de un rato, se tiró de cabeza y nadó hasta el borde en el que las chicas del grupo de mayores gritaban con los pies metidos en el agua, animando a los dos equipos que jugaban a voleibol.

De repente, se dio cuenta de que el falso Roberto no había mencionado nunca a sus amigos cuando hablaba con ella. Ni a los gemelos que siempre andaban con él, ni a ningún otro de su grupo. Si se hubiera fijado antes en este detalle, no habría conseguido engañarla. Él le había dicho que cuando estaba en la ciudad no iba a la piscina municipal porque prefería la de su bloque. Por este motivo, nunca pensó que pudiera encontrarlo allí. De otro modo, se habría tragado su orgullo y habría convencido a su madre para que la dejara ir a bañarse algún día, aunque fuese solo un rato, después de las clases de matemáticas. Hacía demasiado calor como para que su madre no le hubiera levantado el castigo sobre la piscina. Pero él le había dicho que estaría fuera de la ciudad hasta el final del verano, y ella le había creído sin plantearse que podía ser mentira.

Se sentía tan humillada al pensar que aquel impostor la había tenido engañada durante casi dos meses, que ni siquiera pensó que también ella se estaba haciendo pasar por otra persona.

Los amigos de Roberto vociferaban y se tiraban en plancha sobre el balón, lo que ocasionaba las quejas de las otras personas que se encontraban en el agua, y las llamadas de atención de los socorristas. En la piscina estaban prohibidos los juegos de pelota.

Uno de los gemelos la miró cuando Dafne volvió a tirarse de cabeza al agua. Al salir a la superficie lo tenía a su lado y le guiñó un ojo.

—¡Guapa! Has crecido mucho este verano. ¿No eras tú del grupo de los pequeños?

Dafne no le contestó. Le miró sorprendida de que le hubiese dirigido la palabra, y continuó nadando como si no le hubiese oído.

Al día siguiente, volvió a la piscina con su madre y colocó la toalla junto a las de los mayores. Aún no habían llegado Kiko y sus amigos, pero justo cuando ella se disponía a bañarse, aparecieron dando saltos y gritos de alegría.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡Que ya lo van a sacar de la UCI, colega! Que dentro de nada podrían darle el alta.

—¡Cojonudo, tronco! ¡Ya era hora! ¿Y podrá andar bien?

—Eso todavía no se sabe. De momento, tiene escayolada una pierna hasta la ingle, la otra hasta la rodilla, y un brazo.

El gemelo del día anterior volvió a mirarla y a guiñarle un ojo, pero no le dijo nada. Continuó

hablando con sus amigos sobre la noticia que tanto les alegraba.

En ningún momento dijeron el nombre de Roberto, pero Dafne supo al instante que hablaban de él. No podía ser de otra forma. Enseguida le vino a la mente el atropello del paso de cebra en el que habían resultado heridos una anciana y un joven a principios del verano. Estaba clarísimo. ¡Roberto estaba en el hospital, por eso no se había puesto en contacto con ella en todo ese tiempo! ¿Cómo había podido ser tan torpe? Su móvil debía de estar apagado desde el accidente, o quizás el coche lo destrozara también y acabó en cualquier contenedor de basuras.

¿Y quién sería el indeseable que le había permitido que lo confundiera con él? Porque, pensándolo bien, nunca dijo que fuera Roberto. Dejó que lo llamara así, eso desde luego, pero siempre que hablaban se dejaba llevar por la conversación. Le tiraba de la lengua, le preguntaba cosas de su vida, de su familia, de sus hermanas, y de todo lo habido y por haber. Pero él de la suya no le contaba nada. Él le hablaba de los países a los que viajarían juntos, de sus monumentos, de sus playas y de todo lo que harían cuando ella se decidiese a concederle una cita. Pero nunca dijo su nombre. Ni siquiera en el nick se podía intuir que se tratase del Rata. Ahora recuerda que le llamó la atención la primera vez que lo leyó, *El que faltaba por aquí*. Le extrañó un apodo tan poco imaginativo, pero sus deseos de que se tratase de él eran tan fuertes que no se le ocurrió la posibilidad de que no lo fuera hasta que habló de ponerse en contacto con su madre o con Lliure.

¿Cómo pudo dejarse engañar? ¿Por qué no se le ocurriría configurar el móvil de su madre como número oculto antes de llamarle?

Solo quedaban veinticuatro horas para que el reloj marcase las siete de la tarde del viernes. Cuando salió del agua, sintió cómo Kiko y los gemelos la seguían con la mirada hasta la ducha, y escuchó que cuchicheaban entre ellos. Hasta ese momento no había caído en la cuenta, pero si alguien en este mundo podía conocer la historia de Dafne con el Rata tenían que ser ellos. No cabía la menor duda. Ahora solo faltaba saber cuál de los tres acudiría a la fuente de la plaza.

Capítulo 33

Al día siguiente, Paula y su madre volvieron de la playa a la hora de comer y se dirigieron a casa de Teresa. La amistad entre las madres era tan estrecha como la que unía a las hijas. Las cuatro se abrazaron como si en lugar de tres semanas sin verse hubieran pasado tres años.

Tenían tantas cosas que contarse.

El tema que centró la conversación de la comida fue la fiesta que su madre organizó en honor de Paula nada más llegar a la playa, porque también ella «se había hecho mujer», por fin. Una fiesta en la piscina del apartamento, a la que acudieron los amigos con los que compartían las vacaciones desde hacía más de diez veranos.

A Paula se la veía feliz. Había crecido por lo menos cinco centímetros, y el pecho se le había desarrollado tal y como ella había deseado desde que cumplió los once años, cuando comenzó a desfilar ante ella el rosario de amigas a las que les iba llegando el periodo.

—¡Ya tengo la talla ochenta y cinco, prima!

Parecía imposible que solo hubieran pasado tres semanas. No solo por lo que le había aumentado la talla del sujetador, sino porque toda ella se había transformado. Incluso la cara parecía distinta, más hecha, con los pómulos más marcados y los labios más gruesos. Se había comprado unos pendientes de aro y había aprendido a maquillarse como las niñas del grupo de mayores. Se perfilaba los ojos exageradamente con un lápiz negro y se pintaba las uñas y los labios de rojo, como ellas.

En el pueblo de sus madres solían utilizar una expresión para los bebés que engordaban y crecían muy deprisa, que utilizaba la madre de Paula cada vez que su hija la sorprendía de un día para otro con su estatura, como si hubiera crecido en una noche lo que tenía que haber crecido en varios meses.

—¡Pero cómo has esponjado, hija mía! Si me parece mentira.

Eso mismo fue lo que dijo nada más entrar en casa de Dafne, al comprobar que, en aquellas tres semanas, su sobrina había sufrido la misma transformación que su hija. La madre de Dafne lanzó una carcajada y comenzó a repetirle a Paula la misma frase.

—¡Pero cómo has esponjado, hija mía!

Por su parte, Dafne y Paula secundaron a sus madres y comenzaron a decírselo mutuamente una y otra vez.

—¡Cómo has esponjado, prima!

Y con esa retahíla, rieron y lloraron de risa durante toda la comida. Hacía tiempo que Dafne no se reía así con su madre, y mucho más que no compartían una comida las cuatro solas, sin la presencia de Lliure, de Cristina y de Lucía. Le agradaba aquella sensación de que su madre era solo para ella. Como la madre de Paula era solo para Paula, como cualquier madre lo es para las hijas únicas. A ella le habría encantado recibir las atenciones que Paula recibía de su madre. Una sola para comprarse ropa, para salir a cenar de vez en cuando al burger, para la paga de los domingos, para los regalos de Navidad, para las mochilas del colegio... Una sola para cualquier cosa. Sin herencias de libros ni de uniformes de gimnasia. Ella y el cariño de su madre.

Paula, sin embargo, había soñado con tener una hermana toda la vida. Envidiaba las nochebuenas en casa de Dafne, el jaleo del momento de abrir los regalos el día de Reyes, las tardes en que forraban los libros en la cocina antes de la vuelta al colegio, las canciones de los viajes al pueblo y las salidas al parque de atracciones en los cumpleaños. Se habría cambiado por su prima muchas veces si hubiera podido, aunque tuviera que compartir el cariño de su madre.

-oOo-

Después de comer, las mayores se fueron al salón y las niñas al cuarto de Dafne, al que había vuelto por sorpresa el ordenador el día anterior debido a un acto de desesperación de Teresa, preocupada porque los nervios que estaban consumiendo a su hija pudieran terminar convirtiéndose en una especie de síndrome de abstinencia por el internet.

—Puedes utilizarlo una hora diaria —le había dicho la noche anterior, convencida de que su hija no había vuelto a chatear desde que lo guardó en el trastero—, pero solo una hora. Hay que controlar esas cosas. Que dicen que es más fácil colgarse de esos cacharros que de las drogas.

Dafne se lo agradeció, pero ni siquiera se acercó al aparato. Lo único que le interesaba del ordenador era conectarse a internet, y en aquellos momentos le horrorizaba la idea de iniciar una sesión, no quería encontrarse con sus propias mentiras.

Cuando Paula vio el ordenador, insistió en que no podían presentarse en la plaza sin saber si *El que faltaba por aquí* había escrito algo nuevo.

Desde que Dafne le llamó con el móvil de Teresa, no había vuelto a conectar con él, ni por teléfono, ni por correo electrónico, ni por el chat. De manera que hacía tres días que no sabían nada el uno del otro.

Al encender el aparato, la musiquilla de bienvenida del sistema operativo volvió a pellizcarle en el estómago. Paula se encargó de meterse en el facebook y de activar la charla.

Afortunadamente, en su lista de amigos, el botón que había al lado de *El que faltaba por aquí* aparecía en color blanco grisáceo, lo que indicaba que no estaba conectado.

Dafne respiró aliviada. Era la primera vez que había deseado no encontrar coloreado en verde aquel botón.

—No está en línea. Seguro que ahora mismo está en la piscina, tirándose en plancha para llamar la atención.

—¿Y por qué estás tan empeñada en que es uno de ellos? Vamos a repasar los mensajes antiguos, a ver si averiguamos algo.

Paula leyó los comentarios del muro uno por uno, pero no encontró lo que buscaba.

—No sé, tía. No hay nada que lo delate. ¡Qué listo es el cabrón! No ha soltado prenda sobre él. ¡Pero será por poco tiempo! En menos de dos horas lo tendremos a tiro.

—Sí, Paula, pero si no ve a Cristina le va a joder mazo ¿sabes? Estoy segura de que va a llamar a mi madre o a mi hermana Lliure. Se va a liar parda cuando se sepa que me hago pasar por Cristina desde hace meses.

—Pero ¡a ver! Vamos a centrarnos. Tampoco a él le interesa que el Rata sepa que se ha estado haciendo pasar por él. ¡Menuda cagada, tía! Mientras el pibe está en la cama del hospital, su amigo intenta liarse con la chica que le gusta.

—Ya lo sé, pero yo tengo más que perder. Si él lo dice en mi casa, estoy jodida lo mires por donde lo mires.

—Bueno, bueno, no te chines hasta que no sepamos seguro quién es, ¿vale? Como dice mi madre, hay que comerse la merienda antes que la cena.

Dafne la miró y se echó a reír.

—¿Te he dicho alguna vez que me joden los refranes de tu madre?

-oOo-

Llegaron a la plaza un cuarto de hora antes de la cita. Mientras esperaban a *El que faltaba por aquí*, ambas miraban el reloj a cada instante, como si aquellos quince minutos fueran a cambiarles la vida.

Y era verdad, a Dafne se la iban a cambiar. O mejor sería decir que ya se la habían cambiado. En realidad, su vida empezó a ser diferente desde que empezó a contestar los primeros comentarios que aparecieron en el muro de «Gasolina sin plomo», sin saber a quién estaba respondiendo.

Aquellos quince minutos representaban un quiebro en los acontecimientos que hasta ahora creía manejar. A partir de aquella cita, las cosas se precipitarían sin que pudiese ejercer ningún control. Como un torbellino que no la arrastraría únicamente a ella, sino al resto de su familia.

Cuando llegó la hora convenida, en contra de lo que esperaban las dos primas, nadie se presentó en la fuente de la plaza. Ni a las siete, ni a las siete y cuarto, ni a las siete y veinte, ni a las siete y media. Dafne no contaba con ello. Estaba tan segura de que uno de los gemelos era *El que faltaba por aquí*, o quizá los dos, o Kiko, o los tres a la vez, y que lo único que buscaban era reírse de ella con aquel juego, que no podía encontrar explicaciones a lo que estaba sucediendo.

Durante casi una hora, vigilaron los movimientos de todos los que pasaban por la plaza o por los soportales. Nadie se detuvo en la fuente.

Seguía haciendo calor. La plaza se había llenado de veraneantes recién llegados de las playas, morenos y sonrientes, que apuraban al sol los últimos días sin horarios y sin rutina.

En contraste con aquellas pieles morenas, Dafne palidecía por momentos. Tanto que Paula temió que terminara en el suelo y la sujetó por un brazo.

—¡Tía! Vámonos ya de aquí. Este pibe no viene.

Dafne asintió y se dispuso a abandonar la plaza detrás de su prima. Pero antes de que llegasen a la calle que conducía a casa de Paula, se oyó un pitido procedente del móvil que indicaba que le

había llegado un mensaje.

Dafne sacó el teléfono del bolsillo de su pantalón y presionó la tecla que indicaba «mostrar» sin reparar en que, igual que ella había vigilado la plaza, también a ella la podrían estar vigilando. La cazadora se estaba dejando cazar.

El mensaje llegaba desde un número diferente al que había utilizado hasta entonces el falso Roberto, pero no podía ser de nadie más que de él. Dejaba bien claro que había acudido a la cita y que se encontraba todavía allí.

—Me has fallado. ¿O será que no eres quien dices que eres? Llevo en la plaza más de una hora. Pero no importa, encontraré la forma de hablar contigo tarde o temprano. Lo que tengo que decirte te interesa a ti tanto como a mí, te lo garantizo.

Paula miró a su alrededor, cogió a Dafne de un brazo y la empujó hasta detrás de una columna.

—¡Corre! ¡Marca el número! A ver dónde suena el móvil. Este tío no se nos puede escapar.

Las manos de Dafne temblaban como hojas. Aún tenía en la pantalla de su teléfono el mensaje que acababa de recibir. Pulsó la tecla de opciones, seleccionó la de usar detalles, después la de número, y otra vez la de opciones para poder realizar la llamada. Cuando por fin marcó el número de teléfono desde el que habían enviado el mensaje, habían pasado suficientes segundos como para que al falso Roberto le hubiera dado tiempo a marcharse.

Escuchó el tono de llamada, que demostraba que se había realizado la conexión entre los dos teléfonos, pero en la plaza no sonó el timbre de ningún móvil. Ninguna musiquilla pegadiza, ningún chiste, ninguna voz chillona alertando de una llamada con un nombre propio, ninguna canción del verano. Nada. Ni el eco.

Dafne cerró la tapa de su teléfono y se mordió las yemas de los dedos. Al cabo de unos segundos, volvió a marcar con el botón de rellamada, pero el teléfono ya había sido desconectado.

Las dos primas continuaron observando quién entraba y salía de la plaza, hasta que comprendieron que resultaría inútil la espera. Dafne no paraba de moverse dando pequeños pasos a derecha e izquierda, como si tuviese necesidad de ir al baño.

—¿Y ahora qué vamos a hacer, Paula? ¡Dios mío! Cristina llega el lunes. Me va a matar si se entera de todo esto.

—Bueno, tranqui, no perdamos la calma. ¡A ver! Tenemos todo el fin de semana para desenmascararle. ¡Pensemos! ¿Tú por qué crees que tienen que ser Kiko o los gemelos?

—Porque yo solo le he pedido al Rata que sea amiga de «Gasolina sin plomo», y solo le he dado a él la dirección de «Dafne huele a gasolina». Seguramente ellos usaron su ordenador para algo y lo vieron todo. Está claro que nos han querido gastar una broma pesada.

—¿Y nadie más te ha pedido que le aceptes como amigo?

—No. Solo los nick que yo me inventé.

—¡Qué raro, tía!

—¡Ya te digo! Pero nadie sabe nada de Dafne. Solo tú, yo, y el tipo este. Seguro que son ellos.

—No sé... Yo no estoy tan segura de que sean los gemelos, y mucho menos su hermano Kiko, se le ve bastante formal.

—¡Joder! ¡No me vengas ahora con eso! ¿Quieres decir que puede ser alguien al que no conocemos de nada?

—¡Pues claro, tía! Con lo lista que eres para otras cosas, no sé cómo no se te ha ocurrido que te podrían engañar. Y vete tú a saber si no es uno de esos perversos de los que hablan por la

tele. Además, él nunca te dijo que se llamase Roberto ¿no?

—La verdad es que no.

—Claro, lo diste por hecho. Pero no te preocupes, lo vamos a averiguar, ya verás como sí. Como dice mi madre...

—¡No, por favor, Paula, no me sueltes ahora uno de los refranes de tu madre!

—¡Vale, vale, tronca, no te chines ahora conmigo, que en este lío te has metido tú solita! ¡Que yo bien que te dije mazo de veces que no siguieras! ¡A ver! ¡Dame el móvil! Que vamos a empezar a hacer las cosas bien de una vez.

Paula le cogió a Dafne el teléfono de las manos y buscó el número del verdadero Rata. Inmediatamente saltó la voz de la operadora informando de que el teléfono se encontraba apagado o fuera de cobertura, pero aun así, Paula volvió a marcar una y otra vez, hasta realizar una docena de llamadas seguidas.

—Cuando vea tantas llamadas perdidas, se pondrá en contacto con nosotras. Si sus amigos o su hermano tienen algo que ver con esto, él tiene que saberlo. ¿Lo pillas? Y si no, a lo mejor puede ayudarnos.

—¿Tú crees? Me extrañaría mucho que quiera ayudarnos cuando se entere de que también le hemos engañado nosotras a él.

—¡Bueno! Todo puede suceder en la viña del señor. De momento, hay que pensar cómo ponernos en contacto con el otro pibe, a ver si lo pillamos en algún renuncio.

Capítulo 34

Roberto giró la cabeza hacia el lado derecho de la cama, abrió los ojos y vio a su madre. Hacía casi dos meses que había ingresado en el hospital, pero había perdido la noción del tiempo. Y no solo del tiempo, también del espacio y de la razón por la que se encontraba tendido en aquella cama.

Trató de incorporarse y comprobó que tenía escayoladas las dos piernas y el brazo derecho, y vendado el tronco desde debajo de los hombros hasta la cintura. Parecía una momia.

Sentía una extraña tirantez en la cara interior de uno de sus muslos. Era la única sensación de dolor que experimentaba, a pesar de lo aparatoso que debía de ser su aspecto.

Su madre le acarició el pelo y le dio un beso en la frente.

—¿Cómo estás, cariño?

Se notaba la boca reseca, con un sabor a metal, dulzón y amargo a la vez, que le recordaba la consulta del dentista. Al otro lado de la cama, se encontraban su padre, sus abuelos y su hermano. Su padre llevaba puesta la bata blanca que a él tanto le fascinaba cuando era pequeño, con su nombre bordado en azul en el bolsillo superior, sobre el anagrama del hospital.

—¿Qué pasa, machote? ¿Has visto qué pedazo de suite te hemos reservado? ¡Mira qué vistas hemos encargado para ti!

Roberto recorrió con la mirada la habitación a la que le habían trasladado desde la Unidad de Cuidados Intensivos, y miró hacia el ventanal. Debían de estar en un piso muy alto, porque desde la cama únicamente podía ver el cielo. Sin nubes, de un azul tan brillante que casi parecía blanco. Ese cielo típico de los meses de verano, que abrasa con solo mirarlo.

—¿Dónde estamos? ¿Qué hago aquí?

Le picaba la garganta, y la sequedad de la boca se convirtió de repente en una quemazón que le subía hacia la nariz y le bajaba hacia el estómago.

—Tengo sed. Me duele la garganta.

Su padre le acercó un vaso de agua y le incorporó levemente la cabeza para ayudarle a mojarse los labios.

—Te acaban de desentubar. Es normal que sientas una pequeña irritación. Se te pasará enseguida. Bebe despacito.

—Me duele mucho el muslo. ¿Qué me ha pasado?

—No te preocupes, no tiene importancia. Hubo que hacerte un injerto y te extrajeron un poco de piel. ¿No recuerdas nada del accidente?

—¿Accidente? Sí... Claro... Hubo un accidente... Claro...

—No importa. No pasa nada si no lo recuerdas. Llevas muchos días sedado. Ahora estás aturdido. No te esfuerces. Puede ser que tengas una pequeña amnesia postraumática. Te atropelló un coche y te lanzó contra una farola. El golpe fue tremendo. Pero afortunadamente ya ha pasado todo. Ahora solo tienes que pensar en recuperarte.

Roberto miró a sus abuelos e intentó sonreírles. Tenían la misma mirada que sus padres, una chispa de alegría mezclada con una sombra de cansancio que ninguno podía ocultar. Su hermano Kiko también parecía contento. Roberto le tendió la mano del brazo sin escayolar y trató de estrecharle la suya, pero apenas tenía fuerzas para nada. Tampoco para hablar. Aun así trató de dirigirse de nuevo a su padre. Apenas se le entendía.

—¿Una farola?

—No te preocupes, machote, no hace falta que lo recuerdes.

No recordaba la farola, pero sí el coche rojo que se acercaba a toda velocidad hacia el paso de cebra que él se empeñó en cruzar. Recordaba a la señora que esperaba a su lado, los gritos de los gemelos que trataban de detenerlos, y su pie en la calzada, convencido de que el duelo con aquella maravilla de deportivo solo podía tener un vencedor. Recordaba el otro pie todavía en la acera, su cuerpo inclinado hacia delante y el chirrido del frenazo. Lo demás se movía en una nebulosa en la que no podía distinguir el sueño de la realidad. La sirena de la ambulancia. Los tubos de la Unidad de Cuidados Intensivos. Las enfermeras. Su madre. Su padre. Los abuelos asomados a un cristal y saludándole con la mano. Los ojos de Dafne. Los gemelos. La señora que esperaba a su lado para cruzar. Los mensajes del móvil. Los monitores de los otros enfermos. El olor a medicina. El miedo. Su hermano Kiko llorando a los pies de la cama. Los médicos. Las batas blancas. La cancha de baloncesto donde esperó a Dafne sin resultado. El chasquido de sus piernas. La gente arremolinándose a su alrededor. El deportivo rojo. Dafne subida a la grupa de una moto que debería haber conducido él. Un ardor en la garganta con olor a hospital. Dafne en la fuente de la plaza porticada. El dolor en el muslo derecho. Dafne callada. La boca seca. Dafne en el deportivo rojo. Su madre diciéndole cariño. Dafne que no acude a una cita. Ni a otra. Ni a otra. Su padre repitiéndole «tranquilo, machote» una y otra vez, su hermano llorando en el cristal de la UVI, Dafne con la mirada esquiva, sus abuelos, su madre con el gesto triste, el olor a hospital, Dafne en el Chino, su madre, su padre, los gemelos gritando cuidado, la señora que cruza, el rojo de la sangre...

Roberto cerró los ojos y volvió a quedarse dormido. De nuevo soñó con el accidente, con los gemelos, con Dafne, con sus padres, con sus abuelos y con su hermano Kiko.

Media hora más tarde se despertó con la misma sensación de sequedad en la garganta, pero con más lucidez y más ganas de permanecer despierto. Allí continuaban sus abuelos, Kiko y sus padres, que mantuvieron con él una conversación similar a la anterior.

A lo largo de todo el día se adormiló y se despertó a cada rato, hasta que poco a poco los periodos de vigilia comenzaron a superar a los del sueño, y a última hora de la tarde recobró el sentido por completo.

-oOo-

Y mientras Roberto se despertaba, en casa de Paula, muy cerca del hospital, recién llegadas de la plaza en la que habían sufrido su primer plantón con el que habían tomado por el Rata, Dafne y su prima se dedicaban a diseñar una estrategia con la que poder salir de su laberinto particular. Paula trataba de tranquilizar a Dafne, que no paraba de moverse y de morderse los padrastrós.

—¡Mira, prima! Lo primero que tenemos que hacer es encontrar el hilo por el que tirar de la madeja.

—¡Joder, tía, ya estamos con los refranes!

—¡Que no! ¡Que no es un refrán! Que tenemos que encontrar el quid de la cuestión.

—¿El quid de la cuestión? ¡Paula! Me estás poniendo de los nervios ¿sabes? ¡Dime de una vez qué vamos a hacer ahora!

Paula encendió el ordenador, colocó las manos sobre el teclado y se metió en la dirección de correo electrónico de Dafne.

—Ahora mismo lo vas a ver.

Con una rapidez asombrosa, pese a utilizar únicamente un dedo de la mano izquierda y dos de la derecha, le escribió un mensaje al Rata en el que le decía que tenían que verse para contarle algo que no podía esperar; que sentía no haber podido ir a la cita, pero que le juraba que esta vez sería la definitiva, que pusiera él la hora y el sitio. Después le escribió el mismo correo a la dirección del falso Roberto. Los mensajes terminaban advirtiendo al destinatario de que tenía un mensaje idéntico en la otra dirección, y que lo había escrito por duplicado para estar segura de que lo recibía, ya que sus teléfonos móviles, tanto el que utilizaban antes del verano para sus citas, como el que habían estado usando últimamente, se encontraban apagados o fuera de cobertura.

—¡Ya está! ¡Primer paso dado! Si los dos contestan lo mismo, o dicen algo del otro correo, es que son la misma persona.

Y eso querrá decir que alguien ha utilizado el ordenador del Rata. Alguien muy cercano a él, que conoce su contraseña y que sabe que él sigue todavía en el hospital. Es decir, su hermano o los gemelos. Pero si no son ellos, no habrá respuesta desde el correo del Rata, puesto que sigue en el hospital. El otro nos responderá con cualquier excusa sobre por qué no contesta el correo que hemos enviado a la otra dirección. Y eso solo puede significar una cosa.

—¿Que *El que faltaba por aquí* ni siquiera sabe quién es el verdadero Roberto?

—¡Exacto! Y entonces tendremos que dividirnos en la próxima cita, para vigilar la vanguardia y la retaguardia. ¡Y no me vengas con el rollo de que vanguardia y retaguardia son un refrán, porque no lo son!

—Un refrán no, pero una chorrada sí. ¿Y si nadie contesta a ninguno de los dos mensajes?

—Entonces, seguro que no contesta nunca a ninguno más. Porque se habrá sentido pillado y no le quedará otro remedio que desaparecer. Si nadie contesta, se acabó el problema. Y, como dicen los ingleses, no news, good news, que sí es un refrán, pero no de mi madre.

-oOo-

Aquella noche, Dafne no pudo dormir. No podía imaginar lo que pasaría si su hermana Cristina y su madre llegaran a enterarse de lo que había hecho. Lo más probable sería que el ordenador de su cuarto volviera al trastero por una larga temporada. Aunque también corría el riesgo de que volviese al trastero por culpa del resultado de sus recuperaciones. Solo faltaba un fin de semana para que empezasen los exámenes de septiembre y, desde luego, ni por asomo sabía ni siquiera una pizca más que cuando la suspendieron en junio.

Aparte de la hora y media diaria de clases con la profesora, no había conseguido concentrarse ni un solo minuto en todo el verano en las matemáticas, la lengua, el inglés, las naturales, las sociales, la música, la plástica o la tecnología. Estaba clarísimo que no la libraba nadie de repetir aquel curso. No había pensado en otra cosa que en Roberto. O, mejor dicho, en el falso Roberto. *El que faltaba por aquí.* El sinvergüenza que había jugado con sus sentimientos.

Hubiera sido preferible no empezar nunca con aquella farsa. Le habría ido mejor en todos los aspectos de su vida. Se habría olvidado de Roberto. No habría suspendido. Se habría ido de vacaciones. Y no habría entrado en contacto con alguien del que no sabía ni su nombre. A lo mejor ni quiera le habría llegado la regla. Estaba segura de que le había venido por culpa de los nervios. De la ansiedad que la hacía temblar continuamente, pensando en la pesadilla insoportable del me querrá o no me querrá.

Y para colmo, había sido tan tonta que cuando utilizaba la razón y pensaba que aquella historia era imposible, porque Roberto, en caso de querer a alguien sería a su hermana y no a ella, desechaba inmediatamente aquellos pensamientos para no ponerse más nerviosa de lo que ya estaba.

La noche fue larga. Apenas conseguía quedarse dormida cuando la despertaba el ajeteo de su propio corazón. Cuando conseguía volver a dormirse, soñaba que tenía necesidad de ir al cuarto de baño y no encontraba ninguno en ninguna parte. Y cuando se despertaba otra vez se daba cuenta de que las ganas eran reales y por eso no podía dormir.

Y así, del sueño al duermevela, y de la cama al cuarto de baño, llegó la claridad.

La misma claridad que se colaba por las persianas del cuarto de Paula, que dormía a pierna suelta con la tranquilidad de quien no tiene que ponerse el despertador porque aún está de vacaciones.

La misma que inundaba la habitación de los gemelos, que un día amanecía a oscuras y al siguiente no, porque a uno le gustaban las persianas bajadas y al otro, subidas. Su madre había tratado de ponerlos de acuerdo de todas las formas posibles, pero no consiguió nunca que a los dos les gustasen las persianas subidas o bajadas, de manera que terminó con la discusión como Salomón con la de la niña a la que reclamaban las dos madres, la mitad para cada uno. Aquella noche había tocado las persianas subidas, por lo que uno de ellos dormía con la cabeza debajo de la almohada para evitar que le despertase la luz.

La misma de la que Kiko huía cerrando su ventana a cal y canto, porque su cuarto estaba orientado al este, y a él le molestaba cualquier rayito de sol que le diese en la cara.

La misma que había despertado a Roberto a primera hora de la mañana, antes de que la enfermera entrase en su habitación para tomarle la temperatura y darle su medicación.

La claridad de un día que les cambiaría a todos.

Capítulo 35

Roberto se había despertado aquel sábado con ganas de recuperar su vida. Nada más tomarse el desayuno que le llevó la auxiliar de enfermera, unas galletas que no sabían a nada, y un vaso de leche sin el menor rastro de cacao, le pidió a su madre el teléfono móvil y llamó a su hermano.

—¿Qué pasa tronco? ¿Hoy no vienes a verme o qué?

Kiko le respondió con la voz pastosa, reprimiendo un «todavía no me he levantado, a ver si te enteras de que a estas horas no se llama a nadie y mucho menos estando de vacaciones», que substituyó por un «¿qué hora es?», para evitar empezar el día discutiendo.

Roberto le hablaba como si todo el mundo tuviera que levantarse a la misma hora que él. Como si la vida tuviese que empezar cuando él la empezaba, y acabar cuando él la acababa.

—Son las ocho y media, colega. Hora de que te levantes y me traigas el portátil y el teléfono móvil con el cargador.

—¿Y para eso me despiertas, macho? ¿No me lo podías pedir a una hora decente?

—Pues no. No pienso desperdiciar el primer día que la boca no me sabe a lata sin hacer absolutamente nada. ¡Venga, chaval! Levanta el culo y tráeme el ordenador.

—Pero si solo tienes una mano... ¿Cómo piensas escribir, imbécil?

—Para cualquier cosa que yo tenga que hacer, me basta y me sobra con una mano. ¡Vamos! ¡Ponte las pilas y vente para el hospital cagando leches. Que ya has dormido más de la cuenta!

—¡Tu puta madre!

—Que es la tuya.

—Pues eso. Vete a tomar por culo.

Kiko desconectó su móvil y volvió a taparse con las sábanas. No había nada que le molestase más que le despertasen con prisas o con estridencias. Cualquier grito, timbre o chirrido que se adelantara a la hora en la que tenía previsto levantarse —y cuando estaba de vacaciones era únicamente cuando se despertase, porque ya había dormido un siglo— le ponía de mal humor. Vale que su hermano había salido de un accidente que pudo costarle la vida. Vale que todos pasaron mucho más miedo del que ninguno quería reconocer. Él mismo había sentido tanto terror que cuando llegaba a casa ni siquiera se atrevía a pisar el cuarto de Roberto; ni a utilizar su maquinilla ni su espuma de afeitar; ni a ponerse las deportivas que a veces le cogía sin que él se diera cuenta, y volvía a dejar en su armario antes de que regresara; ni su gorra de visera; ni su

cazadora del siete; ni nada de lo que él guardaba, a veces incluso bajo llave, como si con solo mirarlo se lo fueran a estropear. La idea de que aquellas cosas podían quedarse sin dueño le ponía la piel de gallina. Sí. Había sido horrible, lo más horrible que había vivido nunca hasta ahora. Y vale que no hubiera soportado mucho tiempo más aquella sensación de que no podía hacer nada, excepto rezar, como le decía su madre algunas noches, cuando volvía a casa después de haber permanecido días enteros en la antesala de la UVI. Y había rezado. Desde luego que había rezado. Más que nunca en toda su vida. Más incluso que cuando se preparaba para la primera comunión. Le había pedido a Dios con todas sus fuerzas que no consintiera que su familia pasara por más angustias. Que los dejase ya, que no apretase tan fuerte, porque estaban a punto de ahogarse. Vale. Sí. Vale que había sido horrible. Pero lo que no vale es que ahora él se crea que los demás vamos a estornudar cuando él se resfríe. Eso no vale. No señor. Y mucho menos a las ocho de la mañana. Como si no supiera que las vacaciones son para dormir, y que eso es lo más sagrado. Pero claro que lo sabe, lo sabe muy bien, porque él no se ha levantado en vacaciones antes de las doce de la mañana en toda su vida. Por eso no ha llamado a los gemelos, porque ellos ni siquiera le hubieran cogido el teléfono. Pero a ellos no quiere molestarlos, claro, ellos estarán durmiendo ahora tranquilamente, en su cuarto que imita el camarote de un barco, forrado de madera por todas partes, y con una cama encima de la otra. Con las persianas subidas o completamente a oscuras, dependiendo de a cuál de los dos le haya tocado elegir. Había tantos juguetes en aquella habitación que parecía imposible que hubieran jugado con todos. Pero sí lo habían hecho. Y el caso es que cada uno sabía perfectamente de quién era cada velero, cada coche de carreras, cada moto, y cada juego de la consola. Hacía tiempo que su madre andaba detrás de que regalasen los más antiguos, decía que ya no tenían edad de jugar con la mayoría y que podrían hacer felices a muchos otros chicos, pero los gemelos se resistían a desprenderse de ninguno, todos les traían recuerdos de un cumpleaños, de unos reyes, o de un sobresaliente. Para eso sí que eran idénticos. Para otras cosas no. Como para las preferencias entre las matemáticas y la literatura, o entre los videojuegos de fútbol o los de tíos duros que atemorizan a toda una ciudad. Pero en cuestión de sentimientos los dos eran unos tolis. Aunque eso sí, gamberros y malos estudiantes como pocos, pero con la suerte de que podían darse la panzada el día antes del examen para sacar buenas notas; ni guapos ni feos, pero con una potra tremenda para quedarse con las tías más potentes; listos, imaginativos y simpáticos, pero sobre todo capaces de meterse y de salir de cualquier lío como el que entra y sale de su casa. En más de una ocasión, sus padres habían tenido que ir a por ellos a comisaría. Como cuando les dio por los graffiti, y se dedicaron a pintar todas las vallas que encontraban, incluso las de las cocheras del metro. ¡Menuda se armó con aquella movida! Acabaron todos en la Fiscalía de Menores, acusados de atentar contra la propiedad municipal. Roberto también participó. Su padre le castigó sin paga durante cuatro fines de semana seguidos. Se creía que así evitaría que se comprase los espráis. Pero no le sirvió de nada, porque, como buen grafitero, conocía multitud de alternativas. Rotuladores, pintura plástica, tizas, velas, destornilladores para chapas, piedras, bujías y fresadoras para rayar cristales, ácidos para corroerlos... Hubo hasta juicio. Casi todos tuvieron que hacer servicios a la comunidad, limpiando vallas y barriendo calles, además de pagar un pastón de multa. Algunos no volvieron a pintar un graffiti en su vida, pero los gemelos y Roberto parecía que lo llevaban en la sangre, no podían ver un trozo de muro sin dejar su sello personal. Eso sí, nunca dibujaron en los muros artificiales que la Junta Municipal había colocado en algunos parques, ni participaron en

concursos con los que se quería llevar al redil a los artistas callejeros. A ellos lo que les atraía era el riesgo de que les pillasen, quedar para echarse unas piezas en los sitios más peligrosos, y dejar sus firmas como el artista que deja un autógrafo. Echarse unos tags en los vagones del metro cuando los encerraban en las cocheras era la hazaña de la que más habían fardado.

-oOo-

Kiko se durmió con la determinación de no levantarse hasta el mediodía. Había quedado con sus amigos en comer en la piscina, para celebrar la vuelta de las vacaciones de la mayoría de ellos.

Hasta que no cerrasen el polideportivo por la tarde, no tenía intención de ir al hospital. Entonces, y solo entonces, le llevaría a su hermano el móvil y el ordenador, no cuando a él se le antojase. No había por qué correr tanto.

Capítulo 36

A las doce de la mañana, Dafne se despertó sobresaltada. Era la primera vez en todo el verano que su madre la dejaba dormir hasta tan tarde. El día anterior habían terminado las clases particulares, porque el lunes comenzaban los exámenes. Su madre debió de creer que ya estaba bien del suplicio de levantarla a las nueve y media incluso los fines de semana.

Cualquier otro día habría pensado que aún era pronto para salir de la cama, pero aquel sábado hubiera deseado levantarse más temprano que nunca. Quería consultar cuanto antes la bandeja de entrada de su correo electrónico, en busca de la respuesta a los correos que había escrito Paula la tarde anterior para Roberto y para *El que faltaba por aquí*.

Por supuesto, lo primero que hizo nada más poner el pie en el suelo fue dirigirse a la mesa, encender el ordenador y pinchar el símbolo de su navegador de internet.

Mientras se realizaba la conexión, se dio cuenta de que la batería del móvil se había descargado durante la noche y se le había apagado. Acto seguido lo enchufó al cargador.

Al encenderse el teléfono comprobó que, a pesar de que Paula y ella creían haber previsto todas las posibilidades sobre las respuestas a los correos, había una que no habían barajado.

No había mensajes en la bandeja de entrada del correo electrónico. Tal y como habían imaginado que podía suceder, ni Roberto ni su impostor habían contestado. Pero en el móvil se encontró con un mensaje, enviado desde un número oculto, que cambiaba la situación por completo.

A Dafne le dio un vuelco el corazón. No podría explicar el por qué, pero antes de abrirlo supo que se trataba del Rata. Aquel mensaje le provocaba la misma sensación en el estómago que había sentido al principio de toda aquella historia: una especie de vértigo que no podía comparar con nada, excepto con la emoción de dejarse lanzar al vacío desde una de las instalaciones más altas del parque de atracciones.

Tenía que ser él.

Ninguna persona le había hecho sentirse de aquella manera excepto Roberto. Ni siquiera su impostor había conseguido nunca que el estómago le bailase así. Ahora se daba cuenta de que el falso Roberto siempre le había hablado midiendo las palabras, como si se estuviera conteniendo, cariñoso, sí, pero frío, sin coqueteos como el que se adivinaba en cada mensaje del verdadero Rata.

Pulsó el botón de abrir los mensajes con el corazón a doscientos por hora, conteniendo la respiración y rezando para que no le fallase su intuición.

Y, efectivamente, solo con un golpe de vista, incluso sin leer el texto, comprobó que su intuición había funcionado.

A diferencia de la forma en que escribía el impostor, el autor del mensaje había utilizado abreviaturas.

El texto, por otra parte, no dejaba lugar a dudas.

«No creas q m he olvidado d ti. Stoy n el hspital. Tescrivo desde el móvil de mi madre. Si fueras una wena chica vndrías a vrme. Habit 8 planta 8. No falts».

Su primer impulso fue llamar a su prima Paula para leerle el mensaje, pero no la llamó, se quedó leyéndolo una y otra vez, saboreándolo como si realmente se lo hubieran enviado a ella y no a Cristina, pensando que algunas cosas, de entre tantas mentiras que había vivido aquel verano, eran reales. Era verdad que Roberto se había enamorado de su hermana, y que lo que ella sentía por él no lo había sentido nunca por nadie.

Si *El que faltaba por aquí* no lo hubiera suplantado, ella habría conseguido que Roberto sintiese lo mismo que ella sentía por él, aunque no supiera con quién hablaba realmente, y creyese que era de Cristina de quien se había enamorado, como en esa historia que contó una vez en clase la profesora de francés, la de un hombre con una nariz inmensa que escribía versos para que un amigo, oculto tras el embozo de una capa, pudiera enamorar a una chica de la que él también estaba enamorado.

En aquella historia, la chica se enamora de los versos del que escribe, y no de los ojos bonitos del amigo. Igual le habría ocurrido, a Roberto.

Sí. Estaba segura, él habría terminado por enamorarse de sus mensajes si los hubiera leído. Habría experimentado el mismo vacío en el estómago que ella, la misma sensación de que el corazón iba a estallarle, el mismo deseo de gritar.

-oOo-

Dafne leyó una docena de veces el mensaje antes de llamar a Paula. Sería la última vez que podría saborear aquella sensación de que el Rata estaba pensando en ella cuando lo escribía.

El juego se había terminado.

Podría haber continuado con la farsa hasta que el verdadero Roberto cayera rendido a sus pies. Sin embargo, ahora sabía que en aquella partida, en la que creía haber marcado toda la baraja, participaban muchos más jugadores de los que podía imaginar. Algunos habían buscado la manera de colarse en el juego sin haber sido invitados, y a otros no podría evitar el daño que iba a causarles cuando descubriesen que también les habían repartido cartas sin saberlo.

Es difícil que la traición y la mentira desaparezcan sin llevarse con ellos algún herido.

Capítulo 37

—¿Estás segura, tía?

—Completamente.

—¿Y no sería lo mismo si le mandases un sms?

—No. No es lo mismo. Voy a ir.

—¿Y si no es él?

—Esta vez sí que lo es, Paula. Tengo que hablar con él aunque me cueste la vida. Si no me quieres acompañar no pasa nada.

—Que no es eso, tía. Es que creo que te vas a meter en la boca del lobo. ¿Y si te pega?

—¿Cómo me va a pegar! ¡Si está en la cama! Además, los tíos no pegan a las tías.

—Pero sí se lo encargan a otras tías. ¡A ver! Parece que no conoces a los malotes estos. ¿Y sus amiguitas las malotas? Como si no lo hubieran hecho ya otras veces... ¿O no te acuerdas de cuando rodearon entre varias a aquella niña del cole en el centro comercial? ¡Menudo susto le dieron las muy cerdas!

¡Bueno! Pues ya sabré yo cómo defenderme, pero tengo que decirle la verdad en persona ¿vale?

—¿Y no tienes que estudiar hoy? ¿Cuántos exámenes tienes el lunes? A lo mejor deberías repasar esta tarde ¿no?

—¿Quieres dejar de parecerme a mi madre, tronca? ¡Dímelo ya de una vez! ¿Vienes o no?

—¡Que sí! ¡Que voy! No seas petarda.

-oOo-

—¡Hombre, aquí están las que faltaban!

—¿Las que faltaban? ¿Por qué precisamente las que faltaban, so capullo?

—Joder, guapa, ¿a qué viene tanto mosqueo?

—Ni mosqueo ni leches. Tú a mí no me conoces de nada, imbécil. ¡A ver! ¿Por qué coño iba yo a faltar? ¿No será que *El que faltaba por aquí* eres tú?

—¡Pues no! Porque yo ya estaba aquí antes de que tú llegaras. Y claro que te conozco, guapa. A ti y a tu amiga, que no paráis de espiarnos. ¿O te piensas que no nos hemos dado cuenta? Si parecéis nuestra sombra, joder.

—¿Sombra de qué? ¡Niñato!

—Pero bueno, tía, ¿a ti qué mosca te ha picado?

—La misma que os ha picado a tu hermano y a ti este verano. Por no decir la que le ha picado también al hermano de Roberto, que seguro que está con vosotros en el ajo.

—¿Pero de qué ajo me estás hablando, chiquilla?

Dafne estaba paralizada. Mientras el gemelo que discutía con Paula se iba encendiendo, el otro no dejaba de mirarla. Le había guiñado un ojo nada más verlas aparecer en el vestíbulo del octavo piso, y se había colocado a su lado como si quisiera protegerla del chaparrón que estaba cayendo. En el momento más álgido de la discusión, se acercó a su oído y le dijo en voz baja.

—¿Y tú no hablas?

—Yo vengo a ver a Roberto.

Acababa de subir ocho plantas por las escaleras y apenas podía respirar, pero no quería que nadie pensase que estaba nerviosa, por lo que trataba de regular la respiración aspirando y expulsando el aire muy lentamente, una técnica que solía utilizar para evitar que le dieran la lata por su empeño en no subir en los ascensores. El gemelo que le guiñaba los ojos le puso la mano en la espalda y continuó hablándole en voz baja.

—Pues tranquilízate, que no suele comerse a las pibas flaquitas como tú.

—No estoy nerviosa, es que he subido por las escaleras.

—Ah, es verdad, se me había olvidado que tienes miedo a los ascensores.

Dafne se giró hacia él.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Yo sé muchas cosas, flaca.

Paula se cogió del brazo de su prima y la empujó hacia delante. Frente a ellas se abrían dos pasillos, a derecha e izquierda del vestíbulo, uno conducía a las habitaciones y el otro, que terminaba en la zona de quirófanos, estaba reservado para uso exclusivo del personal sanitario.

Paula continuó empujándola en dirección al pasillo de las habitaciones, cogida de su brazo y sin dejar de discutir con uno de los gemelos.

—No te hagas el sorprendido, macho, porque se te nota mazo que estás disimulando.

—¿Disimulando de qué? Vosotras sí que no sabéis disimular. ¡Espías de pacotilla!

Las dos primas se miraron como si se adivinaran el pensamiento. Cada palabra que pronunciaban los amigos del Rata confirmaba sus sospechas de que eran los impostores.

La discusión continuó mientras caminaban hacia la habitación.

—Vosotros sois muy listos los dos. Pero ahora veremos quién sabe más. Veremos si Roberto sabe quién es *El que faltaba por aquí*.

—Pero, bueno, ¿se puede saber por qué te jode tanto que haya dicho que sois las que faltaban? Lo he dicho porque ha venido un montón de gente a verlo.

—Pues ahora han venido dos más. Justo las que le van a decir a Roberto lo que ha pasado mientras estaba enfermo. ¡A ver si él sabe una mierda de lo que habéis hecho!

—¡Pero qué borde eres, chiquilla! ¿Y qué mierda se supone que tiene que saber?

—Vosotros sabréis, que sois los que lo sabéis todo, y os habéis estado haciendo pasar por él.

—¡Pero qué dices! ¡Tú no estás bien de la olla! ¿Dónde nos hemos hecho pasar por él?
—Ahora lo sabrás.

Capítulo 38

Aún no se había recuperado del esfuerzo de subir las escaleras, y a medida que avanzaban por el pasillo, y pasaban por delante de los cuartos que precedían al de Roberto, le costaba más trabajo respirar.

No podía creer que fuera a verle.

Cuando llegaron a su habitación, los latidos se le salían por la boca, por la nariz y por todos los poros de la piel.

Detrás de aquella puerta la esperaba la persona que había ocupado su mente desde aquel maldito día en que pasó por debajo de su brazo.

En una sala de espera cercana, se encontraban varios chicos y chicas del grupo de mayores.

Dafne entró en la habitación detrás del gemelo que le guiñaba los ojos, seguida de Paula y del otro gemelo. El cuarto no era demasiado grande. El padre de Roberto había conseguido que no tuviese que compartirlo con ningún otro enfermo, pero había dos camas y dos mesillas de noche que se convertían en mesas auxiliares extendiendo unos rieles.

A Dafne le sorprendieron las dos camas vacías. Esperaba encontrar a Roberto tumbado, inmovilizado por las escayolas de las que habían hablado sus amigos y su hermano Kiko en la piscina.

Pero aquella misma mañana le habían quitado las vendas del pecho, la escayola del brazo y la que le llegaba hasta la ingle, y le habían sustituido la de la otra pierna por un vendaje. Dafne se topó de frente con él al entrar en la habitación, sentado en una silla en la que le habían colocado varias almohadas, dos alrededor de los brazos, una en la espalda y otra sobre una banqueta en la que apoyaba la pierna vendada. Él se quedó mirándola fijamente y le sonrió.

En el pasillo que formaban las dos camas, estaban sus abuelos y su madre.

Dafne se horrorizó al pensar que su primer encuentro con el Rata, después de todo lo que había pasado, se efectuaría ante aquella multitud. Pero la madre y los abuelos de Roberto abandonaron la habitación, aduciendo que había demasiada gente allí para el enfermo y que se bajaban a la cafetería a merendar algo.

El gemelo que discutía con Paula fue el primero en hablar, se llamaba Eduardo, pero todos lo conocían por «el Pichichi» debido a la habilidad para meter goles en los partidos de fútbol que le caracterizaba desde que era pequeño. Llevaba el pelo de punta y los pantalones caídos hasta la

cadera.

—A ver qué te tienen que contar estas dos, que dicen que nos hemos hecho pasar por ti no sé dónde este verano.

Roberto no había dejado de mirar a Dafne desde que entró en la habitación. Sonreía como si todo aquello no tuviera nada que ver con él.

—No entiendo nada.

Dafne no podía hablar. Paula le dio unos pequeños golpes en un brazo, tratando de empujarla a decir cualquier cosa, pero su boca permanecía cerrada como si alguien o algo la obligara a callarse. Roberto seguía sonriendo.

—¿Me va a contar alguien qué pasa?

Al Pichichi se le habían subido los colores. Roberto no había escuchado su discusión con Paula, pero conocía muy bien a su amigo, sabía que tenía que haberse peleado con alguien.

—Bueno, ¿qué? ¿Qué es eso de que se han hecho pasar por mí este verano?

El Pichichi miró a las dos primas y se encogió de hombros. Nadie decía una palabra. Se miraban unos a otros como si cada cual cediera su turno al que tenía al lado, Dafne a Paula, Paula al Pichichi, y este a su hermano.

Roberto seguía sonriendo, como si todo aquello le divirtiese más que le intrigase o le irritase.

—¿Alguien se anima a decir algo?

El corazón de Dafne continuaba golpeándola tan fuerte que pensaba que los demás lo debían de estar oyendo.

Al contrario de lo que le pasaba normalmente, no le sudaban las manos ni se había puesto roja con aquella tensión, como le había sucedido al Pichichi, pero el párpado del ojo derecho le temblaba de tal manera que estaba completamente segura de que también tenían que verlo los que estaban en la habitación. Sobre todo Roberto, que no dejaba de mirarla fijamente a los ojos.

Paula levantó las cejas en un gesto de impaciencia, indicándole así que, llegados al punto en el que se encontraban, le tocaba llevar la batuta. Pero a Dafne le resultaba imposible. Seguía paralizada. Ni siquiera se atrevía a devolverle la mirada a Roberto. Al contrario, intentaba rehuirle escondiéndose detrás de su prima y del gemelo que había discutido con ella.

De no haber sido por Paula, que la empujó hacia delante hasta situarla justo enfrente de la banqueta donde el Rata reposaba su pierna vendada, no habría conseguido despegar los labios.

En aquel instante, se habría cambiado por cualquier persona que pasase por el pasillo del hospital, ya se tratase de una enfermera, de un familiar, o del más grave de los pacientes, aunque fuera en camilla camino del quirófano para que le operasen de la peor de las enfermedades. Pero sabía por experiencia que eso no sucedería. Que la tierra no podría tragársela, por mucho que lo deseara.

Y lo deseaba. Pero no hay escondite posible cuando la verdad empuja.

Ya no podía evitarlo más, tenía que hablar si no quería que Roberto la tomara por una idiota.

Tragó saliva. Le miró tratando de controlar la respiración y el temblor de su ojo derecho, y se atrevió a decirle:

—Venimos de parte de Dafne, soy su hermana.

Roberto volvió a mirarla a los ojos. Se le veía muy pálido, las ojeras se le marcaban hasta los pómulos, y el hueso de las cejas parecía más abultado que nunca. Había adelgazado.

Dafne retiró la mirada y señaló a Paula con un gesto de la mano.

—Esta es mi prima. Mi hermana nos ha encargado que averigüemos si algún amigo tuyo ha estado enviándole mensajes este verano como si fueras tú, utilizando el nick de *El que faltaba por aquí*.

Roberto no dejaba de mirarla ni de sonreír. Era una mirada parecida a la que ella creía que le dirigía a veces en el Chino. No parecía sorprendido, ni molesto, ni confuso, aunque simuló endurecer el tono de voz al preguntarle:

—¿Y por qué no ha venido ella para averiguarlo en persona?

—Está en Londres. Viene el lunes.

—Pues dile que no me gustan los recaderos. Que si quiere averiguar algo, que tenga lo que hay que tener y que venga ella misma el lunes a preguntármelo.

Dafne se dio la media vuelta. No podía soportar estar tan cerca de él. No podía controlar la respiración, ni el bombeo de su sangre, ni el latido del ojo derecho. Estaba claro que no debería haber ido a verle.

Antes de que Roberto pudiera decir nada más, cogió a Paula del brazo y salió con ella de la habitación al tiempo que contestaba.

—Vale.

Segundos después, en el pasillo que conducía hacia los ascensores, se cruzaron con el hermano de Roberto, quien las saludó como si las conociera de siempre. Llevaba un maletín en una mano y en la otra una bolsa de gimnasia. Eran las ocho y media de la tarde.

Paula se mordió la lengua hasta que llegaron al recibidor de los ascensores, donde se encontraba también la puerta que daba a las escaleras por las que había subido su prima.

—¿Pero tú eres tonta o qué, tía? ¿Para esto me has hecho venir? ¿No eras tú la que iba a contarle toda verdad aunque te costase la vida?

—No he podido, joder. ¿No has visto cómo me temblaba el ojo?

—¿Qué ojo?

—¡Este! ¡Mira cómo me tiembla! Se habrá pensado que soy una pipa y una pringada.

—Pues claro que se lo habrá pensado. Y de paso me has hecho quedar a mí como una imbécil. ¡No te tiembla nada! ¡Qué ojo ni qué mierda!

Y era cierto, aunque Dafne sentía el latido del ojo como si fuese un tic que tendría que apreciarse a simple vista, en realidad era más una sensación debida a su nerviosismo que un auténtico temblor que se apreciase desde fuera.

Paula la miraba sin poder dar crédito a lo que había pasado. Estaba a punto de apretar el botón de llamada del ascensor, cuando vio cómo se acercaban los gemelos desde el pasillo de las habitaciones. El que había discutido con ella se colocó a su lado.

—¡Qué prisa tenéis! Para mí que sabéis que habéis metido la pata y por eso salís corriendo.

Paula estiró el cuello y giró la cabeza hacia un lado, para dejarle muy claro que no quería escucharle ni hablar con él. Pero el Pichichi insistió.

—Yo que vosotras no me iría sin lo que habéis venido a buscar.

Las dos primas se miraron sin decir nada. Acababa de llegar el ascensor y Paula estaba sujetando la puerta para que no se cerrase. El otro gemelo se colocó al lado de Dafne.

—Roberto quiere veros.

-oOo-

El segundo gemelo se llamaba César, aunque todos lo conocían por «el Zamora» debido a su habilidad como portero de fútbol. Siempre llevaba las manos en los bolsillos.

Desde que eran pequeños, su padre les había entrenado a su hermano y a él como si algún día pudieran llegar a futbolistas profesionales. A su hermano siempre le tocaba disparar el balón desde el punto de penalti, y a él pararlo en la portería. Casi nunca fallaba, y cuando lo hacía era porque su hermano había conseguido un efecto con el que podría engañar hasta al mejor cancerbero de la Liga de Campeones. De manera que no había equipo que pudiera vencerlos cuando les tocaba jugar juntos en el mismo bando.

También llevaba los pelos de punta, aunque no tanto como el Pichichi. Pelirrojos los dos, y con cara de no haber roto nunca un plato, ni una taza, ni un vaso. A los dos se les escurrían los pantalones por la cadera dejando al descubierto su ropa interior.

-oOo-

Paula y Dafne los siguieron otra vez hasta la habitación de Roberto. Ellas en el centro y, los gemelos, uno a cada lado. Ninguna dijo una palabra.

Delante de ellos, una auxiliar de enfermera empujaba un carro de comedor repleto de bandejas con tapas de aluminio que contenían las cenas de los enfermos.

El olor a desinfectantes, medicinas y alcohol, que a Dafne no le resultaba demasiado desagradable, se transformó de pronto en una mezcla de vapores de tortilla francesa, pescado hervido y sopa de verduras.

Dafne comenzó a sentir náuseas. No sabía qué le repelía más, aquel olor a comida insípida o el hecho de estar siguiendo a los dos hermanos sin haber emitido ni una simple protesta.

Tenía razón el gemelo que había discutido con su prima: habían metido la pata. Y la idea de que Roberto pudiera someterlas a un interrogatorio, después de haber recapacitado sobre su extraña visita, la ponía tan nerviosa que estaba a punto de marearse. A estas alturas debía de pensar que era una niñata que no sabía ni hablar.

Cuando llegaron a la habitación, encontraron a Roberto frente a una de las mesillas auxiliares, en la que, en lugar de la bandeja con la tortilla, el pescado y la sopa, había un portátil abierto.

La bandeja que le acababan de servir esperaba en la mesilla que le correspondía a la cama vacía, con la comida cubierta por la tapa de aluminio abombada.

Casi sin levantar los ojos de la pantalla, el Rata les soltó a bocajarro:

—En este ordenador no ha entrado nadie más que yo. Ha estado apagado desde que ingresé en el hospital hasta hace cinco minutos, que me lo ha traído mi hermano. Nadie sabe la contraseña ni la ha sabido nunca. ¿Os ha contado Dafne qué es eso que me tenía que decir tan importante?

Las dos primas se miraron desconcertadas. Roberto giró el portátil hacia ellas y les enseñó la pantalla, donde se podían leer los últimos comentarios de *El que faltaba por aquí* en el muro de «Gasolina sin plomo».

Después se dirigió a Dafne y la miró a los ojos de la misma forma que la había mirado desde

que entró en la habitación por primera vez, como si buscara algo en ellos. No parecía molesto, pero se le había borrado la sonrisa que había mantenido hasta entonces.

—Dile a Dafne que tiene que buscar por otra parte. Ni mis amigos, ni mi hermano, ni yo, tenemos nada que ver con esto. Y dile también que utilice una clave que no pueda averiguarse con un simple programa.

Paula y Dafne se miraron desconcertadas. Antes de que pudieran decir nada, Roberto continuó hablando con los ojos clavados en los de Dafne.

—Ah, y otra cosa. La próxima vez que alguien pregunte por ella en el Chino, os aconsejo que os escondáis mejor. Se me olvidó decíroslo antes.

Capítulo 39

Cuando regresó del hospital, su madre la esperaba con cara de pocos amigos y con la escopeta cargada. Se examinaba el lunes de tres asignaturas y no había tocado los libros en todo el sábado.

La bronca no tuvo nada que envidiarle a las del resto del verano. En un solo segundo, se evaporó el recuerdo de las risas que las habían unido el día anterior, mientras disfrutaban la una de la otra junto a su prima Paula y a su tía, como si fuera hija única. Un segundo nada más para volver a sentirse el bicho raro de la familia, la irresponsable que lo único que tiene en común con su madre es la preocupación por los exámenes de septiembre. En su caso, la falta de preocupación, y en el de su madre, la falsa esperanza de que todavía no estuviera todo perdido.

Y estaba claro que ya no podía recuperarse nada, ni los exámenes, ni la posibilidad de conseguir que algún día Roberto se fijase en ella en lugar de empeñarse en Cristina, ni el tiempo, que se había evaporado como el agua cuando se deja en una cazuela en el fuego.

Y es que hay cosas que no esperan al día siguiente. Se van acumulando en el cesto de las cosas por hacer y acaban olvidadas y cubiertas de polvo.

Su madre había tratado de hacerle entender que no siempre es posible recuperar al día siguiente lo que no se ha hecho hoy. Había colocado los libros uno sobre otro para que se los encontrase así cuando volviese a casa. Una torre de ladrillos a punto de desplomarse al menor contratiempo.

Hasta que no vio aquella pila de libros, no reparó en que ya se había acabado el verano. Todo el verano.

El tan repetido «tengo mucho tiempo por delante» se había transformado en una sensación de manos vacías que no había forma de remontar.

Había tenido más de dos meses para preparar las últimas evaluaciones de siete asignaturas. No era demasiada materia, las habría recuperado si hubiese estudiado. Quizá no todas, pero sí las suficientes como para no tener que repetir curso.

Sin embargo, había sido incapaz de mirar a largo plazo, y ahora se enfrentaba a la certeza de que había perdido aquellos dos meses y medio.

No sabía cómo superar aquella sensación de fracaso que se volvió contra su madre y contra los libros que le esperaban encima de la mesa como una acusación.

En lugar de agachar la cabeza, y admitir el error, se enzarzó con Teresa en una de sus broncas.

Nada más entrar en el salón, señaló los libros y miró a su madre con un gesto de desprecio.

—¿Qué mierda se supone que es esto?

—Tú sabrás. No soy yo la que tiene que examinarse pasado mañana. ¿Dónde has estado? ¿A quién le has pedido permiso para salir?

Dafne había aprovechado que su madre había preparado una de sus tardes de cine para quedar con Paula e ir al hospital. Pero no contaba con que Teresa había cambiado de planes en el último momento y regresó a casa antes de lo que Dafne había calculado.

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Cómo no me va a importar? Te estás jugando el curso. ¿Es que no te das cuenta?

—¡Tú sí que no te das cuenta de nada! ¡Nunca te ha importado lo que me pasa! ¡Estoy harta! ¡Harta! ¡Harta! ¡Harta!

Y comenzó a llorar mientras gritaba dándose golpes en la cabeza.

—¡No puedo más! ¿Por qué me tiene que pasar todo siempre a mí? ¿Por qué? ¡No es justo! ¡Todos os habéis vuelto contra mí!

Teresa trató de acercarse para calmarla, pero antes de que lo pudiera evitar, Dafne tiró al suelo los libros con toda la furia que pudo descargar en un puñetazo.

—¡No tienes ni idea de lo que estoy pasando, joder! ¡Me va a estallar la cabeza! ¡Déjame en paz! ¡Quiero morirme!

El mundo entero tenía la culpa de que hubiera pasado el verano encerrada. Ella solo era una víctima de las manías de los profesores y de la presión a la que la había sometido su madre para que estudiase.

La vida le resultaba tan injusta que no podía admitir ninguna responsabilidad en lo que le estaba sucediendo. Ni en los suspensos, ni en su comportamiento con Teresa en los últimos tiempos, ni en la mentira en la que había vivido desde hacía meses, ni en no haber sabido evitar que la historia con Roberto le hubiera estallado en la cara.

Para todo encontraba una explicación que darse a sí misma.

Si le había faltado al respeto a su madre era porque ella no la comprendía. Si había suspendido siete evaluaciones era porque no podía soportar las injusticias del colegio. Si no había aprendido nada con la profesora particular era porque no había sabido enseñarle. Y si la farsa que había montado para atraer al Rata había salido mal era porque se había metido por el medio un desconocido que lo había estropeado todo.

No tenía la culpa de que todos se hubiesen puesto de acuerdo para volverse en su contra. La rabia no la dejaba ver otra cosa que enemigos por todas partes. Ni un solo error que pudiera achacársele a ella.

—¡La vida es una mierda!

Teresa trató de ayudarla. Pero mientras más dulcemente le hablaba su madre, más se encerraba ella en su furia.

—Tienes que mirar dentro de ti misma. Es ahí donde está el problema, no en los demás.

—¡Déjame en paz!

—Pero, hija, no lo comprendes, no puedes convertirlo todo en una tragedia.

—¡Que me dejes, joder!

No hizo ni un solo gesto de acercamiento para tratar de entender lo que Teresa le decía. Ni una palabra que pudiera interpretarse como un sencillo mea culpa, ni una actitud que pudiera

confundirse con una señal de arrepentimiento. Nada que mostrase la sensación de vacío que empezaba a pesarle como una piedra. Únicamente gritos, llantos y acusaciones. Y una distancia cada vez más grande con el resto del mundo.

Delante de Teresa mantuvo hasta el último momento la postura de la víctima con la que se ceban todos los males de la tierra, no podía hacer otra cosa.

Pero la frustración y la sensación de culpa fueron en aumento cuando, después del último «déjame» que le dirigió a su madre, se encerró en su habitación y se encontró sola en la cama.

No solo tenía la casi total seguridad de que en un par de semanas comenzaría las clases en el mismo aula que el curso anterior, lo que suponía separarse de Paula y volver a pertenecer al grupo de pequeños, a quienes ahora ella consideraba unos pipas que solo sabían jugar con los móviles y con los mp3, sino que ni siquiera había conseguido que Roberto la conociera, aunque solo fuera por dentro, a través de las cosas que le había dicho a su impostor.

Todo el verano perdido para nada. O mejor dicho, para darse cuenta de que, por mucho que queramos evitarlo, el tiempo corre siempre en contra.

Y para colmo, la historia de *El que faltaba por aquí* no hacía más que complicarse. El gemelo que discutía con Paula las había acompañado hasta la plaza tratando de congraciarse con ellas. Les había contado que había salido una noticia en la televisión sobre una red de pederastas que captaban a sus víctimas en internet. La televisión había dicho que los pederastas se ganaban la confianza de los chicos poco a poco, y que terminaban averiguando todo sobre ellos. La ciudad en la que vivían, su dirección, y los datos sobre los miembros de su familia; y lo que era más importante, las razones que podrían utilizar para someterlos a un chantaje para que acudieran a sus citas.

Dafne no quería ni pensar que ella ya le había proporcionado a *El que faltaba por aquí* casi todos esos datos. Y los que no le había dado ella, los había averiguado Dios sabe cómo. Incluso conocía el pueblo de los abuelos, y se había ocupado de demostrarle que, igual que había ido hasta allí, podría cumplir su amenaza de llamar a Teresa.

Paula había sugerido que acudiesen a la policía, pero eso sería agravar el problema. Su madre no podía enterarse de aquella historia. Había utilizado el ordenador de sus hermanas a pesar de que ella se lo había prohibido expresamente. Le había cogido el móvil para hablar con él sin tomar precauciones de que no pudiera quedarse con su número de teléfono.

Y había utilizado el nombre de Cristina, sus books, y las fotos antiguas de su familia para subirlas al facebook. No. Su madre no podía saber nada de eso. Dafne lo sabía, y el impostor también.

Estaba tan aterrorizada que ni siquiera se atrevía a meterse en internet para ver si había enviado un nuevo comentario, o para intentar quitar las fotos. No sabía qué hacer. Las ideas le bailaban en la cabeza fuera de control. La sensación de que tenía todos los frentes abiertos al mismo tiempo agudizaba su sentimiento de fracaso. Su madre, los exámenes, Roberto, el que le había suplantado, y Cristina, que volvía al cabo de dos días. Las cosas no podían estar peor.

Capítulo 40

Llevaba más de dos horas tratando de ordenar sus pensamientos cuando se levantó desesperada y encendió el ordenador.

Casi sin pensarlo, se encontró de repente metida en internet, enviándole un mensaje a Roberto desde su verdadera cuenta de correo electrónico.

«Hola. Soy la hermana de Dafne. Me ha encargado que te diga que gracias por la información y que te mejores. Ella no tiene saldo ni batería. Por eso no te llama. Besos».

No esperaba respuesta hasta el día siguiente, ya que eran más de las dos de la madrugada, pero el Rata le contestó de inmediato pidiéndole que se conectase al messenger y que le agregase a su lista de contactos.

Dafne inició la sesión de su messenger con la misma agitación que cuando le envió el primer correo al Rata, cuando le adjuntó la foto de los ojos. Era la primera vez desde que le conocía que hablaría con él con su propio nick, sin hacerse pasar por otra persona.

—¿Qué tal estás?

—Bien. Dile a Dafne que he averiguado muchas cosas sobre el que faltaba aquí. Que si quiere saberlo tiene que venir a verme cuanto antes.

—¿Vendrá el lunes.

—Pues dile que se conecte a internet mañana.

—No puedo, estoy sin ordenador.

—Pues que me llame.

—Se le ha roto el móvil. Pero yo hablaré mañana con ella. Me puedes contar a mí lo que has averiguado? Ella me lo cuenta todo, sabes? Seguro que prefiere que yo le adelante algo.

—No puedo. Tiene que estar con el ordenador delante.

—¿Y no me lo puedes mandar en un adjunto?

—No. Pesa mucho. Y estoy usando una tarjeta para conectarme que es mazo de Internet. Pero no lo puedo enseñar si vienes al hospital. Puedes venir por la tarde?

—Creo que sí.

—OK te espero a las 8 y media.

Al día siguiente era domingo. El lunes comenzarían los exámenes.

Dafne se levantó en cuanto oyó a su madre trastear por la cocina, se preparó un vaso de leche con cacao, se tomó unas galletas sin decir nada y fue al salón.

Teresa la siguió con la mirada hasta que vio cómo recogía los libros del suelo y los colocaba formando la pila que había tirado la noche anterior.

Le había dado los buenos días con cara de «lo siento mamá, no debería haberlo hecho», pero sin decir una sola palabra sobre lo que había sucedido. Teresa le había contestado con un beso en la frente, como los que solía darles a sus cuatro hijas para comprobar si les ponía el termómetro cuando se encontraban mal.

Hasta la hora de comer, Dafne se dedicó a resolver ejercicios de matemáticas y a repasar los temas que le habían quedado de naturales. Después de la comida volvió a colocarse delante de los libros, cogió el cuaderno de plástica y se puso a dibujar láminas utilizando únicamente puntos y rayas, o figuras geométricas.

A las ocho de la tarde, su madre tenía que ir a la estación para recoger a Lliure, a Lucía y a Trufi, que volvían del pueblo después de casi mes y medio de vacaciones. Dafne estaba segura de que si Teresa la veía aprovechar el tiempo durante todo el día, la dejaría salir cuando ella se marchara.

Y así fue. Poco antes de que llegase la hora, Dafne le preguntó si podía quedar con Paula un rato.

—Después de cenar me pondré otra vez a estudiar. Mañana tengo que entregar los trabajos de plástica. De mates y de naturales solo me quedan unos cuantos temas. Cuando salga del examen me vengo corriendo y me pongo a empollar los exámenes del martes. Si solo me quedan dos, podré pasar de curso. Aunque intentaré sacarlas todas, ¿sabes?

—¡Está bien! Pero a las diez en punto, en casa.

Capítulo 41

A las ocho y media de la tarde de aquel domingo, Dafne estaba pisando casi sin resuello el último peldaño de la escalera que conducía a la octava planta del hospital, donde se encontraría por primera vez a solas con Roberto. Ocho pisos que hubiera subido sin esfuerzo si tratase de vencer su fobia a los ascensores, tal y como le aconsejaban todos.

Pero el miedo no se vence a voluntad, ni siquiera cuando tratamos de convencernos de que no hay otro camino que quererlo para poder romper las cadenas que nos atan a nuestros propios fantasmas. Y Dafne no tenía la más mínima esperanza en que ella pudiera liberarse de los suyos, por mucho que lo quisiera. Es más, ni siquiera sabía si lo quería de verdad. Sus miedos eran suyos. Y con ellos había que quererla.

No obstante, aunque el terror a los ascensores fuese algo contra lo que se negaba a luchar, aquella tarde trató con todas sus fuerzas de superar otro desafío, otro imposible que le producía la misma o parecida tensión: tenía que subir sola a ver a Roberto. Y así lo hizo.

Había quedado con Paula en la puerta de su casa para que la acompañase. Sin embargo, al llegar al hospital lo pensó mejor y le pidió a su prima que la esperase en la calle.

Empezó a subir con la mejor de las predisposiciones. Cada escalón suponía un paso más hacia el momento en que se enfrentaría definitivamente con la verdad. Pero no había llegado aún al último tramo cuando ya se había arrepentido de haberle dicho a su prima que se quedase abajo. Por mucho empeño que quisiera ponerle, y lo quería con toda su alma, si volvía a bloquearse como la tarde anterior, no tendría quién la sacase del aprieto.

Al llegar al vestíbulo de la octava planta, permaneció durante unos segundos con la puerta de la escalera entornada, tratando de aclarar sus ideas mientras recobraba el aliento, dudando entre volver a bajar o dirigirse hacia el pasillo de las habitaciones.

Todavía no se había decidido cuando vio acercarse al gemelo que siempre le guiñaba un ojo. Llevaba las manos en los bolsillos y una gorra de béisbol con la visera hacia atrás.

—¿Qué pasa, flaca? ¿Vienes o vas?

Dafne se puso derecha y tomó aire antes de responderle.

—Vengo. Y no vuelvas a llamarme flaca, ese no es mi nombre.

—Ya lo sé. Tu nombre es tan bonito como tú. Por cierto, yo me llamo César, aunque casi todos me dicen Zamora.

—¿Y tú por qué sabes mi nombre?

—Porque sí. Aunque yo prefiero llamarte flaca. ¿O prefieres cariño?

—Yo ya tengo quien me llame cariño, gracias.

—Me imaginaba que terminaría siendo así. Aunque tenía que intentarlo por si acaso. ¿No te parece?

—¿Que te imaginabas qué?

—Bueno, más que imaginar, casi casi podría haberlo asegurado. Ya oíste a mi hermano ayer. Nosotros sabemos más de lo que tu prima y tú os creéis.

—¿Qué sabes? ¡Suéltalo ya, joder! ¡Ya te vale con querer hacerte el interesante!

César había llamado al ascensor. Lo había dejado pasar un par de veces mientras hablaban, hasta que, en un momento determinado, cuando vio que llegaba vacío, sujetó las puertas. Antes de que Dafne pudiera reaccionar, se acercó a su oreja de la misma forma que la tarde anterior y volvió a decirle flaca en voz baja. Después se metió en la cabina y le guiñó un ojo mientras desaparecía detrás de las puertas correderas.

Era la segunda vez que los gemelos presumían de saber algo que parecía tener que ver con ellas. Dafne se sentía tan vulnerable que otra vez estuvo a punto de volver por donde había venido.

Pero no podía dejar las cosas a medias. Tenía que enfrentarse a uno de los fantasmas que más le preocupaban de todos los que había conseguido acumular en los últimos meses. Esta vez no podía echarse atrás. No saldría de la habitación número ocho sin haberle contado a Roberto lo que había ido a contarle.

Capítulo 42

En «Gasolina sin plomo», sobre un comentario de *El que faltaba por aquí*, habían colgado el día anterior la foto de un señor, de entre cuarenta y cincuenta años, que Dafne aún no había visto. Continuaba sin haberse metido en el facebook. Además del miedo que le producía, le repugnaba la idea de volver a contactar con el impostor, y tenía la absurda creencia de que si ella no entraba en aquella página web, él tampoco lo haría.

Como siempre, el Rata la miró directamente a los ojos mientras giraba hacia ella el monitor del portátil.

—Ya te dije que nosotros no teníamos nada que ver con esto.

Debajo de la fotografía, un comentario del falso Roberto resaltaba a grandes letras «Alguna vez tenías que volver a verme. ¿De qué tienes miedo?». Roberto no dejó de mirarla desde que Dafne entró en la habitación. Le enternecía su respiración entrecortada y las pequeñas gotas de sudor que le corrían por todas partes. Se había convertido en una chica preciosa. Llevaba puesto un vaquero y una camiseta que le dejaban al aire el ombligo. Sin piercing y sin tatuajes todavía. Se le notaba mucho los esfuerzos que hacía para corregir su tendencia a encorvarse.

Llevaba un buen rato en la habitación cuando se atrevió a mirarle a los ojos. A Roberto le impresionó su expresión, a medio camino entre la candidez de las niñas del grupo de pequeños y el descaro de las mayores, pero con mucha más fuerza en los ojos. Unos ojos del color del chocolate con leche, grandes y felinos, que no tenían nada que envidiar a los azules que había tenido en su monitor como salvapantallas durante un tiempo.

Dafne permaneció unos segundos contemplando el portátil y después levantó la vista para volver a mirar a Roberto.

A él le habría gustado seguir observándola, pero recorrió el camino contrario al que había recorrido ella. De los ojos de Dafne volvió a la pantalla y al motivo por el que le había pedido que fuese a verlo.

—¿Por qué dice que algún día tenías que volver a verlo? ¿Lo conoces?

—Creo que sí. No lo sé. Me suena mucho su cara, pero no tengo ni idea de dónde lo he visto antes.

—El caso es que a mí también me suena.

—¿Se lo has enseñado a tus amigos?

—¡Sí! Pero ni el Pichichi ni el Zamora lo conocen.

—¿Y tu hermano?

—Kiko tampoco. Pero mira esto.

Roberto había tecleado una dirección web en su buscador. El monitor mostraba un mosaico de fotos bajo las que aparecía el nombre de *El que faltaba por aquí*. Se trataba de composiciones, realizadas con un programa de tratamiento de la imagen, en las que se veía a la misma persona que había colgado su foto en «Gasolina sin plomo», acompañada de varios miembros de la familia de Dafne. Había algunas fotografías en las que estaba con sus hermanas mayores, con su madre y con sus abuelos y, sobre todo, con su hermana Cristina. Ninguna en la que apareciesen ella o Lucía.

Dafne las contempló con los ojos abiertos como platos.

Estaba a punto de que se le saltasen las lágrimas cuando Roberto le cogió la mano derecha y tiró de ella hasta que la acercó al borde de la cama para que se sentara.

—No te preocupes, están trucadas. ¿Sabes si Dafne colgó estas fotos de tu familia en su blog?

—Supongo que sí.

—Pues este pibe las ha retocado para aparecer él también. Dile a Dafne que tenga más cuidado a partir de ahora. ¿Nunca se os ha ocurrido investigar sobre los que os hablan por internet? No hay que fiarse de todo el mundo, tía, que no somos unos pardillos.

Roberto la miraba fijamente, como si quisiera añadir algo a sus palabras con aquella forma de mirarla.

—Díselo a Dafne de mi parte. Las cosas no son lo que parecen muchas veces.

Dafne pensó que había llegado la hora de la verdad. No podía desaprovechar aquel momento para contarle lo estúpida que podía llegar a ser, incluso sentía como si Roberto se lo estuviera pidiendo. Era como si entre ellos hubiera una relación que existía mucho antes de que hubiera ido a verle al hospital. Como si se dirigiera a ella de la misma forma que le hablaba al personaje que había inventado, o mejor aún, como si realmente no hubiera existido nunca tal personaje.

No sabría explicar el por qué, pero experimentaba la sensación de que, en ese preciso momento, entre ellos podría ocurrir un milagro.

Al menos eso era lo que Dafne deseaba.

Él no dejaba de mirarla a los ojos.

—Así que tu hermana te lo cuenta todo... ¿Y hacéis las mismas tonterías?

—Verás, Roberto. Yo... Tengo que decirte una cosa...

Antes de que pudiera terminar la frase, se oyó cómo llamaban a la puerta de la habitación con unos pequeños golpes. Acto seguido, sin esperar respuesta, entró la auxiliar de enfermera con una bandeja en la mano, que colocó en la mesilla que quedaba libre.

—¡A ver, señorito, a cenar!

Detrás de ella, como si se hubieran puesto de acuerdo para llegar todos juntos, entraron los padres y el hermano de Roberto.

El Rata cerró el ordenador y le pidió a su madre que le acercase la cena. Tenía hambre.

Al levantar la tapa de aluminio que protegía la comida, el vapor de la sopa se diseminó por toda la habitación.

Dafne volvió a sentir náuseas. No sabía qué hacer. Si no hubiera sido porque Roberto no dejaba de mirarla, habría salido de la habitación detrás de la enfermera.

Saludó a los padres de Roberto con un «hola» y se colocó al lado de la puerta para escapar de

allí cuanto antes.

La madre de Roberto se sentó en la silla del acompañante nada más llegar, y su padre y su hermano se apoyaron en el borde de la cama frente a Roberto, justo en el lugar donde Dafne había estado sentada hacía un momento.

La situación llegó a ser tan incómoda que decidió marcharse de allí enseguida. Estaba claro que había perdido su oportunidad.

Pero cuando puso la mano en el pomo de la puerta, observó cómo Roberto le pedía a su familia con un gesto que los dejaran solos.

Una vez que todos hubieron salido de la habitación, el Rata volvió a mirarla como si entre ellos hubiera algo más que las dos visitas que le había hecho al hospital hasta entonces.

—Soy todo tuyo. ¿Qué tenías que contarme?

Dafne no pudo contestar. Le miró a los ojos y salió corriendo.

Llegó a la calle con la cara tan roja como los pimientos que asaba su madre, sin poder respirar, después de haber bajado de dos en dos los peldaños de las escaleras.

Capítulo 43

—¡Yo lo flipo, tía! ¡No me lo puedo creer! ¿Has sido capaz de irte sin decírselo? ¡Pero si te lo estaba poniendo a huevo!

—¡Ya te digo! De verdad, no sé qué me pasó. Cuando entraron sus padres se perdió la magia.

—¡Qué magia ni qué magia! Eres una cagada. Pero eso sí, en la vida me vuelves a convencer para que venga contigo. Y para colmo, otra vez he tenido que comerme las chorradas de uno de los gemelitos.

—Lo siento, tía, no he sido capaz ¿vale?

—Yo sí que lo siento, colega, porque lo malo es que estos tíos se huelen algo, te lo digo yo. Y encima no has averiguado una mierda sobre *El que faltaba por aquí*.

—He averiguado que lo conozco de algo.

—Sí, pero para ese viaje no habían hecho falta estas alforjas.

—¡Joder, Paula! No empecemos con tus refranes.

—¡Claro! A ti no te gustan mis refranes, pero eres incapaz de averiguar nada tú solita. Lo que te ha dicho a ti Roberto también me lo ha dicho a mí el Pichichi.

—¿El Pichichi? ¿Y esas confianzas? ¿No decías que era un capullo?

—¡Y lo digo! Pero ¿seguirá llamándose el Pichichi?

—Yo creía que se llamaba Eduardo.

—Bueno, pues Eduardo, qué más dará.

—¿Y qué te ha contado Eduardo, el Pichichi?

—Que han rastreado el nick del tiparraco ese y han encontrado un blog suyo, donde ha colgado mazo de fotos trucadas en las que aparece tu familia. ¿Te ha enseñado las fotos? ¿Conoces a ese cerdo?

—No lo sé. Pero estoy segura de que lo he visto en alguna parte ¿sabes?

—Pues esa es la mejor noticia, tía. ¿Y sabes una cosa? ¡Que lo vamos a comprobar ahora mismo! Si tú lo has visto en alguna parte, seguramente, yo también. Mándale un sms y le dices que lo esperas en la fuente de la plaza en veinte minutos. Y esta vez sí que lo vamos a pillar. Hasta nos vamos a acercar.

—¿Y qué le decimos?

—Tú nada, que a ti te conoce la voz. Yo le preguntaré la hora y tú lo grabas con el mp3 y le

haces una foto con el móvil. De momento, solo se trata de saber dónde hemos visto a ese tío, si es que lo hemos visto. Y si se trata de la misma persona con la que has hablado por teléfono.

—¿Y si me conoce a mí?

—No lo creo. No hay fotos tuyas en ninguna parte. Él esperará a Cristina, no a ti. ¡Venga! ¡Dame el móvil!

Dafne le entregó el teléfono a Paula y esta le envió un mensaje a *El que faltaba por aquí*, citándolo en veinte minutos, que él contestó inmediatamente.

—Tardaré un poco más, pero allí estaré.

Las dos primas se encaminaron hacia la plaza con el corazón en un puño. Paula le devolvió el teléfono a Dafne y se colgó de su brazo.

Dafne puso sus manos sobre las de ella y se apretó contra su cuerpo como si buscara protección.

—¿No tienes miedo?

—¡Estoy cagada!

—¿Y si es un pederasta?

—Eso no podemos saberlo solo con verlo. El siguiente paso será llamar a la poli. No nos va a quedar otro remedio. Lo conozcamos o no, no sabemos de qué va, y puede ser que esté haciendo lo mismo con otras chicas.

—Pero yo no puedo ir a la poli, primero tendría que hablar con Roberto, y con mi madre y mi hermana.

—Bueno, no nos pongamos nerviosas, tampoco tenemos que ir hoy precisamente. Esperamos a que venga Cristina y a que termines los exámenes, y luego vamos con las fotos a la comisaría. Pero tienes que hablar con Roberto ¡ya!

-oOo-

Cuando llegaron a la plaza, encontraron a los gemelos fumándose un cigarro, sentados en el brocal de la fuente. Paula supo de inmediato quién era cada uno, porque había estado hablando con Eduardo mientras esperaba que Dafne bajara de la habitación de Roberto. Iban vestidos diferentes, pero de todos modos los habría distinguido, el Pichichi era más altanero. Paula se dirigió hacia ellos, los saludó y les habló como si tal.

—Troncos, hacednos un favor, dejad la fuente libre.

El Pichichi intuyó que algo pasaba y se bajó del brocal. La delataba su tono de voz, mucho menos agresivo que el que solía utilizar normalmente con él. Estaba claro que aquello no era cosa de broma.

—¿Qué pasa? ¿Qué gilipollez vais a hacer? ¿No habréis quedado aquí con el viejo ese, verdad? ¡Ya sabía yo que no ibais a esperar a que volviera Dafne de Londres!

Paula se disponía a contestarle con un «joder, macho, no me seas adivino», cuando el otro gemelo les interrumpió, al tiempo que se bajaba también del brocal.

—Mirad disimuladamente a vuestra izquierda. El tipo del blog se está acercando.

Dafne y Paula se cogieron del brazo y se volvieron de espaldas. Fue instintivo, porque lo más probable sería que *El que faltaba por aquí* no las conociera, y no hubiera hecho ninguna falta que

se escondiesen. A quien él esperaba encontrar era a Cristina. Pero, aunque las hubiese conocido, no tendría nada de particular que las encontrase en la plaza con unos amigos.

El gemelo al que llamaban el Zamora, César, se colocó frente a ellas.

—¿Cuál era vuestro plan?

Dafne sacó del bolso el mp3 y señaló el botón de grabar. No podía articular palabra. Llevaba el móvil en la mano. Paula se los cogió y le entregó el mp3 al Pichichi y el móvil al Zamora. A continuación le dijo a cada uno cuál era su cometido.

Primero al Pichichi, después a su hermano y finalmente a Dafne. En cuestión de segundos, había organizado la posición de cada uno.

—¡Eduardo! Tú te quedas aquí conmigo, y lo grabas con el mp3 mientras yo le pregunto la hora. ¡César! Tú hazle unas cuantas fotos con el móvil al mismo tiempo, para que quede constancia de que he hablado con él; procura que no te vea cuando las haces, vete a los soportales y se las haces desde allí.

Acto seguido, miró disimuladamente al hombre que se acercaba desde los soportales y se dirigió a su prima.

—¿Te suena de algo? A mí sí. Pero no tengo ni idea de qué. Vete con el Zamora a los arcos. Cuando te cruces con ese cerdo fijate bien en él, a ver si recuerdas dónde lo hemos visto, y luego te vuelves hacia aquí para que nosotros os hagamos una foto en la que salgáis juntos.

Una vez organizadas las posiciones, Paula se giró, se dirigió a la fuente, y se sentó en el brocal. El Pichichi se sentó a su lado mientras exclamaba:

—¡Chiquilla! ¡Qué energía! ¡Tú sí que tienes huevos!

Paula se inclinó hacia atrás, y simuló que perdía el equilibrio y que estaba a punto de caerse en el agua. El Pichichi se levantó sobresaltado.

—¡Joder, tronca, contigo no se para un momento! ¿Es que no hay nadie que te ate corto?

—Que te aten corto a ti, ¡no te jode el machista!

El Zamora cogió a Dafne de un brazo y fue con ella hacia los soportales. Estaba blanca como el papel de liar.

Las voces de Paula y del Pichichi se oían cada vez más fuertes. En realidad, Paula había provocado la discusión para que *El que faltaba por aquí* no sospechase qué hacían en la fuente. Eduardo había entrado al trapo sin problemas. Después de todo, parecía ya una costumbre. De hecho, también habían discutido hacía un rato, en la puerta del hospital, mientras esperaban a que su prima bajase de la habitación de Roberto.

Dafne apretó el paso cuando estaban a punto de cruzarse con el impostor. El Zamora se acercó a su oído y trató de tranquilizarla.

—Tranquila, flaca. No corras, todo va a salir bien. Está claro que no te conoce, si no, ya habría reaccionado.

-oOo-

El que faltaba por aquí caminaba hacia la fuente sin sospechar que tenía frente a él a la chica con la que había estado hablando durante todo el verano. Mientras avanzaban el uno hacia el otro, Dafne le miraba disimuladamente, tratando de averiguar de qué le conocía. Pero no conseguía

acordarse. Tenía que haberle visto en muchas ocasiones, porque aquella cara le resultaba bastante familiar. Sin embargo, estaba claro que no era una persona de su círculo cercano. No le conocía hasta ese punto. Podía tratarse de un vecino de casa de Paula con el que se hubieran cruzado varias veces en el portal. O de algún portero suplente de su bloque, de los que aparecen y desaparecen de un día para otro. O de algún conserje del colegio. O del conductor de algún autobús. O del dependiente de alguna tienda. O quizá de algún familiar al que hacía tiempo que no veía. Fuese quien fuese, estaba completamente segura de que le conocía. Pero no conseguía recordar de qué. Tenía ganas de llorar. Cuando aquel hombre envió los primeros comentarios a su muro, le había hecho sentirse la chica más feliz del mundo, y la había mantenido en una ilusión que después había roto en pedazos.

Le había contado sus penas y sus alegrías en miles de minutos de conversación por el facebook y por el móvil. El muy cerdo había hecho suyos los sentimientos que solo estaban destinados a Roberto. Sabía todo sobre ella. Un completo desconocido, que probablemente se había cruzado en su vida sin haberle dirigido jamás la palabra, conocía todos sus sueños y sus angustias.

Hubiera querido arrancarle los ojos en el momento en que se cruzaron. Casi se habían rozado. Él la miró cuando pasó a su lado como si también quisiera recordar dónde la había visto antes. A ella se le escapó una lágrima. El Zamora le recordó al oído que tenía que girarse hacia la fuente, desde donde Paula le guiñó un ojo mientras la saludaba con un gesto, lo que provocó que *El que faltaba por aquí* se volviese hacia ella para comprobar a quién estaba saludando. El Pichichi aprovechó aquel momento para tirar la mejor instantánea de su vida. Un adulto de más de cuarenta años y una niña de cerca de trece tratando de reconocerse en unas miradas que congeló la cámara en el momento justo de cruzarse.

Estuvo a punto de echarse a llorar, pero el Zamora le tiró del brazo para que continuase caminando hacia los soportales, y consiguió controlarse.

Segundos después, Paula se acercó al impostor y le preguntó la hora.

La plaza entera pareció enmudecer, para que el Pichichi pudiera captar en el mp3 la voz que Dafne identificaría más tarde, cuando Paula y ella se encontrasen a solas, como aquella voz grave que no parecía la de Roberto.

Permanecieron cada uno en su posición hasta que *El que faltaba por aquí* decidió que era hora de admitir que su cita había fracasado una vez más.

Cuando le vieron desaparecer por la calle opuesta a la de Paula, volvieron a reunirse los cuatro en la fuente.

El Zamora les enseñó la foto que había hecho con el móvil y les preguntó cuál sería el siguiente paso.

Dafne miró su reloj.

—¡Tengo que irme, mi madre me va a matar si no llego antes de la diez! Mañana vuelve mi hermana de Londres, hablaré con ella para ver qué hacemos. De momento, vamos a esperar.

El Pichichi alargó el brazo con la intención de escuchar la grabación del mp3, pero Paula se lo quitó de las manos.

—Ya has oído, hay que esperar. Se lo enseñaremos a Dafne cuando llegue, a ver de qué conoce ella a este mierda.

Acto seguido, le quitó también el teléfono al Zamora. Los dos gemelos se miraron un tanto

desconcertados y dijeron al mismo tiempo un incrédulo «¿nos vamos?» que Paula contestó de inmediato.

—Sí. Nos vamos. Mañana será otro día. Ahora, cada mochuelo a su olivo, que hay prisa.

Antes de encaminarse hacia la misma calle por la que había desaparecido *El que faltaba por aquí*, el Zamora le guiñó un ojo a Dafne, y el Pichichi se volvió hacia Paula.

—¡Pues nada, ya nos diréis qué ha dicho Dafne cuando le enseñéis la foto y la grabación! Y tú a ver si te tranquilizas un poco, chiquilla.

Nada más marcharse los gemelos, sonó la señal que indicaba que acababa de entrar un mensaje en el buzón del móvil de Dafne.

Paula abrió la tapa del teléfono y se lo enseñó a su prima:

«Sabía que no ibas a venir. Por eso voy a darte otra oportunidad. Pero será la última. Esperaré a que termines los exámenes. Pero el martes estaré en el mismo sitio a la misma hora. Si no vienes, hablaré con tu madre directamente, ya no puedo esperar más».

Capítulo 44

Paula acompañó a Dafne hasta la parada del autobús que se encontraba situada cerca del Chino y del colegio, la misma en que la había pillado la policía el día de la feria. Mientras esperaban, escucharon la grabación que corroboraba que aquella era la voz con la que Dafne había estado hablando durante casi dos meses. No sabían muy bien qué hacer. Aunque estaba claro que el martes deberían solucionar el problema.

Después de que Dafne tomara el autobús, Paula se fue andando hacia su calle. Los gemelos habían querido acompañarlas hasta la parada, pero ni su prima ni ella lo habían consentido, no necesitaban niñera, de manera que cada uno tomó su propia dirección, los gemelos la calle por la que desapareció *El que faltaba por aquí*, y Paula y Dafne la de la parada del autobús.

Cuando su prima se marchó, Paula volvió sobre sus pasos y se fue por el mismo camino que habían tomado los gemelos unos minutos antes. Caminó despacio, tratando de recordar cada detalle de aquella tarde tan larga. Recreándose en los momentos más emocionantes. Cuando ya estaba a dos pasos de su portal, después de haber pasado nuevamente por la plaza de la fuente, cayó en la cuenta de que había recorrido la mayor parte del trayecto pensando en la forma en que Eduardo la llamaba chiquilla. Si no fuera porque estaba segura de que sería capaz de intercambiarse con su hermano, le dejaría que le tirase los trastos. Era guapo el cabrón. Con aquel pelo rojo oscuro disparado hacia todas partes, y aquellas pecas que le sombreaban un poco la cara. No eran muchas, casi había que acercarse para poder distinguirlas, pero ella había notado que a él no le hacía maldita la gracia. Lo supo mientras esperaba a Dafne en la puerta del hospital y discutió con él como de costumbre. Él le había contado lo de las fotos del tipo ese, que, por cierto, mientras más lo pensaba, más le sonaba su cara, y le había vuelto a decir que ella y su prima eran unas detectives de pacotilla, que siempre se les notaba mazo lo que hacían, y que se habían dejado engañar por un menda que podía ser su padre. Ella le llamó entonces pecoso de mierda, y él hizo como que no la oía y se dio la media vuelta después de decirle «hasta luego, chiquilla».

A ella siempre le habían gustado los pibes con cara de atreverse a todo. Los malotes con los que nadie puede meterse porque saldría malparado al primer asalto. Y él, junto con su hermano el Zamora y su amigo el Rata, eran los más respetados del Chino. Se podría decir que de todo el barrio. Aunque ella tampoco se había quedado corta en la plaza. Los había dejado a todos con la

boca abierta. Sobre todo al Pichichi, que se había tenido que tragar lo de detectives de pacotilla. Ni ella misma podía creerlo. Si Dafne se enrollaba por fin con Roberto, quizás ella le diera una oportunidad a su amigo. Seguro que el chavalito es hierro por fuera y algodón por dentro. Así saldrán los cuatro juntos. Bueno, los cinco, porque el otro gemelo también se vendrá, claro. Pero ya nos encargaremos de buscarle un apaño. Y si hace falta, al hermano de Roberto también. Que nosotras tenemos más amigas que truchas hay en el río.

Ahora lo importante es que se deshaga la madeja. Hay que contarle todo al Rata. Si Dafne no se atreve tendré que contárselo yo. Y después habrá que hablar con Cristina y con la tía Teresa. Será la única manera de desenmascarar el martes al que faltaba por quién sabe dónde.

No podemos seguir con esta cagada por más tiempo.

Capítulo 45

¡Vamos, niña, despierta, que el primer examen lo tienes a las nueve y cuarto!

—¡Pero si son las ocho!

—Por eso. ¡Venga, a la ducha!

—Déjame cinco minutitos más. Luego me ducho por la noche.

—De eso nada, que ya me conozco yo esas duchas de por la noche. Al final te tiras días y días sin ver el agua. ¡Vamos!

—Cinco minutos, por favor.

—¡Está bien! Cinco minutos. Pero cuando te llame otra vez, te levantas sin que tenga que repetírtelo.

Dafne miró el reloj y se dio media vuelta en la cama. Los ladridos de Trufi se le metían en el oído igual que si fueran sierras mecánicas cortando metal. Tenía sueño, a pesar de que había dormido toda la noche de un tirón, como si no tuviera nada de qué preocuparse.

La noche anterior se había metido en la cama tratando de no pensar en nada, excepto en las matemáticas, las ciencias naturales y la lengua.

Antes de dormirse, se había dedicado a repasar mentalmente los temas que le habían quedado para septiembre. Si conseguía aprobar al menos cinco asignaturas, sería la persona más feliz del mundo. Después se ocuparía de Roberto y trataría de solucionar el problema con *El que faltaba por aquí*. Lo más urgente era recuperar las evaluaciones. Paula tenía razón. Y la tregua que le había concedido el impostor le dejaba casi dos días libres, para no preocuparse de él hasta después de los exámenes.

-oOo-

Lliure y Lucía habían vuelto aquella misma tarde, mientras Dafne visitaba a Roberto en el hospital. Traían las bolsas de la playa todavía llenas de arena, y decenas de conchas para regalar a unos y a otros. Le habían devuelto a la casa la actividad que desapareció el día en que se marcharon al pueblo. Los ruidos, las carreras, la música, las cenas con la bandeja delante de la

tele, las peleas por el sillón preferido por todas, las voces de su madre tratando de poner orden, y los besos de buenas noches. Las dos habían vuelto cambiadas. Lliure parecía más seria, más reservada, más parecida que nunca a su madre, y Lucía había crecido tanto que a Dafne no le extrañaría nada que empezase a participar en las horribles peleas con sus hermanas mayores. Una más en las discusiones de por qué te has puesto mi ropa sin pedirme permiso.

El avión de Cristina tenía prevista su llegada justo cuando Dafne se estuviese examinando de ciencias naturales. También volvería cambiada. Dafne temía tanto su reacción cuando se enterase de lo que había ocurrido en su ausencia que prefería no pensar en ella hasta que no la tuviese delante. Paula tenía razón, no hay que comerse la cena antes que la merienda.

Los cinco minutos que le había concedido su madre estaban a punto de expirar. Había que levantarse.

Pero estaba contenta aquella mañana. Nada que ver con la noche del sábado, cuando se metió en su cuarto con los ojos hinchados como globos de tanto llorar.

En el fondo, le daba pena su madre. Se le notaba que echaba de menos a sus hermanas mayores. Últimamente se la veía triste, como apagada, distinta. Dafne no podía negar que a veces hacía verdaderos esfuerzos por comprender lo que le estaba pasando, y que a su manera trataba de hacerle entender que todos los problemas tienen soluciones, solo hay que buscarlas. Pero es que su madre no podía entenderla, no podía saber que sus problemas eran algo más que problemas, eran una forma de sentirse, una forma de levantarse cada día y de respirar. Y por mucho que lo quisiera, Teresa no podía hacer nada para sacarla de aquella maraña de la que no sabía cómo salir.

-oOo-

El domingo había sido un día muy especial. Cuando llegó a su casa, después de su encuentro con *El que faltaba por aquí*, le envió un mensaje a Roberto desde su propia cuenta de correo electrónico, tal y como había hecho la noche del sábado. Quería contarle lo que había pasado en la plaza.

Roberto no tardó en contestarle más que unos segundos, parecía que la hubiera estado esperando. Como la noche anterior, volvió a pedirle que se conectase al messenger para hablar sobre el tema, él no tenía facebook ni intención de tenerlo. Parecía preocupado. Los gemelos ya le habían puesto al corriente de todo.

—No hubiera sido mjr sperar a k vuelva Dafne y lo solucione ella? Seguro k ese tipo es 1 delinquent.

—No. Dafne no ha visto ls últims comntarios d su muro. Ya t dije q ahora no tiene intrnet. Ella no sabe tvía q el q faltaba por aki no ers tú.

—El marts dberías ir a la plaza con la poli. Sabs algo más d él? Se ha vuelto a poner en contacto contigo?

—No. Solo el sms con lo dl marts.

—Weno, el marts ya stará akí Dafne y podrá ir ella. X q no le has contado nada x tfno? Tiene algo k ver con lo k ibas a contarm ayer?

Como la tarde anterior, Dafne volvió a sentir que entre Roberto y ella todo era posible. De

nuevo pensó que le estaba facilitando las cosas para que hablara con él sin tapujos. No sabía si se debía a su imaginación, o si Roberto le estaba pidiendo realmente que fuese sincera. Pero fuese o no fuese real aquella oportunidad, no podía dejar que se le escapase otra vez.

—Sí. Algo tien q ver.

—Y k ibas a contarm?

—Es algo q no t va a gustar. No sé cómo decírtlo.

—mpzando x el principio?

—Creo q vas a odiarm cuando t lo diga.

—Será difícil odiart. Xro tendrás k hacer la prueba. Solo tiens k decidirt a contarm la vrdad, xra saber k pasa dspués.

—Xro yo sé q m odiarás.

—Y yo sé k nunca podría odiar esos ojos.

—Mis ojos?

—Sí, tus ojos.

—¿Cómo q mis ojos?

—Tus ojos de gata.

En ese momento, Dafne cayó en la cuenta de que había sido una ingenua desde el principio hasta el final de aquella historia. ¡Cómo no lo había pensado antes! Si los propios gemelos se lo habían dicho dos veces. Estaba tan claro... No sabía cómo se había dejado engañar.

Había sido él el que le había pedido que fuera a verle, sin insistir demasiado en que solo le contaría a Dafne lo que había averiguado. Le había enseñado el facebook de «Gasolina sin plomo» sin ningún reparo porque a Dafne le pudiese molestar. Es más, le había ayudado a buscar al falso Roberto sin nombrar a su hermana prácticamente para nada, excepto en un par de ocasiones en que la miró a los ojos para pedirle que le dijese a Dafne que tuviese cuidado porque hay cosas que no son lo que parecen, y que fuese ella misma a verle en lugar de enviar recaderos. Tenía que haberle extrañado que él apenas pareciese sorprendido. Incluso parecía divertido cuando le dijo que la próxima vez se escondieran mejor.

Pero lo más claro de todo era que en ningún momento le había sorprendido a nadie su presencia en el hospital. Ni a los gemelos, ni a sus padres, ni a su hermano, ni la primera vez que fueron Paula y ella a verle, ni cuando acudió ella sola con la intención de confesarle la verdad. Más bien al contrario, parecía que las esperaban. Los gemelos lo habían dicho claramente: «ya están aquí las que faltaban». ¡Cómo no había prestado más atención a esos detalles!

Dafne se puso derecha en la silla y trató de no parecer enfadada.

—O sea q lo sabías!

Roberto debía de estar partiéndose de la risa a costa de su estupidez. Dafne imaginó sus carcajadas mientras volvía a teclear.

—K fuerte! Tas reído a gusto d mí. Starás contnto ¿no?

Por un instante deseó haber estado en el hospital para darle un bofetón en la cara con todas sus fuerzas. Un tortazo que mitigase aquella humillación, aquella sensación de derrota para la que no se había preparado.

Sin embargo, daba gracias a Dios porque Roberto no pudiese verla.

No quería llorar, no quería que le temblasen las manos, ni que se le torciese la boca mientras trataba de contenerse, mientras el mundo volvía a ponerse en su contra como si ella no tuviera

derecho a un solo minuto de felicidad.

Pasaron unos segundos hasta que la pantalla mostró la contestación de Roberto.

—Kerías tú reírte d mí? Sé sincera, tía. Atrévete a darme alguna verdad. Aunk solo sea 1.

Dafne pensó en la cancha de baloncesto, en las tardes del Chino, en la moto en la que Roberto había presumido de que era él quien estaba dándole un plantón, y en el piropo que le lanzó a Cristina recostado sobre el brocal de la fuente de la plaza.

No. Ella no quería reírse de él. Ella quería vengarse por no haber sido la destinataria de su piropo. Borrar de su mente el instante en que cruzó la puerta por debajo de su brazo, y aquellos otros en los que él pasó a su lado en el Chino sin verla. Quería que él conociese aquel mismo vacío. Que se sintiera invisible, pequeño, mudo, sin nada que ofrecer.

No. No quería reírse de él. Quería liberarse. Atraerle hacia ella para dejar que se despeñara después, cuando hubiera conseguido su objetivo.

Pero eso solo había sido al principio. Después, creyendo que lo estaba acorralando, fue colocando una trampa detrás de otra en su propio camino.

Dafne tomó aire antes de contestar.

—Sí. S pued darme q quise reírme d ti. Xero me salió fatal. Cómo lo averiguast?

—M lo pusiste muy fácil. La primera vez k no apareciste mpecé a rastrear x internet, nseguida m pispé d k tu hermana no podía ser Dafne. Stá medio saliendo con l pibe d su instituto k tb ha ido a Londres. Los gemelos lo conocen dl fútbol. Lo demás fue todo cuestión d mirar. Paula y tú disimulabais mazo d mal en el Chino. Además, tienes los ojos igualitos k tu hermana, aunk d distinto color. Unos ojos de gato preciosos.

—Eres un cabrón, sabes?

—Yo? Y tú k? Xk pensabas k t iba a odiar cuando m lo contastes? Xk eres 1 tía legal? Aunk tienes razón, dbería odiarte. Dbería hacer k t arrepintieras d tantos meses de comedia. Xro sabs lo k t digo? K yo sí t voy a darme la verdad. T la voy a decir aunk en otras circunstancias t habría hexo pagar caro lo k m has hexo. Xro no puedo odiar a la persona con la k he estado soñando todos los días mientras casi m muero. T xames como te xames xra mí siempre has sido Dafne. La piba k siempre se pone roja cuando la miro, ¡k m importa todo lo demás! He estado a punto de morir, ahora sé lo k es importante para mí y lo k no. Y tú sí lo eres, x muxas xorradas que haxas hexo.

Dafne apartó las manos del teclado y empezó a llorar. Le pesaba tanto la rabia como la indignación y la alegría por lo que acababa de escribir Roberto. No sabía si estaba enfadada con él o le habría abrazado si lo tuviese delante, si contestarle con un «vete a la mierda» o decirle que también ella había soñado con él todos los días desde que lo conoció.

Lo único que sabía era que no podía dejar de llorar.

Al día siguiente se examinaba de tres de las siete asignaturas que le habían quedado para septiembre. Plástica y música las podía aprobar con trabajos, pero las otras cinco tenía que estudiarlas.

Más de treinta temas que habría aprobado en junio si no se hubiera centrado únicamente en urdir toda aquella farsa.

Paula tenía razón, ahora lo más importante era aprobar los exámenes. Después pensaría en Roberto.

Se secó las lágrimas y volvió al teclado.

—Tengo mucho que estudiar. M examino mañana. Ya hablaremos.

—Viens a verm kuando salgas dl colegio?

—No creo q pueda, tngo exámens tb el marts.

—Y no pueas venir aunq sea un rato? Tengo k vert.

Dafne se sorprendió a sí misma diciéndole otra vez que no. Tenía que aprobar los exámenes fuese como fuese, y solo le quedaba la tarde del lunes para repasar la lengua y la tecnología. Roberto insistió.

—Bueno, pues ntonces el marts x la tard. Dspués d ver al k faltaba x akí.

—OK.

—Vale. Tespero. K tngas suert mañna.

Dafne apagó el ordenador y trató de pensar únicamente en las matemáticas, las naturales y las sociales. Repasó mentalmente los temas que había estudiado para los exámenes del lunes y cerró los ojos tratando de no ver a Roberto en la oscuridad.

Y por primera vez en todo el verano durmió sin despertarse hasta la mañana siguiente, abrazada a la almohada y encogida como un bebé.

Capítulo 46

A Dafne le encanta vestirse de rojo. Desde que vio un ballet cuando era pequeña, en el que las bailarinas llevaban un tutú que representaba las hojas de las amapolas, para ella el rojo es el color del teatro. El color de las butacas, el de las alfombras, el del telón, el de las flores que le entregan a la actriz principal después del estreno, y el del éxito.

Si algún día llegase a triunfar como protagonista en alguna función, en la fiesta que organizaría después el director para celebrarlo, se vestiría de rojo de los pies a la cabeza. El vestido, los zapatos, los pendientes, los pasadores con los que sujetaría un recogido como el de las bailarinas que vio cuando era pequeña, el abanico y el bolso. Todo rojo.

La primera bailarina de aquel ballet, al que acudió en una salida organizada por el colegio, se llamaba Soledad y llevaba también el pelo rojo amapola.

A Dafne no se le olvidará nunca, porque la miró a los ojos antes de empezar la representación. A ella le había tocado sentarse en la primera fila, y cuando acabó el ballet, la bailarina volvió a mirarla mientras agradecía el aplauso, inclinándose hasta casi rozar el suelo con la rodilla.

Al salir de la función, cuando caminaban hacia el autocar que las devolvería al colegio, Dafne se encontró una moneda en la acera. Desde entonces, siempre pensó que aquella bailarina le había dado la buena suerte, y utilizó el color rojo como un talismán. En cualquier examen, prueba de evaluación, control rutinario del colegio, o cualquier otra ocasión en que sintiera que necesitaba la fuerza de su buena estrella, llevaba algo rojo en su indumentaria. Siempre le había dado resultado.

-oOo-

Aquel lunes necesitaba toda la suerte del mundo, de manera que, una vez consumidos los cinco minutos que su madre le había concedido para salir de la cama, se levantó, se duchó, se acercó a su armario y se vistió de rojo como si tuviese que celebrar un estreno. El sujetador, el tanga, una camiseta cuyos tirantes podrían confundirse con los del sujetador y que dejaban ver los tirantes de este, y otra camiseta encima de la primera, esta vez de rayas rojas y blancas, que dejaba ver los

otros dos pares de tirantes. El pantalón vaquero fue la única prenda que se escapó de actuar como amuleto. El resto, incluida la cartera en la que llevó los trabajos de música y de plástica, debían ejercer su influencia benéfica sobre ella.

Por suerte, los profesores habían sido comprensivos, le habían guardado las notas de los dos primeros trimestres y no le pedirían en los exámenes ningún ejercicio que no apareciese en los libros de vacaciones.

Durante el fin de semana, le había dado tiempo a repasar casi todos los temas y a hacer más de la mitad de los ejercicios de matemáticas y de lengua, asignaturas que forzosamente debería aprobar para pasar al curso siguiente, las dos materias de las que se examinaba el lunes.

Ahora estaba segura de que aún había una oportunidad. La vida era maravillosa desde que el Rata le confesó que había soñado con ella durante su convalecencia.

Sin embargo, cuando llegó al colegio y se sentó frente a los cuadernillos que podrían salvarla de convertirse en una repetidora, el mundo volvió a convertirse en un lugar en el que ella no había pedido nunca vivir, y los profesores volvieron a su condición de seres injustos incapaces de entender a sus alumnos.

A pesar de la cantidad de rojo que había derrochado aquella mañana, en ninguno de los dos exámenes se sabía todas las preguntas.

Contestó lo que pudo, eso sí, y salió del colegio con la esperanza de que la evaluaran más por lo que había demostrado que sabía que por lo que no había respondido, pero temiendo que sus respuestas no fueran suficientes para llegar al aprobado.

Solo quedaba esperar a tener mejor suerte el día siguiente.

-oOo-

En la puerta del colegio le esperaba una sorpresa. Había quedado con Paula en que la acompañaría a su casa para recoger un CD de temas de ayuda para ciencias naturales, que Dafne había perdido entre el desorden de su cuarto. Y cuando la vio aparecer al fondo de la calle, tuvo que pellizcarse un par de veces para asegurarse de que lo que veía era real.

Paula venía con el Pichichi, agarrada de su mano y con la sonrisa incrustada en la cara.

Cuando llegaron a su altura, Dafne la cogió de un brazo y la empujó hacia el patio del colegio.

—¡Tía! ¿Qué haces tú con ese notas?

—No te lo vas a creer. ¡Es más tierno que las magdalenas de mi madre!

—Tú no estás bien de la cabeza ¿sabes?

—Eso mismo le he dicho yo a él cuando me ha pedido salir. Pero, hija, no me ha quedado otro remedio que decirle que sí. No sabes lo que gana cuando no se hace el machito. No he podido resistirme.

Y era verdad. Se habían encontrado en el Barrio hacía un par de horas, mientras Dafne se examinaba. Y esta vez no habían discutido.

La había llamado chiquilla con ese tono que a ella le resultaba tan irresistible. Con esa pizca de admiración y esa otra de chulería que saben darles los malotes a sus palabras cuando quieren. Y ella no pudo decirle que no.

Se la veía tan feliz que a Dafne no le quedó otro remedio que creerla y que alegrarse por ella.

No paraba de hablar.

—No sabes qué emoción, prima. ¡Me ha dado un beso en la boca!

—¿Con lengua?

—¡Pues claro! ¿Cómo iba a ser? Ha sido increíble. Se me han puesto de punta hasta los pelos de las piernas.

El Pichichi se había quedado al otro lado de la cancela del colegio, esperándolas con la espalda apoyada contra un árbol. Se acababa de encender un cigarro cuando apareció el otro gemelo.

Paula se cogió del brazo de Dafne y señaló con la barbilla hacia los dos hermanos.

—¡Mira! Ahí tienes al otro. Si te falla el Rata, ya sabes. Tengo que contarte una cosa que me acaba de decir Edu. ¡Vas a flipar!

Dafne no pudo contener la risa cuando la escuchó llamarlo así.

—Edu, ¿el Pichichi?

—Sí, tronca, no te rías. Esto te va a gustar. ¿Sabes qué nombre decía el Rata cuando deliraba? ¡No te lo vas a creer! ¡Es muy fuerte! Me he quedado muerta cuando lo he oído.

—¿Clara?

—¡Exactamente! No me digas que ya lo sabías y no me habías dicho nada. ¡Qué fuerte! Por eso decían estos dos que sabían tantas cosas y que somos detectives de pacotilla. Resulta que lo sospechaban todo desde el principio. ¿Y no sabes que el otro gemelo está loquito por ti? ¿Y que le dijo Roberto que como volviera a guiñarte un ojo le partía la cara? Pero él decía que no quería tirar la toalla por si acaso no era verdad que tú eras Dafne. ¿Qué te parece?

Capítulo 47

Dafne volvió a su casa después de recoger el CD de ciencias naturales en la de Paula, donde le contó la conversación que había mantenido con Roberto la noche anterior.

Cristina ya había regresado de Londres. Había dejado sus maletas en la entrada y varias bolsas cargadas de paquetes pequeños de regalos sobre la mesa del salón. Cuando vio a Dafne, se abrazó a ella y luego le pidió que se diera una vuelta sobre sí misma para ver cómo había crecido.

—Si estás enorme... ¡No te conozco! ¡Déjame que te vea bien! Qué guapa se ha puesto mi hermanita, madre mía.

Dafne pensó que ella sí que había vuelto guapa. Había adelgazado muchísimo, quizá demasiado. Estaría mejor si engordase un poco. Se había cortado el pelo y se había teñido las puntas de amarillo; parecía una cantante de rock, con unos pantalones anchísimos, una camiseta hasta casi las rodillas y un cinturón que le quedaba a la altura de la cadera. Dafne estaba embobada mirándola cuando oyó a su madre preguntarle por los exámenes.

—Bueno ¿y qué? ¿Cómo te ha ido?

—No hay derecho, mamá, todo el verano estudiando para que luego me pongan una pregunta que no me sabía. ¡No es justo!

Teresa la miró con cara de no querer discutir. No era el momento. Sus otras hijas no paraban de hablar y de reírse.

Sentadas alrededor de la mesa de la cocina, cada una le quitaba la palabra a la otra para contar sus experiencias del verano. Lucía y Lliure repasando uno a uno los nombres de los chicos y chicas del pueblo que mandaban recuerdos para Cristina y para Dafne, y Cristina maravillando a las demás con las anécdotas que le habían ocurrido con el idioma.

Trufi las miraba como si entendiese lo que estaban diciendo. Teresa lo cogió con un solo brazo y lo besó en la cabeza.

—¡Miradlo! Él también quiere contar lo bien que se lo ha pasado en el pueblo.

De pie, sin haber traspasado apenas la puerta de la cocina, Dafne sintió un nudo en la garganta, mientras hacía verdaderos esfuerzos para que no se le saltaran las lágrimas.

El estómago se le encogió de repente, como si se le hubiera vaciado y desbordado al mismo tiempo, provocándole unas tremendas ganas de devolver.

A la primera arcada, salió de la cocina tapándose la boca y corrió a encerrarse en el cuarto de baño, donde no consiguió expulsar sino bilis y lágrimas, muchas lágrimas.

Su madre, que la había seguido, no paraba de llamarla para que la dejase pasar, preocupada por lo que pudiera estar ocurriendo allí dentro, ya que Dafne no cerraba jamás una puerta, estuviese donde estuviese.

Hasta después de un buen rato, cuando se le pasaron el hipo y las ganas de morir, no consintió en abrir.

Teresa la esperaba con una toalla mojada en agua templada, con la que le humedeció la frente y la nuca. Después le secó las lágrimas y la abrazó.

—El año que viene tú podrás contar todas esas cosas y muchas más. Ya lo verás. Este curso ha sido un poco loco, pero el verano que viene tú también te irás a Londres. ¡Anda, cariño, no llores!

Aquella última frase le hizo soltar todas las lágrimas que aún le quedaban dentro. Aquel «anda, cariño, no llores» fue como la pesa que libera el vapor de la olla a presión, la compuerta de un embalse que se abre, la bandera de salida de una carrera de Fórmula 1. Dafne se abrazó a su madre y se desahogó. Hacía meses que no sentía aquel calorcito, aquella sensación de que su madre podría solucionar cualquier cosa que le ocurriese, aquella seguridad que le daban sus manos.

Al cabo de un rato, cuando Teresa comprendió que ya había llorado bastante, le secó de nuevo las lágrimas y la llevó hacia su habitación.

—Ven. Ha llegado el momento de que sepas una cosa que tengo que contarte.

-oOo-

Si alguna vez le hubieran dicho a Dafne que su madre le revelaría el secreto que estaba a punto de confesarle, habría pensado que le estaban gastando una broma macabra. O peor aún, que Teresa se había vuelto completamente loca.

Los acontecimientos de los últimos meses habían sido tan asombrosos que a veces pensaba que en realidad estaba viviendo dentro de un sueño: Paula enrollada con uno de los gemelos, el otro tirándole a ella los trastos por si acaso no era quien él pensaba que era, Roberto diciendo su nombre cuando deliraba, *El que faltaba por aquí* utilizando sus fotos para un montaje, las broncas continuas con su madre, el coche de la policía, los suspensos, las visitas al hospital, el facebook, el falso Roberto en la plaza, y el resto de todo lo que le había tocado vivir en aquel verano de enredos y de mentiras. Todo había sido sorprendente. Pero lo que su madre tenía que decirle, superaba con creces cualquier historia que ella pudiese inventar.

Teresa trató de prepararla antes de empezar a contarle el secreto que había guardado durante años.

—Verás, cariño, lo que voy a decirte es algo que te va a resultar muy difícil de entender. Lliure y Cristina ya lo saben, pero prefieren que no digamos nada de momento.

Teresa le pidió a Dafne que se sentase en la cama y acercó una silla para colocarse enfrente. Después comenzó su relato. Tampoco para ella resultaba fácil de contar. Apenas se paraba para tomar aire.

Dafne escuchó atónita cómo Teresa le contaba que sus hermanas mayores en realidad eran solo medio hermanas, y que las únicas que habían perdido a su padre cuando eran pequeñas habían sido Lucía y ella.

Teresa le contó algunos detalles de su primer matrimonio, para que Dafne tratase de comprender por qué, en su momento, había decidido borrarlo de su vida para siempre. No estaba orgullosa de ello, pero no supo dar marcha atrás cuando debería haberlo hecho.

Cristina y Lliure lo sabían desde el principio del verano, cuando llegó un paquete sin remitente a nombre de las dos desde un pueblo cercano al de los abuelos. Teresa supo enseguida quién lo enviaba, y lo guardó durante cinco días en el armario de su habitación sin atreverse a entregárselo a sus hijas. Aquel paquete era una caja de Pandora. Su primera intención fue abrirlo para ver su contenido y seguir manteniendo el secreto, si aún era posible. Pero al sexto día, después de no haber pensado en otra cosa ni de día ni de noche, decidió enfrentarse a la tormenta que se le iba a echar encima. Llamó a sus hijas mayores y les explicó lo que ahora trataba de explicarle a Dafne.

—Yo nunca quise engañaros, pero tampoco os dije toda la verdad. Lo siento, cariño, ocultar una parte del total también es una forma de mentir.

Dafne no salía de su asombro.

—¿Entonces, Cristina y Lliure tienen padre y nosotras no?

—En realidad ninguna lo tenéis. Aunque el suyo todavía siga vivo, hace muchos años que decidió no ser su padre.

Dafne señaló la foto que su madre tenía sobre la mesilla de noche.

—¿Y él? ¿Es mi padre de verdad?

—Sí. Y es verdad que murió de una septicemia.

Teresa se levantó y colocó la silla frente al armario. Se subió a ella y abrió el maletero, de donde sacó dos cajas envueltas en idéntico papel de embalaje, una con los nombres de Cristina y de Lliure en letras mayúsculas, y otra a nombre de Teresa, escrito también en mayúsculas, con la misma letra que la anterior. Los apellidos de sus hermanas mayores coincidían con los suyos y los de su hermana Lucía.

—¿El padre de Lliure y de Cristina se apellida igual que el mío y de Lucía?

—No. Tus hermanas llevan el apellido de tu padre. Él las adoptó. Su padre dio su consentimiento. Él tenía otra familia. Le vino muy bien, porque así también se ahorraba la pensión por alimentos. No trató nunca más de saber nada sobre ellas. Pero ahora se ha quedado solo y ha vuelto para tratar de recuperarlas.

—¿Cómo?

—Quiere que le den una oportunidad. Salir de vez en cuando a comer... conocerse... en fin... Tus hermanas se lo están pensando.

Teresa abrió la caja dirigida a Lliure y a Cristina y le mostró a su hija su contenido. Al verlo, Dafne se tapó la boca y no pudo reprimir un grito.

—¡Dios mío!

La caja estaba repleta de fotografías de la boda de Teresa con el padre de Lliure y de Cristina,

y de los dos con Lliure cuando era bebé. En algunas de ellas, Teresa salía embarazada.

A Dafne empezaron a sudarle las manos. Cogió una de las fotografías y la miró conteniendo la respiración. Aquellos ojos, que la miraban desde una foto en blanco y negro, eran los que se habían cruzado con ella el día anterior en la plaza.

No había la menor duda, estaba más delgado, tenía más pelo y era mucho más joven, pero era el mismo hombre que se había hecho pasar por el Rata. Se parecía a Cristina y a Lliure una barbaridad. La misma boca, la misma barbilla, el mismo aire. Por eso le sonaba tanto su cara.

Dafne dejó la fotografía en la caja y comenzó a morderse las uñas sin poder articular una sola palabra. Acto seguido, Teresa le enseñó la otra caja.

—Esta mañana ha llegado esta.

Dafne palideció cuando miró el interior de la segunda caja. Empezó a sudar y sintió cómo le temblaba el ojo derecho. Tuvo que sujetarse a la cama para no marearse. Su madre se arrodilló frente a ella y le cogió las manos para tratar de tranquilizarla.

—Me ha llamado al móvil para asegurarse de que había recibido la caja. Sé que tenéis una cita mañana en la plaza, pero no vas a ir. Irán Cristina y Lliure. Cristina seguirá siendo Dafne un día más. Así él ya no tendrá que ponerse en contacto contigo nunca. No vuelvas a cogerle el teléfono ni a comunicarte con él por internet.

No hacía falta que Dafne le preguntase a su madre cómo había sabido que se había hecho pasar por Cristina con el nombre de Dafne. Cómo averiguó que había colgado en la web las fotos que habían servido para componer las que tenían ahora ante sí, guardadas en una de las cajas.

Era la única de la que no había fotografías trucadas. Solo ella podía haber quedado con él hacía tres días. Nadie más podía haberle cogido a su madre el móvil, provocando las sospechas de que Cristina se encontraba en la ciudad y estaba jugando con su padre.

Teresa la abrazó mientras Dafne volvía a llorar desconsolada y le pedía perdón.

—Lo siento, mamá, yo no quería...

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer una cosa así? ¿Te das cuenta del peligro que has corrido, criatura? ¿Y si llega a ser un desalmado?

—Lo siento. Yo no sabía...

—Está bien. Ya está hecho. No le demos más vueltas. Solo te pido una cosa, que no vuelvas a mentir en tu vida. Ya hemos mentido bastante las dos ¿no te parece? Y, por favor, no hables con nadie de lo que hemos hablado tú y yo aquí. Ni siquiera con tus hermanas, ellas lo están pasando muy mal. Tienen que reflexionar mucho sobre lo que van a hacer de ahora en adelante, y no quieren que interfiramos en su decisión. ¿Me lo prometes, cariño?

—Te lo prometo. Pero, tengo que hablar con Cristina, mamá. Me hice pasar por ella...

—Sí, y aunque no lo puedas creer, te ha perdonado ya. ¡Anda! ¡Vamos a verla! Y le das un beso y le dices que te alegras de que haya vuelto tan guapa de Londres.

Capítulo 48

Cristina y Lliure esperaban la vuelta de Dafne y de Teresa tratando de que Lucía no prestara atención a lo que pasaba. Ya llegaría el momento de contarle a la pequeña lo que sucedía, aún no podía comprenderlo.

Cuando madre e hija volvieron a la cocina, restregándose los ojos después de haber llorado juntas durante un buen rato, Cristina abrazó a Dafne antes de darle tiempo a que ella dijese nada.

Dafne no podía dejar de llorar. Repetía «perdona, perdona, perdona» cargada de arrepentimiento, y tratando de imaginar qué habría sentido su hermana cuando se enteró de que su padre vivía.

Ella no hubiera podido soportar semejante noticia, habría corrido al encuentro de su padre aunque hubiese sido el peor del mundo. ¡Cuántas veces había soñado que no había muerto, sino que corría un gran premio de automovilismo al otro lado del planeta, en las antípodas, donde dicen que el agua del grifo gira en el otro sentido cuando se escapa por el desagüe, y el cielo es distinto, porque allí no se ven la Osa Mayor ni la Estrella Polar, sino la Cruz del Sur y Alfa Centauro, una de las estrellas más brillantes del universo!

¡Cuántas veces había imaginado que la iba a buscar al colegio para darle una sorpresa, o que la llamaba desde Australia para decirle que viese la carrera que transmitían por la tele, a ver si conseguía distinguir el corazón que había dibujado en su honor en la parte superior de su casco!

Ella no podría soportar la tensión de pensar que pudiera estar vivo. No podría. No podría.

Sus hermanas, sin embargo, no parecían nerviosas. Se comportaban como si aquella noticia no fuera a cambiarles la vida. Sonreían, hablaban y respiraban como si todo pudiese seguir como antes.

A ella le faltaría el aire solo de pensarlo. Un padre no puede aparecer de repente después de haberle llorado durante tantos años.

Pero sus hermanas ya habían pasado por ese desconcierto. Lo sabían todo desde antes del verano, y habían tenido tiempo para tranquilizarse.

Cristina la besó y volvió a decirle cuánto había crecido. No le hizo ni una sola pregunta. Dafne se abrazó a ella y le dijo al oído.

—¿Ya sabes lo que he hecho?

En aquel momento, su hermana debería haberle reprochado su comportamiento. Tendría que

haberle lanzado todos los insultos que se merecía. Una batería de reproches contra los que ella pudiera justificarse, para después pedirle perdón, y perdonarse ella también.

No veía otra manera de poder perdonarse a sí misma. La única sería que su hermana la perdonase primero. Pero Cristina ni siquiera le había dado la oportunidad de disculparse.

No debería haberla suplantado, ni cogido sus fotos, ni abrir un perfil en facebbok en su nombre, ni tratado de enamorar a nadie utilizándola. Cristina estaría en su derecho si la hubiese llamado mentirosa, y cretina, y manipuladora, y soberbia, y celosa, y estúpida. Pero en lugar de eso, la abrazaba y le sonreía.

Y mientras más la abrazaba su hermana, más rastrera se sentía ella. Había hecho cosas por las que mucha gente debería odiarla. Había mentido a Roberto, a su madre, a Cristina y a todos los que creyeron en la existencia de Dafne, pero ninguno de ellos parecía estar dispuesto a ponerle la penitencia con la que sentiría que había lavado su culpa. Su madre había resuelto su problema con un «no le demos más vueltas» que tampoco dejaba margen para demostrarle su arrepentimiento; Roberto no se había enfadado con ella porque, después de verle la cara a la muerte, había cambiado su forma de considerar la vida, lo que antes era importante, ahora no lo parecía, y las cosas a las que no solía darle valor, ahora le importaban más que nunca; y Cristina la había perdonado sin darle tiempo a pedírselo siquiera.

Pero Dafne no quería que los demás reaccionasen así. No era de esa forma como debían perdonarla. Así no. Así solo conseguían hacerla sentir más culpable. Ella necesitaba pedir perdón. Admitir la culpa, para poder liberarse de ella. Necesitaba el castigo. No quería la comprensión de su madre, ni el relativismo de Roberto, ni la generosidad de su hermana. Ella solo quería su pequeño acto de constricción. Una penitencia que le permitiera descargarse, aliviarse del peso que no la dejaba respirar. Pero nadie parecía darse cuenta.

Cristina debería haberle dicho que no tenía ningún derecho a comportarse como lo había hecho. Que había sido despreciable. Que su familia no se merecía el disgusto que les había causado. Y tendría razón. Pero en lugar de abrumarla con el no sé si podré perdonarte, que Dafne necesitaba, le impuso la única pena que no podía soportar. La misma que, en definitiva, le habían impuesto su madre y Roberto, una sonrisa con la que Cristina trató de tranquilizarla, mientras la arrimaba hacia Lliure para que se abrazasen las tres.

—No sufras, todo se arreglará.

Aún no sabía que Cristina, cuando se enteró de que su padre no había muerto, había proyectado su dolor contra sí misma. No sabía que mientras ella se enredaba en su particular historia con el Rata, y en los problemas que le habían acarreado sus absurdos celos por un simple piropo, su hermana luchaba en Londres contra el deseo de olvidarse de lo que su madre le contó antes de emprender el viaje. Contra las ganas de ver a su padre, las de matarle, y quererle, y odiarle, y perdonarle. Contra la furia que sentía hacia Teresa por haberles mentido. Las ganas de llorar y de reírse, de vivir y no vivir, de comer y no comer. Contra una enfermedad de la que ni siquiera se atrevía a decir su nombre. Contra el estómago encogido y las manos frías como el hielo, los vómitos, la piel reseca, el periodo que desaparece sin motivo aparente, el cansancio extremo, la colitis, el pelo que se cae, los espejos que devuelven una imagen deformada, más gorda cada día, a pesar de que la báscula dijera lo contrario. Contra las ganas de volver y de quedarse.

Dafne no podía imaginar que sus hermanas habían salido de casa aquel verano para tratar de

distanciarse de su madre. Que su dolor era tanto que no podían ver más que una chiquillada en la suplantación de Cristina para enamorar a Roberto. Las dos se habían horrorizado por el uso irresponsable de internet por parte de su hermana, y por la situación de peligro en que se había colocado chateando con un desconocido, pero su mentira solo era una broma, al lado de la que ellas habían vivido toda la vida.

Lliure abrazó a sus hermanas mientras Dafne continuaba diciendo «perdona, perdona, perdona». Su verano en el pueblo no había sido muy distinto al de Cristina en Londres. Las mismas ganas de llorar a todas horas, la desesperación, el deseo de despertar de una pesadilla, el desconcierto ante la traición de sus padres. La misma rabia.

Desde que volvió del pueblo había hablado con Teresa hora tras hora. Tratando de entender las razones que la llevaron a cometer un error cuyas consecuencias no calculó lo suficiente. Se abrazaron y lloraron como habían abrazado y llorado aquella misma mañana a Cristina, desde que fueron a recogerla al aeropuerto hasta que acabaron riéndose a carcajadas en la cocina. Habían hablado por teléfono entre ellas un día sí y otro también, desde que salieron de casa, supuestamente de vacaciones, hasta que volvieron a encontrarse. Y habían conseguido expulsar gran parte del lastre que acumularon desde que supieron la noticia. No podían entender lo que había hecho su madre, pero, después de las largas conversaciones, de las explicaciones y de las lágrimas, las dos llegaron a la conclusión de que tampoco querían juzgarla.

Dafne las abrazaba mientras pensaba que Teresa tenía razón cuando le aconsejaba que no convirtiera en tragedia un simple contratiempo. Al lado de los motivos de Lliure y de Cristina para llorar y para enfadarse con el mundo, los suyos resultaban insignificantes.

-oOo-

Lucía y Trufi las miraban sin poder entender qué sucedía. Teresa cogió al perrito con un brazo y sujetó con el otro a su hija pequeña, mientras se acercaba a la piña que formaban las mayores.

Las cinco se abrazaron por los hombros mientras Trufi ladraba. Parecían jugadoras de un equipo de baloncesto preparando una estrategia de contraataque en un tiempo muerto.

A partir de ese momento, y durante toda la tarde del lunes, Dafne no hizo otra cosa que reírse con sus hermanas y con su madre y preparar los exámenes que le esperaban el martes.

Lliure, Cristina, y Lucía se quedaron en la cocina, forrando los libros del curso siguiente entre risas y voces, y ayudando a su madre a preparar las galletas de nata de la abuela, que podían olerse en todo el edificio. Un olor a tostado que se quedaría para siempre en la memoria de las cuatro hermanas. El olor de la infancia, de la falta de preocupaciones y de las tardes en familia.

Dafne las oía reír desde su habitación y, cada cierto tiempo, cuando se cansaba de estudiar o se moría de la envidia, se acercaba a la cocina para compartir con ellas aquel escándalo.

Teresa parecía feliz. Había recuperado el brillo que había perdido en los últimos meses. Incluso en la piel y en el pelo se apreciaba el cambio. Se la veía relajada, más sana, más joven, más cercana a la que había sido siempre.

Dafne la miraba tratando de no sentir la culpa contra la que intentaba luchar. Le gastaba bromas de vez en cuando y la besaba cada vez que iba a la cocina. Aún le faltaba buena parte del camino para llegar a encontrarse con su madre, aún quedaban muchas discusiones, muchos

para darse otro beso en la boca.

—¿Sabes lo que te digo, prima? Que esta vez no voy a esperar. Se lo voy a plantar yo en cuanto lo vea. Y además le voy a dejar que me toque una teta.

—¿Y no deberías dejar que empiece él esas cosas?

—¿Pero en qué siglo vives tú, tía? ¿Estás zumbada? ¿O es que te arde el cerebro de tanto estudiar?

Capítulo 49

Al día siguiente, Dafne se examinó con el mismo o parecido resultado que el de los otros exámenes. Algunas preguntas pudo contestarlas sin problema, pero otras se quedaron en blanco.

Ya no le quedaba una sombra de duda. Aun antes de saber las notas que obtendría, debía asumir que el curso estaba perdido.

Paula y el Pichichi la esperaban en el mismo lugar que el día anterior. Había bajado la temperatura y algunos árboles comenzaban a amarillear, como si el otoño se hubiera presentado de repente, sin aviso y antes de tiempo. Paula se había puesto unas medias negras tupidas, unas botas de media caña color camel de tacón alto, una minifalda y una camiseta negras, y una cazadora a medio abrochar, que le resaltaba su talla ochenta y cinco, del mismo color que las botas.

Al verla, Dafne tuvo la impresión de que el final del verano llegaba acompañado de otros finales. De una etapa en la que Paula había estado siempre presente y de la que no les quedaba otro remedio que despedirse, la época en la que ella se resistía a crecer, mientras su prima lo deseaba con toda su alma.

Ya nunca más irían a la misma clase, ni probablemente al Chino las dos solas. No se pasarían las horas muertas intercambiándose canciones de unos móviles a otros, ni escucharían juntas sus mp3. Todo había cambiado. Ahora saldrían con el Pichichi y con el Rata, y ya nada volvería a ser igual.

Tal y como Paula deseaba desde hacía años, por fin habían crecido.

Aquel verano que terminaba le había enseñado que el tiempo no es el enemigo, sino lo que se hace o se deja de hacer cuando solo se utiliza como excusa.

El Pichichi se acercó y le dio dos besos en las mejillas. Se parecía tanto a su hermano que no comprendía cómo su prima podía estar segura de que se trataba de él y no del otro. A ella le costaba incluso adjudicarles a cada uno su sobrenombre. Eduardo el Pichichi, Edu el Zamora, o César el Pichichi o el Zamora. En cualquiera de las combinaciones, siempre tenía que pensar de cuál de ellos se trataba. Aunque también es cierto que, ahora que Edu salía con Paula, había descubierto que uno de los dos tenía las pecas más marcadas.

Al lado de Paula, parecía que fuese ella la que le sacaba tres años de diferencia.

Nunca había oído hablar al Pichichi sin que utilizase dos tacos cada tres palabras, pero en aquella ocasión la sorprendió sin decir ni uno siquiera.

—Al Rata le dan el alta hoy. Me ha dicho que te avise y te diga que vayas a verlo.

—¿Ahora?

—Me ha dicho que en cuanto salieras de los exámenes.

—¿Está bien?

—Sí, pero hasta que empiece la rehabilitación tiene que ir en silla de ruedas, y seguramente tardará mazo en salir a la calle.

Solo faltaban unos minutos para que Lliure y Cristina acudieran a la cita con *El que faltaba por aquí*. Dafne hubiera preferido esperar en su casa a que volvieran para saber qué había pasado, pero tenía tantas ganas de ver a Roberto que no dudó en dirigirse hacia el hospital en cuanto se lo dijo el novio de Paula.

-oOo-

Paula y el Pichichi la acompañaron y se quedaron esperando en la puerta de entrada, mientras ella subía los ocho pisos casi a la carrera.

Cuando llegó frente a la puerta de Roberto, tocó con los nudillos sin esperar a recuperar la respiración.

Roberto ya no llevaba el pijama azul claro con el que le había visto siempre allí, sino un pantalón vaquero y una camiseta blanca, sobre la que se había colocado la sudadera del número siete.

A Dafne le dio un vuelco el corazón. Ante su mente pasaron todas las horas del Chino, de internet, y de los sms. Jamás hubiera imaginado otra forma mejor de encontrarle que con aquella sudadera.

No había nadie con él. Sus padres habían bajado a la administración del hospital para resolver el papeleo del alta médica, y su hermano le esperaba en casa, colocando una pancarta de bienvenida por encargo de su madre, de lado a lado del recibidor.

Roberto extendió la palma de la mano para que Dafne le diera la suya, después tiró poco a poco de ella hasta obligarla a sentarse en la cama, frente a la silla de ruedas en la que iba a salir del hospital.

Dafne todavía no había recobrado el aliento. En la habitación no se oía otra cosa que el aire que entraba y salía de sus pulmones. Antes de que consiguiera recuperar el aliento, él le puso la mano en la boca y le acarició los labios.

—¿Qué pasa, ojos de gato? ¿Siempre respiras así?

Dafne no le contestó. En otras circunstancias, habría tratado de disimular el ritmo de su corazón y de sus pulmones, pero aquellos no eran momentos para pensar. Dejó que su respiración se descontrolara y le acarició con los dientes el borde de la mano. Él se dejó morder y después le pellizcó despacio los labios, impidiéndole con los dedos que pudiera cerrar la boca. Ella entornó los ojos. Él le acarició con el índice las paletas y los colmillos. Ella le mordió las yemas de los dedos. Él empujó hacia delante su silla de ruedas. Ella le dejó acercarse. Él le cogió la cara entre las manos. Ella le besó. Y el mundo se hizo cada vez más grande, y ellos cada vez más pequeños, en una habitación donde lo único que se oía era sus respiraciones, hondas, lentas, entrecortadas, alteradas como si los dos hubieran subido andando al octavo piso.

Capítulo 50

A Dafne nunca la habían besado. Ella sabe que no es la primera persona, ni será la última en sentir ese vértigo. Sabe que no volverá a vivir ese momento que se quedará para siempre con ella. El verano se ha ido y ha traído otra cosa. Otro aire. Otra forma de sentir.

Lo sabe. Sí. Pero no quiere separarse de aquella boca. Ni quiere que después la roce otra cosa que no sea aquel roce. No quiere otro olor, ni otro sabor, ni otro día que no sea ese día. Ni otra hora que no sea esa hora.

Pero está claro que esa clase de sueños no puede cumplirse. No solo porque dejarían de ser sueños, sino porque otras personas no saben que existen.

La auxiliar de enfermera no sabía que no debería entrar en la habitación hasta que Dafne se hubiera marchado. Los padres de Roberto deberían haberse entretenido un poco más tramitando los papeleos del alta. El traumatólogo debería haber esperado a la tarde para hacerle la última recomendación.

Y la enfermera no debería haberse acordado de que tenía que entregarle a su padre el historial del enfermo.

Es verdad. Algunos sueños no pueden cumplirse. Aquel beso iba a tener que terminar, pese a que debería haber durado para siempre.

La auxiliar de enfermera entró para preguntarle a Roberto si le llevaba la bandeja de la comida. Sus padres volvieron de la administración con la noticia de que se podían marchar. El traumatólogo llegó con sus consejos y le citó para verle en la consulta la semana siguiente. Y la enfermera le entregó a su padre el historial para que lo guardase.

Dafne y Roberto se quedaron callados, cogidos de la mano mientras la habitación se llenaba de gente.

En el vestíbulo de la planta baja los esperaban Paula, el Pichichi, el Zamora y un montón de chicos y chicas del grupo de mayores, a los que había llamado el Rata para avisarles de que salía del hospital.

Unas cuantas calles más allá, en la plaza porticada, Lliure y Cristina se entrevistaban con su padre, quien les explicaba que había encontrado las fotos de Cristina en internet por pura casualidad, un hombre al que no habían visto nunca y que les pedía una segunda oportunidad, mientras su madre y su hermana pequeña esperaban en casa el resultado de la entrevista, a solo

dos paradas de autobús.

Probablemente, las hijas acabarían por darle a su padre la oportunidad que nunca debería haber perdido, y probablemente él acabaría por desaprovecharla otra vez, como había desaprovechado todas las que nunca quiso pedir. Había muchas probabilidades de que fuera así. Un padre que no ha visto a sus hijas en dieciséis años, por propia voluntad, no merece mucho crédito cuando decide que quiere recuperar a quienes nunca ha tenido. Pero, a pesar de que no resolverían sus dudas en aquel preciso momento, y de que se arriesgarían a vivir otra vez el trance de perderle, Lliure y Cristina tenían todo el derecho del mundo a conocerle.

Lo más probable es que Dafne nunca sepa lo que ellas sintieron cuando Teresa les entregó la caja de Pandora. Aquella mezcla de tristeza, alegría, resentimiento, esperanza, incomprensión y reproches, que no solo se dirigía a su padre, sino también a Teresa, que no supo defenderlas del dolor sino con otro dolor.

Tampoco ellas sabrán nunca hasta qué punto Dafne precipitó los acontecimientos que, tarde o temprano, tendrían que desbordarse.

Quizá ni siquiera Dafne llegue a saberlo tampoco.

Ella solo quería llamarse así, ¡Dafne!, como la ninfa que enamoró al dios Apolo y se convirtió en un laurel.

Aún no conoce la historia de la sacerdotisa de la hermana gemela del dios de la música. No sabe que se la tragó la tierra, su madre, para protegerla del amor de Apolo. Y cuando lo sepa, quizá, como otros eligen una canción como su canción, o un disco como su disco, ella elegirá aquel árbol como su árbol, y le regalará a Roberto en cada cumpleaños tantas hojas de laurel como años vaya a cumplir.

Pero ella aún no lo sabe. Aún espera en el cuarto de Roberto a que vuelvan a salir todos los que no deberían haber entrado.

Aún espera su segundo beso, que también se quedará para siempre en su memoria. Un beso largo, tranquilo, a cámara lenta, que se darán después de que ella sujete la puerta de la habitación número ocho, para que Roberto pase por debajo de su brazo en su silla de ruedas.

A mis hijas, Dulce y Clara.

Y a mi hermana Dulce, por supuesto.



INMA CHACÓN. Nació en Zafra, Badajoz en 1954. Es doctora en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid y profesora de Documentación en la Universidad Rey Juan Carlos. Ha sido decana de la facultad de Comunicación y Humanidades en la Universidad Europea.

Fundó y dirigió la revista digital *Binaria: Revista de Comunicación, Cultura y Tecnología*, y fue directora del Doctorado en Comunicación, Auge Tecnológico y Renovación Socio-cultural.

La princesa india fue su primera incursión en el mundo de la narrativa. Con esta novela Inma Chacón rinde homenaje a su hermana Dulce.

A su primera novela, le siguieron *Las filipinianas*, *Nick*, una novela juvenil donde se cuenta una historia de amor a través de la red y *Tiempo de arena* finalista del Premio Planeta 2011.

También ha publicado los poemarios *Alas*, *Urdimbres* y *Antología de la herida*.